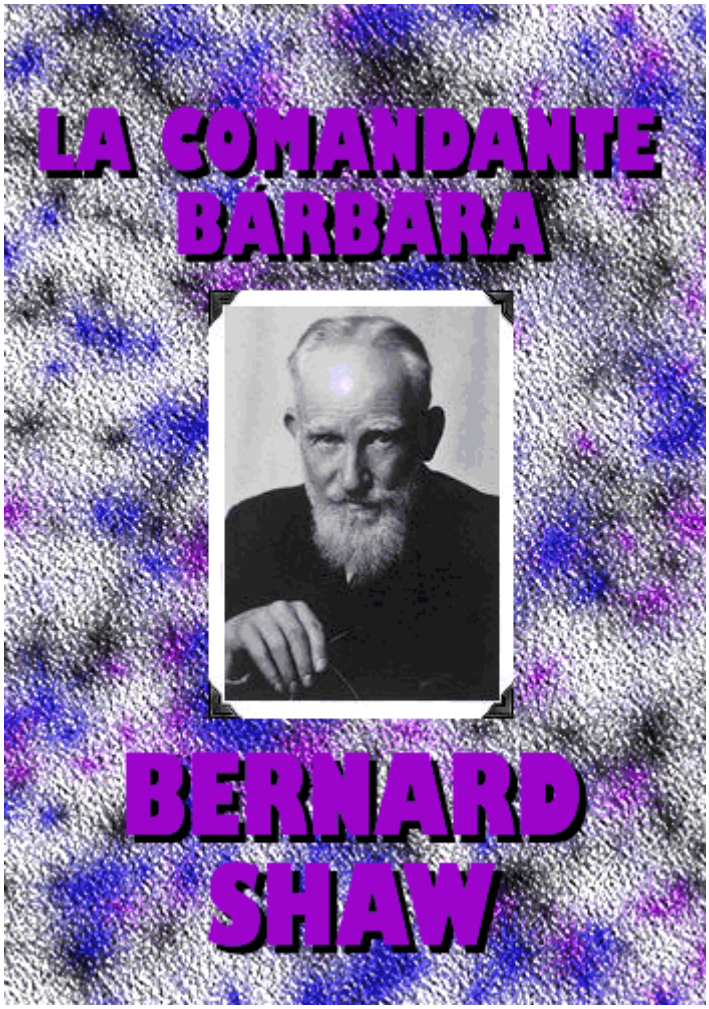
LA COMANDANTE BÁRBARA

BERNARD SHAW



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

N. B. - Los versos euripidianos del segundo acto de "La Comandante Bárbara" no son míos, y tampoco fueron escritos directamente por Eurípides. Se deben al profesor Gilbert Murray, cuya versión inglesa de "Las Bacantes" llegó a nuestra literatura dramática con todo el vigor de una obra original poco antes de que yo comenzara a escribir "La Comandante Bárbara". La obra, por otra parte, tiene para con el más de una deuda.

G. B. S.

PREFACIO A "LA COMANDANTE BÁRBARA"

"PRIMEROS AUXILIOS" PARA LOS CRÍTICOS

Antes de tratar los aspectos más profundos de "La Comandante Bárbara", permítaseme, en mérito a los valores de la literatura inglesa, formular una protesta contra la costumbre antipatriótica en que caen muchos de mis críticos. Cada vez que mi criterio parece salirse totalmente del radio de pensamientos de, digamos, un vulgar sacristán, deciden que estoy imitando a Schopenhauer, Nietzsche, Ibsen, Strindberg, Tolstoi o algún otro heresiarca del norte o el oeste de Europa.

Confieso que hay algo de halagador en esta sencilla fe en mi condición de poligloto y en mi erudición como filósofo, Pero no puedo tolerar la suposición de que en estas islas la vida y la literatura sean tan pobres que necesitemos salir al extranjero en busca de todo material dramático no común y toda idea no superficial. Por lo tanto, quiero correr el albur de poner a mis críticos en posesión de ciertos hechos que conciernen a mi contacto con las ideas modernas.

Hace medio siglo casi, un novelista irlandés, Charles Lever, escribió un cuento titulado "El paseo de un día: romance de una vida". Fue publicado por Charles Dickens en Household Words y demostró ser tan extraño al gusto del público que Dickens presionó a Lever para que dispusiera de los episodios restantes. Yo leí trozos de esta novela cuando niño, y dejó en mí una impresión imborrable. El héroe era un héroe muy romántico, que trataba de vivir valerosa, caballeresca y poderosamente a fuerza de mera imaginación alimentada con ficciones, sin valor, sin medios, sin destreza, sin pericia, sin nada real, excepto sus apetitos carnales. Aun en mi niñez halle en los desafortunados embates de este pobre diablo con las realidades de la vida una calidad punzante de que carecía la novelo romántica. El libro, a pesar de su primer fracaso, no está muerto: vi el otro día el título en un catálogo de Tauchnitz.

¿Por que será entonces que cuando yo también me ocupo de la tragicómica ironía del conflicto entre la vida real y la imaginación romántica, ningún crítico me asocia a mi compatriota e inmediato precursor Charles Lever, en tanto que, confiadamente, me asocian a un autor noruego de cuyo idioma no conozco tres palabras y de quien no supe nada hasta años después de que el "Anschauung" schawiano fuera inequívocamente declarado pleno de lo que, diez años más tarde, sería superficialmente denominado "ibsenismo"? Yo no he sido ibsenista ni de segunda mano, porque, aunque Lever puede haber leído a Henry Beyle, alias Stendhal, es evidente que nunca leyó a Ibsen. De los libros que han hecho popular a Lever, tales como "Charles O'Malley" y "Las confesiones de Harry Lorrequer", no conozco más que los nombres y algunas ilustraciones. Pero el relato del paseo de un día y el romance de la vida de Potts (que tiene mucha semejanza con Pozzo di Borgo[1] me capturó y fascinó como algo extraño y significativo, aunque ya conociera bien a Alnaschar[2], Don Quijote, Simón Tappertit y muchos otros héroes románticos burlados por la realidad. Desde las comedias de Aristófanes a los cuentos de Stevenson, esa burla es archiconocida para todos aquellos que se han impregnado adecuadamente en el campo literario.

¿Dónde, pues, estaba la innovación en el relato de Lever? Parcialmente, creo, en una gravedad desconocida al tratar el mal de Potts. Anteriormente, el contraste entre

[1] Corso al servicio de la corte rusa, consejero privado del emperador Alejandro, fue siempre hostil a Napoleón.
[2] Personaje de Las mil y una noches, cuyos sueños anticipan una realidad que luego resulta frustrada.

la locura y la cordura era considerado cómico: Hogarth nos muestra cómo la gente de buen tono solía ir a Bedlam, en grupos, a reírse de los dementes. A mí mismo me mostraron una vez un idiota de aldea como algo irresistiblemente divertido. En las tablas el loco era un personaje cómico corriente: así fue como Hamlet tuvo su oportunidad antes de caer en manos de Shakespear. La originalidad de la versión shakespeariana consiste en que su autor trató al demente con consideración y seriedad, dando así un paso adelante hacia la conciencia oriental de que la demencia puede ser inspiración disfrazada, puesto que el hombre que tiene más cerebro que sus semejantes inevitablemente les parecerá tan loco como aquel que tuviera menos. Pero Shakespear no hizo por Pinol y Parolles, el personaje desequilibrado y el personaje humorístico, lo que hiciera por Hamlet. La especie demente que ellos representaban, el romántico embustero, estaba fuera de la esfera de conmiseración de la literatura; ellos eran despreciados y ridiculizados despiadadamente aquí, como en Oriente bajo el nombre de Alnaschar, y como estaban destinados a serlo, siglos más tarde, bajo el nombre de Simón Tappertit. Cuando Cervantes se apiada de Don Quijote, y Dickens de Pickwick, no se tornan imparciales: sólo cambian las partes y se vuelven amigos y apologistas donde antes fueran burladores.

En el relato de Lever hay un verdadero cambio de actitud. No hay debilidad frente a Potts: nunca conquista nuestro afecto, como Don Quijote y Pickwick; no tiene siquiera el valor apasionado de Tappertit. Pero nos atrevemos a reírnos de él porque, en cierto modo, nos vemos retratados en Potts. Podemos, algunos de nosotros, tener suficiente fibra, suficiente músculo, suficiente suerte, suficiente tacto, habilidad, destreza o erudición para realizar las cosas mejor que él, para engañar a la gente que podía adivinar sus pensamientos, para fascinar a Katinka (que hiere a Potts tan despiadadamente al final del relato); pero por todo eso sabemos que Potts representa un papel importante en nosotros y en el mundo, y que el problema social no es un problema de héroes de novelas según el molde antiguo, sino el problema de los muchos Potts y de cómo hacer hombres de ellos. Para volver a mi antigua frase, tenemos la sensación -una sensación que Alnaschar, Pistol, Parolles y Tappertit nunca nos brindaronde que Potts es un trozo de historia natural verdaderamente científico, distinto del relato cómico. Su autor no arroja una piedra a una criatura de distinta e inferior calidad, sino que pronuncia una confesión, con el resultado de que la piedra pega a todos en la conciencia y duele a todos en la autoestimación. De allí

el fracaso del libro de Lever que no agradó a los lectores de Household Words. En nuestros días ese dolor en la autoestimación hace que los críticos alcen un clamor de ibsenismo. Yo, por mi parte, les aseguro que esa sensación me fue deparada primeramente por Lever, y que a él puede habérsela deparado Beyle o haber surgido de la atmósfera stendhaliana. Excluyo la hipótesis de absoluta originalidad por parte de Lever, porque no se puede ser original en ese sentido, así como un árbol no puede crecer en el aire.

Otro error en cuanto a mi linaje literario se produce cada vez que infrinjo el romántico convenio de que toda mujer es un ángel cuando no es un diablo, de que son mejor parecidas que los hombres, de que su parte en el galanteo es enteramente pasiva y de que la forma humana femenina es el objeto más hermoso de la naturaleza. Schopenhauer escribió un ensayo atrabiliario que, como no es cortés ni profundo, quería probablemente dar por tierra con esta soberana tontería. Un párrafo que ataca a la forma idolatrada ha sido profusamente citado por horrible. Los críticos ingleses han leído ese párrafo, y puedo afirmar aquí, con tanta gentileza como la inferencia pueda tolerar, que aún está por probarse que ellos se hayan tomado la molestia de estudiarla más profundamente. De todos modos, cada vez que un autor teatral inglés representa a una mujer joven y casadera como cualquier otra cosa que una heroína romántica, sin pensar más se libran de él tratándole de imitador de Shopenhauer. Mi propio caso es especialmente penoso, porque cuando imploro a los críticos obsesionados con la fórmula schopenhaueriana que recuerden que los autores teatrales, como los escultores, estudian sus figuras del natural y no en ensayos filosóficos, replican apasionadamente que yo no soy autor teatral y que mis personajes no viven. Pero aun así puedo preguntar por qué, y aquí lo hago, si necesitan atribuir el mérito de mis comedias a un filósofo, no lo atribuyen a un filósofo inglés. Mucho antes de que leyera una sola palabra de Schopenhauer, o aun supiera si se trataba de un filósofo o un químico, la restauración socialista de 1880 me puso en contacto, literaria y personalmente a la vez, con el señor Ernest Belfort Bax, un socialista inglés y ensayista filosófico cuyo manejo del feminismo moderno provocaría románticas protestas del mismo Schopenhauer o aun de Strindberg. A decir verdad, casi no preste atención a las detracciones de Schopenhauer acerca de las mujeres, cuando más tarde cayeron en mis manos, tanto me había familiarizado el señor Bax con la corriente homoísta, obligándome a reconocer hasta que punto la

opinión pública y, en consecuencia, la legislación y la jurisprudencia, estaban pervertidas por un sentimiento feminista.

Pero los ensayos del señor Bax no se reducían al problema feminista. Él era un crítico despiadado de la moralidad imperante. Otros autores han despertado simpatía hacia los criminales dramáticos con el pretendido "fondo 'de bondad en las almas más perversas"; pero el señor Bax proponía en cambio alguna violación nada dramática y aparentemente trillada de la ley y la moralidad comercial, y no se conformaba con defenderla con la más desconcertante ingenuidad, sino que llegaba a demostrar claramente que nada sino la persecución policial podía impedir que un hombre procediera según sus propios principios. Los socialistas, naturalmente, se sobresaltaron, porque la mayoría de ellos son gentes mórbidamente morales; pero en todo caso pudieron librarse más tarde del error de creer que nadie sino Nietzsche había contradicho jamás nuestra moralidad mercantil-cristiana. Escuché por primera vez el nombre de Nietzsche de labios de una matemática alemana, la señorita Borchardt, que había leído mi "Quintaesencia del ibsenismo" y me decía haber adivinado lo que yo había estado leyendo: "Más allá del bien y del mal" (Jenseits von Gut un Böse) de Nietzsche. Y yo aseguro que nunca había visto esta obra y que, de haberla visto, malamente hubiera podido leerla, por falta del necesario alemán.

Nietzsche, como Schopenhauer, ha sido la víctima en Inglaterra de un solo y muy citado párrafo que contiene la frase "gran bestia blonda". Dada la fuerza de esta aliteración[3], se presume que Nietzsche ganó su reputación europea mediante una insensata glorificación de la intimidación egoísta como norma de vida, así como se presume, bajo la fuerza de la sola palabra Superhombre (Übertmensch), que yo tomara de Nietzsche, que busco la salvación de la sociedad en el despotismo de un solo superhombre napoleónico, a pesar de mi cuidadosa demostración de lo desatinado de tan ajado apasionamiento. Pero aun los críticos menos superficiales parecen creer que la objeción moderna a la cristiandad como perniciosa moralidad-esclava fue primeramente expresada por Nietzsche. Yo la conocía aun antes de haber oído hablar de Nietzsche. El malogrado Capitán Wilson, autor de varios folletos estrafalarios, propagandista de un sistema metafísico denominado "Comprensionismo" e inventor del termino "Cruztiandad" (por oposición, que en ingles tiene sentido negativo, a cristiandad) para distinguir el elemento retrógrado de

la Cristiandad, tenía hace treinta años la costumbre, en las discusiones de la Sociedad Dialéctica, de protestar calurosamente contra las beatitudes del Sermón de la Montaña, como excusa para la cobardía y el servilismo, causa destructora de nuestra voluntad, y por consiguiente de nuestro honor y virilidad. Ahora bien, es verdad que el criticismo moral de la cristiandad a cargo del Capitán Wilson no es una teoría histórica, como la de Nietzsche; pero esta objeción no puede hacerse al señor Stuart-Glennie, sucesor de Buckle en calidad de historiador filosófico que ha dedicado su vida a la definición y propagación de la teoría de que la Cristiandad es parte de una época (o mejor dicho una aberración, puesto que comenzó tan recientemente como en el año 6000 a. de J. C. y está derrumbándose) surgida de la necesidad en que se hallaron las razas blancas, numéricamente inferiores, de imponer su dominación sobre las razas de color mediante supercherías, haciendo una virtud y una religión popular del tráfago y la sumisión en este mundo, no sólo como medio de lograr la santidad de carácter, sino de procurarse una recompensa en el cielo. He aquí el punto de vista de la moralidadesclava, formulado por un filósofo escocés mucho antes de que los autores ingleses empezaran a parlotear sobre Nietzsche.

Como el señor Stuart-Glennie investigaba la evolución de la sociedad hasta el conflicto de las razas, su teoría causó sensación entre los socialistas, es decir, los únicos que pensaban seriamente en la evolución histórica por oposición a la teoría del conflicto de clases de Karl Marx. Nietzsche, por lo que deduzco, consideraba que la moralidad-esclava había sido creada e impuesta al mundo por esclavos que hacían de la necesidad una virtud y de la servidumbre una religión. El señor Stuart-Glennie considera la moralidad-esclava como una invención de la raza blanca superior para sojuzgar la mente de las razas inferiores, a quienes deseaba explotar, y que hubieran podido destruirlos por la fuerza del número si sus mentes no estuvieran sometidas. Como este proceso sigue aún en vigor y puede ser estudiado de primera mano, no sólo en nuestras escuelas religiosas y en la lucha entre nuestras modernas clases terratenientes y el proletariado, sino en la función cumplida por las misiones cristianas para conciliar a las razas negras de África con su sometimiento al capitalismo europeo, podemos juzgar por nosotros mismos si la iniciativa provenía de arriba o de abajo. Mi propósito aquí no es discutir el punto de vista histórico, sino

[3] En el original ingles, " big blonde beast".

Librodot

simplemente avergonzar a nuestros críticos teatrales por su costumbre de tratar a la Gran Bretaña como un intelecto vacuo, y presumir que toda idea filosófica, toda teoría histórica, todo criticismo a nuestras instituciones morales, religiosas y jurídicas debe necesariamente ser importado del exterior, o ser una fantástica humorada (de discutible valor) totalmente desallegada al existente estado de ideas. Les insto a recordar que este cuerpo de ideas es el más lento fruto y la más preciada floración, y que si en el plano filosófico existe algo que pueda captarse sin discusión es la convicción de que ningún individuo puede hacer más que una contribución diminuta al mismo. En realidad, su concepción acerca de gentes inteligentes que partenogenéticamente producen cosmogonías absolutamente originales a fuerza de una "brillantez" consumada, es parte de esa credulidad ignorante que hace la desesperación del filósofo honesto y la oportunidad del impostor religioso.

EL EVANGELIO DE SAN ANDRÉS UNDERSHAFT

Es esta credulidad la que me impulsa a salir en ayuda de los críticos de "La Comandante Bárbara", anticipándoles lo que pueden decir al respecto. En el millonario Undershaft he representado a un hombre intelectual, espiritual y prácticamente consciente de la irresistible verdad natural que todos aborrecemos y repudiamos: • a saber, que el más grande de los males y el peor de los crímenes es la pobreza, y que nuestro primer deber -un deber ante el que cualquier otra consideración merece ser sacrificada- es no ser pobres. "Pobre, pero honrado", "el pobre respetable" y frases semejantes son tan intolerables y aun inmorales como "borracho, pero alegre", "farsante pero buen orador de sobremesa", "espléndidamente criminal" o similares. La seguridad, principal pretexto de la civilización, no puede existir allí donde el peor de los peligros, el peligro de la pobreza, pende sobre la cabeza de todos, y donde la pretendida protección de nuestras personas frente a la violencia es sólo resultado accidental de la existencia de una fuerza policial cuya verdadera razón de ser consiste en obligar al pobre a ver morir de inanición a sus hijos, mientras el ocioso alimenta con exceso a sus perros favoritos, con un dinero que podría alimentar y vestir a aquéllos.

Es sumamente difícil dar a comprender a la gente que un mal es un mal. Por ejemplo, cuando nos apoderamos de un hombre y deliberadamente le causamos un mal: le encarcelamos por varios años, por ejemplo. ¿Quién supondrá que se necesita una excepcional claridad mental para reconocer en esto un acto de diabólica crueldad? Sin embargo, en Inglaterra tal reconocimiento provoca una mirada de sorpresa, seguida de una explicación de que la afrenta es castigo, justicia o alguna otra cosa que está bien, o quizá de una acalorada tentativa de convencernos de que todos seríamos robados y asesinados en nuestras camas si esas insensatas villanías que son las sentencias de prisión no se cometieran diariamente. Sería inútil argumentar que, aun cuando esto fuese verdad, que no lo es, la alternativa de agregar nuestros propios crímenes a los crímenes que padecemos no es sumisión indefensa. La varicela es un mal; pero si yo fuera a declarar que todos debemos someternos a ella o reprimirla severamente, secuestrando y castigando a quienes la padecen con sendas inoculaciones de viruela, se reirían de mí; porque aunque nadie puede negar que el resultado sería en cierto modo la prevención de la varicela, haciendo que la gente se precaviera contra ella con el mayor cuidado y logrando además una mayor prevención aparente obligándoles a ocultarla con el mayor celo, la gente tendría suficiente sentido común para ver que la deliberada propagación de la viruela es fruto de la perversidad, y que en consecuencia debe abolirse a favor de medidas puramente humanas e higiénicas. Sin embargo, en el caso exactamente paralelo de un hombre que entrara en mi casa y robara los brillantes de mi esposa, se espera de mí como algo muy natural que le robe diez años de vida que le torturarán constantemente. Si trata de escapar a esta monstruosa represalia disparando un tiro, mis sobrevivientes se encargarán de ahorcarle. El resultado neto que sugieren las estadísticas policiales nos demuestra que infligimos atroces castigos a los ladrones que atrapamos, a fin de que el resto tome debidas precauciones para evitar ser detenido; de modo que en lugar de salvar los brillantes de nuestras esposas disminuimos considerablemente nuestra posibilidad de recobrarlos y aumentamos nuestras oportunidades de que el ladrón nos dispare un tiro si tenemos la desgracia de sorprenderle en su labor.

Pero la irreflexiva perversidad con que distribuimos sentencias de prisión, torturas en el calabozo y en la mesa de tablas, y los azotes que propinamos a inválidos morales y enérgicos rebeldes, en nada se compara a la estúpida veleidad

con que toleramos la pobreza como si fuera un tónico edificante para los holgazanes o una virtud que debe adoptarse así como la adoptara San Francisco. Si un hombre es indolente, dejémosle ser pobre. Si es borracho, dejémosle ser pobre. Si no es un caballero, dejémosle ser pobre. Si es adicto a las bellas artes o a la ciencia pura en vez del comercio y las finanzas, dejémosle ser pobre. Si prefiere gastar sus dieciocho chelines urbanos por semana o sus trece chelines agrícolas por semana en su cerveza y su familia en vez de ahorrarlos para la vejez, dejémosle ser pobre. Que nada se haga por los que "nada merecen"; dejémosles ser pobres. ¡Que tengan su merecido! Además... y paradójicamente... ;benditos sean los pobres!

Veamos ahora qué quiere decir este "dejémosle ser pobre". Significa dejar que sea débil... Dejar que sea ignorante. Dejar que se convierta en un foco de enfermedades. Dejar que sea viviente exposición y ejemplo de fealdad y suciedad. Dejar que tenga hijos raquíticos. Dejar que rebaje y arrastre a sus compañeros vendiéndose a menor precio para hacer el trabajo de otros. Dejar que sus viviendas tornen nuestras ciudades en inmundos barrios bajos. Dejar que sus hijas infecten a nuestros hijos con las enfermedades de las calles y que luego sus hijos tomen venganza transformando la virilidad de la nación en escrófula, cobardía, crueldad, hipocresía, imbecilidad política y todos los demás frutos de la opresión y la desnutrición. Dejar que los que "nada merecen" merezcan cada vez menos; y dejar que los que "todo merecen" atesoren para sí, en la tierra, no los tesoros del cielo, sino los horrores del infierno. Y siendo esto así, ¿es realmente sensato dejar que sea pobre? ¿No haría acaso diez veces menos daño un prospero ladrón, incendiario, estuprador o asesino, hasta los más distantes límites de los impulsos comparativamente insignificantes de la humanidad en este sentido? Supongamos que fuéramos a abolir todas las penalidades por esas actividades, y decidiéramos que la pobreza es lo único que no toleraríamos... que todo adulto con menos de, digamos, 365 esterlinas al año, será matado indolora pero inexorablemente, y todo niño hambriento y semidesnudo forzosamente engordado y alimentado: ¿no sería ese un enorme progreso en el sistema existente que ha destruido ya tantas civilizaciones y, evidentemente, está destruyendo a la nuestra del mismo modo?

¿Existe alguna raíz para semejante legislación en nuestro sistema parlamentario? Dos medidas que surgen en la actualidad en el terreno político, posiblemente puedan crecer hasta representar algo valioso. Una de ellas es la institución de un Salario

Mínimo Legal obligatorio. La otra es la Pensión a la Vejez. Pero existe un proyecto mucho mejor. Hace algún tiempo mencioné el tópico de la Pensión Universal a la Vejez a mi compañero socialista, el señor Cobden-Sanderson, famoso artífice de la encuadernación y la imprenta. "¿Y por qué no hablar de una Pensión Universal a la Vida?", me replico Cobden-Sanderson. Con decir esto, había resuelto de un plumazo el problema industrial. En la actualidad increpamos a todo ciudadano: "Si quiere dinero, gánelo", como si el tenerlo o no tenerlo solo fuera asunto de su incumbencia. No le aseguramos siquiera la oportunidad de ganarlo: al contrario, permitimos que nuestra industria se organice en abierta dependencia de "un ejército de reserva de desocupados" que se mantiene en bien de la "elasticidad". La solución sensata sería la de Cobden-Sanderson; es decir, dar a cada hombre lo suficiente para vivir bien, asegurar a la comunidad contra la posibilidad de la maligna enfermedad de la pobreza y luego -necesariamente- cuidar de que lo gane.

Undershaft, el héroe de "La Comandante Bárbara", es simplemente un hombre que, habiendo comprendido que la pobreza es un crimen, sabe que- cuando la sociedad le ofreció la alternativa de ser pobre, o de lucrar con la muerte y la destrucción, le dio a elegir entre el enérgico espíritu de empresa y la infame cobardía, y no entre la opulenta villanía y la humilde virtud. Su conducta puede soportar la prueba de Kant, en tanto que Peter Shirley no podría hacerlo. Peter Shirley es lo que llamamos el pobre honrado y Undershaft es lo que llamamos el rico perverso: Shirley y Undershaft son Lázaro y Dives[4]*. Pues bien, la miseria del mundo se debe a que las grandes masas de hombres hacen y piensan lo mismo que hace y piensa Peter Shirley. Si hicieran y pensaran lo que hace y piensa Undershaft, el resultado inmediato sería una revolución de incalculable provecho. Ser adinerado, dice Undershaft, es para mí un motivo de orgullo por el que estoy preparado a matar aun a riesgo de mi propia vida. Esta decisión es, como él dice, la prueba final de la sinceridad. Como el héroe medieval de Froissart, que comprendió que "robar y saquear es buena vida", él no es víctima de ese sentimiento público contra el asesinato que se ocupan en propagar y difundir aquellos que de otro modo serían asesinados, ni del honor verbal con que pagan la pobreza y la obediencia aquellos adinerados e insubordinados inútiles que, aun careciendo de valor, quieren robar al*

[4] Lázaro y Dives, personajes de una parábola de Jesús en que Lázaro el mendigo se alimenta de las migas que caen de la mesa de Dives el adinerado.

pobre, y aun careciendo de superioridad quieren mandar sobre ellos. El caballero andante de Froissart, al poner el logro de una buena vida por encima de cualquier otro deber -que en verdad no son deberes sino perversidades cuando se oponen a ella-, se comporta valiente, admirable y, en el análisis final, patrióticamente. La sociedad medieval, por otra parte, estaba tan estúpidamente organizada que la buena vida podía lograrse únicamente mediante el saqueo. Si los contemporáneos de este caballero andante hubieran sido tan resueltos como él, el robo y el saqueo habrían resultado el camino más corto a la horca, así como si fuéramos todos tan resueltos y perspicaces como Undershaft, intentar vivir siquiera mediante lo que se ha dado en llamar "una entrada independiente" resultaría el camino más corto a la cámara letal. Pero como, gracias a nuestra imbecilidad política y cobardía personal (ambos frutos de la pobreza), la mejor imitación de una buena vida actualmente procurable es la que se vale de una entrada independiente, toda la gente sensata aspira a obtener tal entrada y está, por supuesto, celosamente dispuesta a legalizar, moralizar y apoyar esa imbecilidad, esa cobardía y todas las acciones y sentimientos que conducen a ello. ¿Qué otra cosa pueden hacer? Saben, por supuesto, que son ricos porque otros son pobres. Pero no pueden remediarlo: está en los pobres repudiar la pobreza cuando ya están hartos de ella. La cosa puede hacerse bastante fácilmente: las demostraciones en contrario de economistas, jurisconsultos, moralistas y sentimentalistas asalariados por los ricos para defenderlos o cumpliendo su labor gratuitamente a título de pura locura y servilismo, solamente engañan a los ricos...

La razón de que los contribuyentes independientes no se mantengan firmes en defensa de su posición estriba en que, como no somos caballeros medievales errantes por un país escasamente poblado, la pobreza de aquellos a quienes saqueamos nos impide darnos la buena vida en aras de la cual las sacrificamos. Hombres ricos y aristócratas con un desarrollado sentido del vivir -hombres como Ruskin y William Morris y Kropotkin- tienen fabulosos apetitos sociales y otros personales muy fastidiosos. No se .contentan con hermosas mansiones; quieren hermosas ciudades. No se contentan con esposas enjoyadas e hijas florecientes; protestan porque la doméstica anda mal vestida, porque la lavandera huele a ginebra, parque la costurera está anémica, porque todo hombre que encuentran no es un amigo ni toda mujer un idilio. Desprecian el sistema de desagüe de sus vecinos y les enferma la arquitectura de sus casas. Los moldes de fábrica preparados para satisfacer las

demandas del común de las gentes no les satisfacen (y no pueden conseguir otra cosa): no pueden dormir ni sentarse cómodamente en los muebles de un grosero ebanista. El aire no es bastante bueno para ellos: tiene demasiado hollín de fábrica. Hasta exigen condiciones abstractas: justicia, honor, noble atmósfera moral, un nexo místico para reemplazar el nexo contante y sonante. Declaran finalmente que aunque robar y saquear de propia mano, a caballo y con armadura, podía ser buena vida, robar y saquear por mano del policía, el alguacil y el soldado, y retribuirles insuficientemente por ello no es buena vida, sino que, por el contrario, es fatal a toda posibilidad de una vida siquiera tolerable. Tratan de inducir al pobre a la rebelión, y, al verle asombrado por la falta de caballerosidad en ellos, denigran desesperadamente al proletariado por su "maldita falta de ambición" (verdamente Bedürfnislosigkeit).

Hasta ahora, sin embargo, su ataque contra la sociedad ha carecido de sencillez. Los pobres no comparten sus gustos ni comprenden sus críticas de arte. No quieren la vida sencilla, ni la vida estética; por el contrario, quieren revolcarse en todas esas costosas vulgaridades de las que se apartan con aversión las almas elegidas entre los ricos. Sólo mediante el hartazgo, y no la abstinencia, curarán sus gustos malsanos. Lo que desprecian, les disgusta y les avergüenza es la pobreza. Pedirles que combatan la diferencia entre el número de Navidad del Illustrated London News y el Kelmscott Chaucer es estúpido: prefieren el News. La diferencia entre la ordinaria y sucia camisa y cuello blanco almidonado del corredor de bolsa y la camisa azul comparativamente cara y cuidadosamente teñida de William Morris es a los ojos del pobre una diferencia tan vergonzosa para Morris, que si discutieran el problema saldrían en defensa del almidón. "Dejad de ser esclavos, para que podáis ser caprichosos", no es un llamado a las armas muy inspirado; tampoco mejora mucho si sustituyo caprichosos por santos. Ambos términos significan hombres geniales, y el hombre común no quiere vivir la vida de un genio: prefiere la vida del peón favorito, si esa fuera la otra única alternativa. Pero eso sí, quiere más dinero. Puede ser vago en cualquier otra cosa, pero es muy explícito en esto. Puede o no preferir "La Comandante Bárbara" a la pantomima de Druy Lane[5]; pero siempre preferirá quinientas libras a quinientos chelines.

[5] Llámase así a la calle de Londres que da su nombre al famoso teatro, donde por Navidad se representan las conocidas pantomimas.

Deplorar por sórdida esta preferencia y enseñar a los niños que es pecado ambicionar dinero, significa una tendencia hacia el límite extremo de la desfachatez en la mentira y la corrupción en la hipocresía. El respeto universal por el dinero es el único factor promisorio de nuestra civilización, el único aspecto sano de nuestra conciencia social. El dinero es la cosa más importante del mundo. Significa salud, fuerza, honor, generosidad y belleza tan visible e innegablemente como su ausencia significa enfermedad, debilidad, ignominia, mezquindad y fealdad. Otra de sus virtudes, y no la menor, es la de que destruye a la gente ruin tan ciertamente como que fortalece y dignifica a la gente noble. Sólo cuando el dinero carece de valor para algunos, y es inalcanzable para otros, se convierte en una maldición. En resumen, el dinero es una calamidad sólo en las estúpidas condiciones sociales en que la vida misma es una calamidad. Porque ambas cosas son inseparables: el dinero es la medida que permite distribuir la vida socialmente; es la vida, con tanta seguridad como las esterlinas y los billetes de banco son el dinero. El primer deber de todo ciudadano es insistir en tener dinero en términos razonables: y esta demanda no queda satisfecha con dar a cuatro hombres tres chelines cada uno por diez o doce horas de penoso trabajo y mil libras a otro hombre por nada. Lo que el país necesita desesperadamente no es una moral superada, un pan más barato, temperancia, libertad, cultura, redención de hermanas caídas y hermanos extraviados, ni la gracia, el amor y la confraternidad de la Trinidad, sino tener suficiente dinero. Y el mal que debemos combatir no es el pecado, el sufrimiento, la voracidad, la superchería, el arte de gobernar, la demagogia, el monopolio, la ignorancia, la bebida, la guerra, la pestilencia, o cualquier otra víctima propiciatoria para reformar el sacrificio, sino la pobreza.

Apartad por una vez vuestros ojos de los confines de la tierra y fijadlos en esta verdad que está bajo vuestras narices; y el criterio de Andrew Undershaft no os causará ninguna perplejidad. Salvo que ese sentimiento constante de que el es instrumento de una Voluntad o Fuerza Viva, que le usa para propósitos más amplios que los suyos propios, os deje perplejos. En ese caso será porque estáis en la artificiosa oscuridad Darwiniana, o en la mera estupidez. Toda persona genuinamente religiosa tiene esa conciencia. Para aquellos, Undershaft el Místico y su perfecta comprensión del espíritu que anima a su hija, la Salvacionista, y al enamorado de esta, el republicano Eurípides, resultará natural e inevitable. Esto, sin

embargo, no es nuevo, ni aun en el teatro. Lo que sí es nuevo, por lo que yo se, es ese párrafo sobre la religión de Undershaft, que reconoce al Dinero como la primera necesidad y a la pobreza como la mayor perversidad del hombre y la sociedad.

Esta concepción dramática no ha sido, por supuesto, obtenida per saltum. Ni ha sido tomada de Nietzsche o ningún otro hombre nacido más allá del Canal. El malogrado Samuel Butler, que en su especialidad es el más grande escritor inglés de la última mitad del siglo XIX, inculcó constantemente la necesidad moral de un consciente Laodiceanismo en la religión y de un sentido vehemente y constante de la importancia del dinero. Impulsa casi a desesperar de la literatura inglesa el ver que un estudio tan extraordinario de la vida inglesa como la obra póstuma de Butler, "El camino de toda carne" (The way of all flesh), produce tan poca impresión que cuando, algunos años más tarde, yo presento comedias en que las sugestiones extraordinariamente frescas, libres y penetrantes de Butler tienen una importancia evidente, tengo que habérmelas con todo ese necio palabrerío acerca de Ibsen y Nietzsche, y hasta debo estar muy agradecido de que no se mencione a Alfred de Musset y George Sand. Sinceramente, los ingleses no merecen tener grandes hombres. Han permitido que Butler muriera casi desconocido, en tanto que yo, un periodista irlandés comparativamente insignificante, los llevaba por las narices con una auto-propaganda que ha hecho de mi vida un verdadero martirio. En Sicilia existe una Vía Samuele Butler. Cuando algún turista ingles por casualidad lo observa, interroga: "¿Quien diablos fue Samuele Butler?", o se pregunta por que los sicilianos perpetúan la memoria del autor de "Hudibras".

No puede negarse que el ingles está siempre deseoso de conocer a un genio si alguien tiene la gentileza de presentárselo. Puesto que me he señalado de este modo con cierto éxito, señalo ahora a Samuel Butler, y confío en que en el futuro oiré un poquito menos acerca del origen foráneo de las ideas que, con el aporte teatral de los socialistas, se están abriendo paso en el teatro ingles. Son hombres vivientes cuya fuerza y originalidad son tan evidentes como en Butler; y cuando mueran, esta realidad será por fin descubierta. Entretanto les recomiendo que insistan en sus propios méritos como parte importante de su actitvidad.

EL EJÉRCITO DE SALVACIÓN

Cuando "La Comandante Bárbara" fue representada en Londres, un importante periódico septentrional criticó el segundo acto como un macilento ataque al Ejército de Salvación, y la desesperada exclamación de Bárbara fue deplorada por un diario de Londres como una desagradable blasfemia. Pero estas crónicas fueron rectificadas, no por críticos profesionales y declarados del teatro, sino por publicistas religiosos y filosóficos como Sir Oliver Lodge, el Dr. Stanton Coit, y periodistas disidentes como el señor William Stead, que no sólo comprendieron el acto tan bien como los mismos Salvacionistas, sino que lo interpretaron además en relación con la vida religiosa del país, que no sólo parece estar alejada de la simpatía de muchos de nuestros críticos teatrales, sino hasta fuera de su conocimiento de la sociedad. Por cierto que nada puede ser más irónicamente curioso que la comparación que hace la Comandante Bárbara entre los entusiastas del teatro y los entusiastas religiosos. Por una parte, el espectador teatral anda siempre en busca del placer, paga exorbitantemente por obtenerlo, sufre intolerables molestias por su causa y rara vez lo alcanza. Por otra parte, el Salvacionista, repudiando la alegría, atento al esfuerzo y al sacrificio, está siempre con animado semblante, riendo, bromeando, cantando, regocijándose y tamborileando; su vida vuela en un relámpago de excitación y su muerte llega como una culminación triunfal. ¡Y en tanto, si me permiten, el espectador teatral desprecia al Salvacionista y le considera una persona abatida, apartada del paraíso del teatro, condenada por propia elección a una vida de espantoso aburrimiento; y el Salvacionista se apiada del espectador teatral como de un hijo pródigo que usara hojas de hiedra en su cabello y se precipitara en atroz fuga hacia el infierno, seguido de taponazos de botellas de champagne y de las risas lascivas de las sirenas! ¿Puede la incomprensión ser más completa... la piedad estar peor dedicada?

Afortunadamente, los Salvacionistas son más accesibles al carácter religioso del drama que los espectadores del teatro a la alegre energía y artística fertilidad de la religión. Pueden ver, cuando se les señala, que un teatro, el sitio en que dos o tres se reúnen, recibe de esa presencia divina una santidad inalienable de la que no podrá privarla la farsa más grosera y profana, ni más ni menos que el sermón hipócrita de un obispo presumido puede profanar la Abadía de Westminster. Pero en nuestros

espectadores profesionales parece faltar esa indispensable concepción preliminar de santidad. Se refieren a los actores como si fueran máscaras o bufones y, me temo, consideran que los autores dramáticos somos mentirosos y entregadores, cuya principal actividad consiste en consolar voluptuosamente al fatigado especulador urbano cuando ha llegado a su fin la seria actividad del día, como el la llama. La pasión, que es la vida del drama, nada significa para ellos sino una primitiva excitación sexual: frases como "poesía apasionada" o "apasionado amor a la verdad" han caído en desuso en su vocabulario para ser reemplazadas por "crimen pasional" y otras semejantes. Presumen, por lo que yo deduzco, que aquellos en quienes la pasión alcanza una esfera mayor son desapasionados y, por lo tanto, insípidos. Consideran por lo tanto a las personas religiosas como gentes sin interés y poco divertidas. Y así, cuando Bárbara prorrumpe en las bromas corrientes del Ejército de Salvación, y arrebata un beso a su enamorado por encima del tambor, los devotos del teatro creen que deben aparecer ofendidos y concluyen que toda la obra es una elaborada burla al Ejército. ¡Y entonces me reprochan hipócritamente esa burla, o se pliegan estúpidamente a la supuesta burla!

Hasta el puñado de críticos mentalmente competentes se vio en dificultades ante mi planteo del estancamiento económico en que se halla el Ejército de Salvación. Algunos opinaron que el Ejercito nunca recibiría dinero de un fabricante de bebidas alcohólicas y un fundidor de cañones; otros consideraban que nunca debió aceptarlos; todos presumieron más o menos definitivamente que al aceptarlo el Ejercito se degradaba hasta el absurdo y la hipocresía. Con respecto al primer punto, la respuesta del Ejército fue rápida y terminante. Como dijera uno de sus miembros, aceptarían dinero del mismo diablo y estarían muy contentos de quitarlo de sus manos y ponerlo en las de Dios. Reconocieron agradecidos que los taberneros no solo les daban dinero sino que permitían las colectas en sus bares... aun cuando a la puerta hubiera una reunión salvacionista predicando la abstención. A decir verdad, pusiera en duda la verosimilitud de la obra, no porque la señora Baines aceptara el dinero, sino porque Bárbara lo rechazara.

En cuanto a que el Ejército no debía recibir ese dinero, obvia su justificación. Debe recibir ese dinero porque sin dinero no puede existir y no cuenta con ningún otro aporte. Casi todo el dinero disponible en el país proviene de alquileres, intereses y ganancias, y cada penique del mismo está tan inextricablemente ligado al crimen, la

bebida, la prostitución, la enfermedad y todos los perversos frutos de la pobreza, como a las grandes empresas, la riqueza, la probidad comercial y la prosperidad nacional. La idea de que ciertas monedas estén marcadas por una mácula es una superstición individualista muy poco práctica. Pero, a pesar de ello, el hecho de que todo nuestro dinero esté manchado causa, cuando algún ejemplo dramático de esta mácula les revela por primera vez su existencia, severa desazón en las escrupulosas almas jóvenes. Cuando un joven y entusiasta clérigo de la iglesia anglicana advierte por primera vez que los Comisionados Eclesiásticos aceptan las contribuciones de ostentosas casas públicas, burdeles y guaridas de explotadores, o que su más generoso contribuyente en la última reunión de caridad es un empleador que lucra con el trabajo femenino abaratado por la prostitución, especulando así tan inescrupulosamente como el posadero que lucra con el trabajo de los camareros abaratados por las propinas, o el trabajo de los jubilados y pensionistas; o que el único patrocinante que podrá ayudarle a reconstruir su iglesia o sus escuelas o dar a su brigada de muchachos un gimnasio o una biblioteca es el hijo de un rey de la carne en Chicago, ese joven clérigo pasará, como Bárbara, su mal rato. Pero nada logrará con rehusarse a aceptar todo dinero que no provenga de esas suaves ancianas con ingresos independientes y amables y encantadores modales. ¡Le bastaría con investigar la procedencia del dinero de estas dulces ancianas hasta su raíz industrial, para hallarse ante "La profesión de la señora Warren", la envenenada carne envasada y todo lo demás. Su propio estipendio tiene esa misma raíz. Y entonces debe compartir la culpabilidad del mundo o debe optar por irse a otro planeta. Debe salvar el honor del mundo si quiere salvar el suyo propio. Esto es lo que descubren todas las iglesias, así como Bárbara y el Ejército de Salvación lo descubren en la obra. Al descubrimiento que hace Bárbara de que ella es cómplice de su padre; que el Ejército de Salvación es cómplice del fabricante de bebidas y del fundidor de cañones; que el uno no puede huir del otro así como ambos no pueden huir del aire que respiran; que no existe salvación para ellos por la virtud personal, sino únicamente por la redención de toda la nación de su viciosa, haragana, competidora anarquía: a este descubrimiento han llegado todos con excepción de los Fariseos y (aparentemente) los espectadores profesionales, que todavía usan camisas Tom Hood y explotan a sus lavanderas, sin recelar jamás de su carácter elevado, de la pureza de sus atmósferas privadas, de su derecho a repudiar por ajenas la burda

depravación de la buharda y los barrios bajos. No es que quieran hacer daño: solo desean ser, a su modo, lo que ellos llaman un caballero. No comprenden la lección de Bárbara porque no la han aprendido, como ella, tomando parte en la vida más amplia de la nación.

BÁRBARA RETORNA A LAS FILAS

El retorno de Bárbara a las filas puede aun proporcionar tema suficiente al historiador dramático del futuro. Volver al Ejército de Salvación con el convencimiento de que ni aun los Salvacionistas están salvados; que la pobreza no es bendita, sino un maldito pecado; y que cuando el General Booth eligió "Sangre y Fuego" en lugar de la Cruz, como emblema de Salvación, estaba quizá mejor inspirado de lo que creía; ese convencimiento, en la hija de Andrew Undershaft, conducirá a algo más pleno de esperanzas que repartir pan y miel por cuenta de Bodger.

Hay algo de muy significativo en esta instintiva elección de una forma de organización militar, en esta sustitución del tambor por el órgano, que cumpliera el Ejército de Salvación. ¿No sugiere esto que los Salvacionistas adivinan que deben luchar contra el diablo, en vez de rezarle? En la actualidad, es verdad, no han discernido aún su exacto mensaje. Cuando lo hagan, pueden deparar un severo sobresalto a ese su sentido de seguridad, resultado de la experiencia de que las palabras rudas, aunque pronunciadas por elocuentes ensayistas y oradores, o unánimemente voceadas en entusiastas reuniones a moción de eminentes reformistas, no alcanzan a romperle los huesos. Se ha dicho que la Revolución Francesa ha sido obra de Voltaire, Rousseau Y Pos Enciclopedistas. A mí se me antoja que ha sido la obra de hombres que supieron comprender que la virtuosa indignación, el criticismo cáustico, el argumento conclusivo y el folleto instructivo, aun cuando estén a cargo de los más vehementes e inteligentes genios literarios, son tan inútiles como el rezar, pues las cosas iban firmemente de mal en peor, en tanto que el Contrato Social[6] y los libelos de Voltaire estaban de última moda. Eventualmente, como todos sabemos, ciudadanos perfectamente respetables y serios filantropistas toleraron las masacres de setiembre porque la dura experiencia les había convencido de que, si se

[6] El acuerdo mutuo que según J. J. Rousseau (Contrat Social, 1762) protege los derechos de todos y forma las bases de la sociedad humana.

contentaban con súplicas a la humanidad y al patriotismo, la aristocracia, aun cuando leyera esos llamamientos con el mayor placer y la mejor apreciación, halagando y admirando a sus autores, continuaría conspirando con los monarquistas extranjeros para derrocar la revolución y restaurar el antiguo sistema, con todos los recursos de la venganza brutal y la represión despiadada de las libertades populares.

El siglo diecinueve vio repetirse la misma lección en Inglaterra. Ésta contaba con sus Utilitarios, sus Socialistas Cristianos, sus Fabianos: contaba con Bentham, Mill, Dickens, Ruskin, Carlyle, Butler, Henry George y Morris. Y el fin de todos sus esfuerzos ha sido el Chicago descrito por el señor Upton Sinclair y el Londres en que las gentes que pagan por entretenerse con mi dramática representación de Peter Shirley, despedido para morirse de hambre a los cuarenta años porque por su mismo sueldo pueden obtenerse esclavos más jóvenes, no dan ni tienen la más leve intención de dar ningún paso efectivo para organizar la sociedad de un modo tal que esa infamia diaria resulte imposible. Yo, que he predicado y libelado como cualquier Enciclopedista, debo confesar que mis métodos serían inútiles y de nada servirían si yo fuera Voltaire, Rousseau, Bentham, Mill, Dickens, Carlyle, Ruskin, George, Butler y Morris todos en uno, con Eurípides, More, Molière, Shakespeare, Beaumarchais, Swift, Goethe, Ibsen, Tolstoi, Moisés y todos los profetas sumados (como en cierto modo lo soy, plantándome como lo hago en sus hombros). Ya que el problema consiste en hacer héroes de cobardes, nosotros, apóstoles del papel y nigromantes del arte, sólo hemos logrado dar a los cobardes todas las sensaciones de los héroes, en tanto que ellos toleran toda abominación, aceptan todo saqueo y se someten a toda opresión. La Cristiandad, al hacer un mérito de esa sumisión, ha señalado solamente esa profundidad del abismo en que se ha perdido hasta el sentimiento de la vergüenza. El cristiano ha sido como el médico de Dickens en la prisión de deudores, que habla al recién venido de su inefable paz y seguridad: sin acreedores inoportunos, sin tiránicos cobradores de intereses, impuestos y alquileres, sin esperanzas inoportunas ni deberes exigentes; nada más que el descanso y la seguridad de no poder descender más hondo.

Y sin embargo, en el más mísero rincón de este cristianismo destructor del alma, comienza repentinamente a germinar una vitalidad nueva. El júbilo, sagrado don ha tiempo destronado por la risa infernal del escarnio y la obscenidad, surge como fuente milagrosa del polvo y el barro fétido de los barrios bajos; entusiastas marchas

e impetuosos ditirambos suben a los cielos de entre las gentes para quienes el deprimente ruido llamado "música sagrada" es una broma permanente; se hace flamear una bandera con Sangre y Fuego, no con rencor asesino, sino porque el fuego es hermoso y la sangre es un rojo espléndido y vital; el Miedo, al que lisonjeamos llamándolo egoísmo, se desvanece; y hombres y mujeres transfigurados predican su evangelio por un mundo transfigurado, llaman General a su líder, se llaman capitanes y brigadieres entre sí, y llaman a todo ese cuerpo un Ejército; rezan, pero sólo para renovarse, por la fuerza para la lucha y por el indispensable DINERO (señal importante es ésta); predican, pero sin predicar sumisión; afrontan los malos tratos y los abusos pero sólo en la medida de lo inevitable; y usan lo que el mundo les permite usar, incluso agua y jabón, color y música. Existe un peligro en esta actividad; y donde hay peligro hay esperanza. Nuestra actual seguridad no es y no puede ser nada más que la perversidad hecha irresistible.

LAS FLAQUEZAS DEL EJÉRCITO DE SALVACIÓN

Actualmente, sin embargo, no me concierne lisonjear al Ejército de Salvación. Más bien debo señalar que tiene tantas flaquezas casi como la iglesia anglicana. Al fundar ;una organización eventualmente se verán impelidos a advertir que su actual grupo de tenientes entusiastas será sucedido por una burocracia de hombres de negocios que no serán mejores que los obispos, y quizá bastante menos escrupulosos. Esto siempre ha sucedido tarde o temprano en las grandes, órdenes creadas por santos; y la orden creada por el santo William Booth no está exenta del mismo peligro. Depende aun más que la iglesia de la gente rica y ésta privaría inmediatamente al Ejercito de su provisión si éste comenzara a predicar esa indispensable rebelión contra la pobreza, que a la vez constituirá una revolución contra los ricos. Pero se ve estorbado por un grueso contingente de piadosos ancianos que en realidad no son Salvacionistas, sino Evangelistas de la antigua escuela. Todavía, como afirma el Teniente Howard, "sigue a Moisés", que a estas alturas es una tontería categórica si el Teniente quiere significar, como mucho me temo, que el Libro del Génesis contiene un fiel relato científico del origen de las

especies y que el dios a quien Jefté sacrificó su hija es mucho menos ídolo tribal que Dagón o Chemosch[7].

Además, hay en el Ejército demasiado material ultraterreno. Como el granadero de Federico, el Salvacionista quiere vivir para siempre (el modo más monstruoso de pedir la luna); y aunque es evidente, para cualquiera que haya oído alguna vez al General Booth y a sus mejores oficiales, que lucharían tan empecinadamente por la salvación humana como lo hacen en la actualidad, aunque creyeran que la muerte es el fin del individuo, ellos y sus adictos tienen la mala costumbre de expresarse como si los Salvacionistas soportaran heroicamente la ardua vida en la tierra como una inversión que más tarde rendirá proficuas ganancias en la forma, no de una mejor vida

por venir para el mundo entero, sino de una eternidad aprovechada sólo por ellos, en una especie de pacífica bienaventuranza que a cualquier persona activa le acarrearía una segunda muerte. Claro que a decir verdad los Salvacionistas son gente increíblemente feliz. ¿Y acaso el diagnóstico de la verdadera salvación no significa que podrá superar el miedo a la muerte? El hombre que ha llegado a creer que no existe la muerte, considerando el cambio así llamado como una simple transición hacia una vida exquisitamente feliz y totalmente despreocupada, no ha vencido en absoluto el miedo a la muerte; por el contrario, ese miedo lo domina aún tan completamente que se niega a morir en cualquier condición. Yo no considero salvado al Salvacionista hasta que esté dispuesto a tenderse alegremente en su tumba, después de pagar tasa y terreno y algo más, para dejar que su vida eterna vaya a renovar su juventud en los batallones del futuro.

Luego existe esa desagradable costumbre de mentir que se llama confesión y que el Ejercito alienta porque se presta a la oratoria dramática con muchos y espeluznantes incidentes. Por mi parte, cuando oigo a un converso relatar las violencias, insultos y blasfemias de que era culpable antes de salvarse, dando a entender que entonces era un sujeto terrible y ahora el más contrito y puro de los cristianos, no le creo lo que dice, así como tampoco creo al millonario que cuenta que de muchacho llegó a Londres o Chicago con sólo tres peniques en el bolsillo. Los

[7] Un dios de los filisteos, mitad hombre y mitad pez, fue Dagón, el dios de la agricultura; en tanto que Chemosch (Baal) fue dios de los moabitas, a quienes se menciona en el Libro de los jueces y en el Libro de los Reyes.

Salvacionistas me han dicho que Bárbara, en mi comedia, jamás habría sido engañada por un fanfarrón tan transparente como Snobby Price; y por cierto que tampoco yo creo que Snobby pudiera engañar a cualquier Salvacionista experimentado en un tema en que el Salvacionista no quisiera ser engañado. Pero en cuanto se trate de conversiones todos los Salvacionistas quieren ser convencidos; porque a peor pecador, mayor el milagro de su conversión. Cuando se exhibe a un rufián convertido o a un borracho vindicado como una de las atracciones de una reunión, vuestro rufián difícilmente podrá ser demasiado rufianesco o vuestro borracho demasiado borracho. Mientras se confíe en tales atracciones, vuestros Snobby Price jurarán haber azotado a su madre cuando en honor a la prosaica verdad eran frecuentemente azotados por ella, y vuestras Rummy Mitchens de mansa respetabilidad pretenderán un pasado de turbulento y osado vicio. Aun cuando las confesiones sean sinceramente autobiográficas no existe razón para presumir inmediatamente que el impulso de confesarse es piadoso o el interés de los escuchas edificante. Del mismo modo podría suponerse que la gente que insiste en mostrar espantosas úlceras a los visitantes del hospital son higienistas convencidos, o que la curiosidad que alguna vez despiertan tales exhibiciones sea compasiva y valiosa. A menudo nos sentimos tentados a sugerir que aquellos individuos que importunan a nuestros jefes de policía con pretendidas confesiones de asesinato pueden muy sabiamente ser ejecutados, salvo en los pocos casos en que el verdadero asesino trata de librarse de su culpa mediante la confesión y la expiación. Porque aunque no soy, así espero, una persona despiadada, considero que el hecho inexorable no debe ser deformado por ritual alguno, ya sea en el confesionario o en el cadalso.

Y aquí es donde mi desacuerdo con el Ejército de Salvación, y con todos los propagandistas de la Cruz (contra quienes objeto porque estoy en profundo desacuerdo con las horcas), se hace más profundo. El perdón, la absolución, la expiación son imaginarios; el castigo no es sino la pretensión de cancelar un crimen con otro; y el perdón no puede existir si no han existido deseos de venganza, así como no puede realizarse una cura si no ha habido una enfermedad. Jamás podréis obtener un alto grado de moralidad en la gente que concibe que sus malas acciones son revocables y perdonables, o en una sociedad donde la absolución y la expiación son oficialmente provistas. La demanda puede ser verdadera; pero la provisión es bastarda. Así Bill Walker, en mi comedia, después de golpear a una muchacha

salvacionista, se siente saturado de una intolerable convicción de culpa bajo el hábil tratamiento de Bárbara. Inmediatamente trata de borrar el golpe y purificar su acción, primeramente castigándose por ello del mismo modo y, cuando se le niega este alivio, multándose en una esterlina para compensar a la muchacha. Se ve frustrado en ambas formas. Descubre que el Ejército de Salvación es tan inexorable como los hechos. No lo castigará, no aceptará su dinero. No tolerará a un rufián redimido: no le deja otro medio de salvación que dejar de ser rufián. Con esto, el Ejército de Salvación comprende instintivamente la verdad central de la cristiandad y descarta su superstición central; esta verdad central es la vanidad de la venganza y el castigo, y esa superstición central es la salvación del mundo por la horca.

Porque, nótese bien, Bill ha golpeado también a una mujer anciana y desfalleciente; y por esta peor ofensa no siente ningún remordimiento, porque ella le ha demostrado que su maldad es tan grande como la de él. "Que me eche la ley, como dijo -dice Bill-; lo que le hice a esa no me molesta la conciencia más que matar a un puerco." Esto demuestra un estado mental perfectamente natural y edificante de su parte. La anciana, al igual que la ley con la que le amenaza, está perfectamente dispuesta a usar la venganza contra él: a robarle si hurta, a azotarle si golpea, a asesinarle si mata. Con el ejemplo y el precepto, la ley y la opinión pública le enseñan a imponer su voluntad con la ira, la violencia y la crueldad y a borrar esa mancha moral con el castigo. Esto es perfecta cruztiandad. Pero esta cruztiandad se ha embrollado con algo que Bárbara llama cristiandad y que inesperadamente la induce a rechazar el papel de verdugo de Satanás, descartando a Satanás. Se niega a querellar a un rufián borracho; conversa de igual a igual con un pelagatos con quien ninguna dama puede ser vista en la calle; en resumen, se comporta del modo más ilegal e indecoroso posible en esas circunstancias. La conciencia de Bill reacciona ante esta actitud, tan naturalmente como ante las amenazas de la anciana. Se ve en una posición de insoportable inferioridad moral, y lucha por todos los medios a su alcance por escapar a ella, en tanto que está muy dispuesto a aumentar el abuso cometido con la anciana golpeándola en la cara. Y esta es la triunfal justificación de la cristiandad de Bárbara frente a nuestro sistema de castigo judicial, el vengativo castigo del villano y la "justicia poética" de la escena romántica.

En mérito a la literatura debe señalarse que esta situación es sólo parcialmente nueva. Víctor Hugo nos presentó hace tiempo la epopeya del convicto y los

candelabros del obispo, y del policía cruztiano aniquilado en su encuentro con el cristiano Valjean. Pero Bill Walker no se transforma románticamente, como Valjean, de demonio en ángel. Hay millones de Bill Walkers en todas las clases sociales de hoy en día; y lo que yo, en calidad de profesor de psicología natural, deseo demostrar es que Bill, sin cambio alguno en su carácter, reacciona de distinto modo ante distintos tratos.

En prueba puedo referirme a la sensacional lección objetiva que brindan los comerciantes millonarios de nuestros días. Comienzan como bandidos despiadados, inescrupulosos, labrando la ruina, la muerte y la esclavitud de sus competidores y empleados, soportando desesperadamente lo peor que sus competidores puedan hacerles. La historia de las fábricas inglesas, los monopolios norteamericanos, la explotación del oro, los brillantes, el marfil y el caucho africanos, supera en perversidad a las peores cualidades atribuídas a los piratas del Mar de las Antillas. El Capitán Kidd hubiera abandonado en un islote a un moderno magnate monopolista porque su conducta le parecería indigna de un caballero de fortuna. La ley zahiere diariamente a fracasados bribones de este tipo y los castiga con crueldad mayor que la de ellos, con el resultado de que abandonan la casa de torturas más peligrosos que cuando entraron en ella y renuevan sus perversidades (pues nadie quiere emplearlos) hasta que vuelven a caer presos, son otra vez torturados y puestos en libertad, y siempre con el mismo resultado.

Pero el bribón afortunado recibe un trato muy distinto y muy cristiano. No sólo es perdonado: es idolatrado, respetado, muy considerado; sólo faltaría que lo adorasen. La sociedad le devuelve bien por mal con la más extravagante desproporción. ¿Y con qué resultado? Él mismo empieza a idolatrarse, a respetarse, a tratar de merecer el trato que recibe. Predica sermones, escribe libros de edificantes consejos para los jóvenes y finalmente se persuade de que prosperó siguiendo esos mismos consejos; funda instituciones educacionales, contribuye a sociedades de beneficencia y muere finalmente en el aroma de la santidad, dejando un testamento que es un monumento de moral y generosidad públicas. Y todo esto sin el menor cambio en su carácter.

Las manchas del leopardo y las rayas del tigre continúan tan delineadas como siempre; pero la conducta del mundo hacia él ha cambiado, y él ha modificado su conducta correspondientemente. Sólo necesitáis mantener en reserva vuestra actitud hacia él... poner las manos en su propiedad, denigrarle, asaltarle ... y en un momento

volverá a ser el bribón que fue, tan pronto a aplastaros como nosotros lo estáis a aplastarle, y casi tan pleno de pretendidas razones morales para hacerlo.

En resumen, cuando la Comandante Bárbara dice que no hay hombres perversos, tiene razón; no existen de un modo absoluto, aunque son gente irrazonable, de la que me ocuparé en seguida. Todo hombre (y mujer) razonable es un hombre perverso en potencia y, a la vez, un buen hombre en potencia. Lo que el hombre es depende de su carácter; pero lo que hace, y lo que nosotros opinemos de lo que hace, depende de las circunstancias. Las circunstancias que llevan a un hombre a la ruina en una clase social, lo hacen eminente en otra. Los individuos que se comportan diferentemente en diferentes circunstancias, se comportan similarmente en similares circunstancias. Tómese un vulgar carácter inglés como Bill Walker. Encontraremos a Bill en todas partes: en el banquillo judicial, en el banco episcopal, en el Consejo Privado, en el Ministerio de Guerra y Almirantazgo, así como en los muelles de Old Bailey o entre las masas de obreros no especializados. Y la moralidad de Bill variará según estas diversas circunstancias. Los defectos del malvado son las virtudes del financista; los modales y costumbres de un duque costarían el empleo a un empleado. En resumen, aunque el carácter es independiente de las circunstancias, la conducta no lo es; y nuestro criterio moral acerca del carácter tampoco lo es; ambos son circunstanciales. Tómese cualquier condición de la vida en que las circunstancias son prácticamente idénticas para un cierto número de personas: el crimen, la Cámara de los Lores, la fábrica, las caballerizas, el campamento gitano... ¡o lo que queráis! A pesar de la diversidad de carácter y temperamento, la conducta y la moral de los individuos en cada grupo son tan semejantes sustancialmente como en una manada de ovejas, siendo la moral una simple costumbre social y necesidad circunstancial. La gente fuerte lo sabe y cuenta con ello. En nada se distinguen las mentes preceptoras del mundo del vulgar poseedor de un boleto de temporada urbano, más que en su percepción formal de que la humanidad es prácticamente una sola especie y no un conglomerado heterogéneo de caballeros y canallas, villanos y héroes, cobardes y temerarios, pares y campesinos, almaceneros y aristócratas, artesanos y labriegos, lavanderas y duquesas, en que todos los grados de rentas y casta representan diferentes animales que no deben conocerse ni casarse entre sí. Napoleón creando una galaxia de generales, cortesanos y hasta monarcas de su colección de inservibles sociales; Julio César nombrando gobernador de Egipto al

Librodot

hijo de un liberto, alguien que poco tiempo atrás hubiera sido legalmente descalificado aun para el puesto de soldado raso en el ejército romano; Luis XI nombrando consejero privado a su barbero: todos ellos tuvieron, en distintas formas, un dominio seguro de la realidad científica de la igualdad humana, expresada por Bárbara en la fórmula cristiana de que todos somos hijos de un mismo padre. El hombre que considera que los hombres se dividen moralmente en clases superiores, medias e inferiores, cae exactamente en el mismo error que aquel que considera que socialmente están divididos del mismo modo. Y así como nuestra persistente tentativa de fundar instituciones políticas sobre una base de desigualdad social ha producido siempre largos períodos de roces destructivos, mitigados de tanto en tanto por violentas explosiones revolucionarias, así la tentativa -quieran observar bien los americanosde fundar instituciones morales sobre una base de desigualdad moral no puede conducir a otra cosa que a antinaturales Reinos de los Santos relevados por licenciosas Restauraciones; a americanos que hacen del divorcio una institución pública, para tornar el rostro de Europa en una enorme sonrisa sardónica cuando se niegan a parar en el mismo hotel con un genio ruso que ha cambiado esposas sin la sanción legislativa de Dakota del Sur; a una grotesca hipocresía, cruel persecución y final confusión total de convenciones y complacencias con la benevolencia y la respetabilidad. Es absolutamente inútil declarar que todos los hombres han nacido libres si a la vez se niega que han nacido buenos. Garantícese la bondad de un hombre y su libertad se garantizará sola. Garantizar su libertad bajo la condición de que se apruebe luego su carácter moral, significa en verdad abolir toda libertad, puesto que la libertad queda entonces a merced de un proceso moral que cualquier tonto puede forjar en contra de aquel que viole las costumbres, sea como profeta o como bribón. Esta es la lección que la democracia tiene que aprender para poder convertirse en cualquier otra cosa salvo el más oprimente de los sacerdocios.

Volvamos ahora a Bill Walker y sus escrúpulos de conciencia contra el Ejército de Salvación. La Comandante Bárbara, puesto que no es una moderna Tetzel[8] *ni el tesorero de un hospital, se rehusa a vender a Bill su absolución por una esterlina. Desgraciadamente, lo que el Ejército puede rehusar en el caso de Bill Walker no puede rehusarlo cuando se trata de Bodger. Éste es dueño de la situación porque*

[8] Monje e inquisidor alemán (r455-1519) a quien se atribuyeron ventas de indulgencias, que dieron lugar a las protestaciones de Lutero y la explosión de la Reforma.

tiene en sus manos la correa de una bien provista billetera. "Luchen como quieran - dice Bodger-; sin mí nada podrán hacer. Sin mi dinero no podrán salvar a Bill Walker." Y el Ejército responde, muy de acuerdo con las circunstancias: "Aceptaremos dinero del mismo diablo antes de abandonar la obra de salvación." Así Bodger entrega el dinero para redimir su conciencia y recibe la absolución que, en cambio, se le niega a Bill. En la vida real, Bill quizá no se enterara de esto. Pero yo, el dramaturgo, cuya labor consiste en demostrar la relación entre las cosas que no parecen estar relacionadas sino alejadas, en el fortuito orden de los acontecimientos de la vida real, he maquinado para hacérselo saber a Bill, con el resultado de que el Ejército de Salvación ha perdido inmediatamente todo dominio sobre él.

Pero, sin embargo, puede ser que Bill no se pierda. Aún está bajo el dominio de lo ocurrido y de su propia conciencia, y puede llegar a descubrir que ha perdido para siempre su afición a la pillería. Sin embargo, no puedo asegurar este desenlace feliz. Dejad que cualquiera recorra los barrios más pobres de nuestras ciudades, cuando los hombres no están trabajando sino descansando y mascando la rumia de sus cavilaciones, y descubrirá que hay una misma expresión en todo rostro maduro: la expresión del cinismo. El descubrimiento que hace Bill Walker con respecto al Ejército de Salvación ya lo ha hecho cada uno de ellos. Han descubierto que todo hombre tiene su precio; y han sido tonta y corruptamente enseñados a desconfiar de él y despreciarle por esa condición necesaria y salutífera en la existencia social. Cuando se enteran de que también el General Booth tiene su precio, no lo admiran porque éste sea alto, ni admiten la necesidad de organizar la sociedad de modo que pueda obtenerlo de un modo honorable: llegan a la conclusión de que su carácter carece de fortaleza y de que todos los religiosos son hipócritas y aliados de sus opresores y explotadores. Saben que las importantes contribuciones que ayudan a mantener el Ejército son donaciones de la perversa doctrina de la docilidad en la pobreza y de la humildad en la opresión, y no resultado de la religión; y son desgarrados por la más agonizante de las dudas del alma, la duda de si su verdadera salvación no deberá surgir de sus pasiones más despreciables, del asesinato, la envidia, la codicia, la testarudez, la furia y el terrorismo, más que de la conciencia pública, la moderación, la humanidad, la generosidad, la ternura, la delicadeza, la piedad y la bondad. La confirmación de esa duda, sobre la que nuestros periódicos han insistido tan enérgicamente en los últimos años, es la moral del militarismo; y la

Librodot

justificación del militarismo reside en que las circunstancias pueden hacer de ella en cierta oportunidad la verdadera moralidad del momento. Y es produciendo tales momentos que creamos violentas y sanguinarias revoluciones, tal como la que está en progreso en Rusia y la que provoca diaria y diligentemente el capitalismo de Inglaterra y América.

En tales momentos es el deber de las iglesias evocar todos los poderes de destrucción contra el orden existente. Pero si hacen esto el orden existente puede reprimir sus actividades enérgicamente. Las iglesias sólo pueden subsistir bajo condición de que prediquen sumisión al estado, tal como está organizado en la actualidad capitalista. La Iglesia anglicana está obligada a agregar, a los treinta y seis artículos en que formula sus dogmas religiosos, tres artículos más en los que asegura que cuando cualquiera de estos artículos esté en conflicto con el Estado será totalmente revocado, renegado, violado, abrogado y aborrecido, y el policía pasará a ser una persona mucho más importante que cualquiera de las personas dé la Trinidad. Y esta es la razón de que ninguna iglesia ni Ejército de Salvación tolerado pueda ganar jamás la absoluta confianza del pobre. Deben estar del lado de la policía y la fuerza militar, quieran o no; y como la policía y la fuerza militar son los instrumentos de que se vale el rico para robar y oprimir al pobre (de acuerdo con principios legales y morales dictados a propósito), no es posible estar con los pobres y con la policía a un mismo tiempo. A decir verdad, los organismos religiosos que son los pordioseros de los ricos, se convierten en una especie de policía auxiliar, que priva a la pobreza de su espuma de rebelión mediante carbón y cobijas, pan y miel, y que calma y aplaca a las víctimas con esperanzas de una felicidad inmensa y fácil en el otro mundo, cuando se haya completado el proceso de llevarlos a una muerte prematura, después de una corta vida al servicio del rico.

CRISTIANDAD Y ANARQUISMO

Tal es la posición falsa a la que ni el Ejército de Salvación, la Iglesia anglicana o cualquier otra organización religiosa pueden escapar, salvo mediante la reconstitución de la sociedad. Tampoco pueden soportar pasivamente al Estado, lavándose las

manos de sus pecados. El Estado trata constantemente de forzar las conciencias humanas mediante la violencia y la crueldad. No contento con quitarnos el dinero para la manutención de sus soldados y policías, sus carceleros y verdugos, nos obliga a tomar parte activa en sus procedimientos, bajo pena de hacernos pasibles de su violencia. Mientras escribo estas líneas se está brindando al mundo un ejemplo sensacional. Se celebra una boda real que, después de recibir el sacramento en la catedral, se dirige a una corrida de toros que tiene por principal diversión el espectáculo de caballos corneados y destripados por el toro enfurecido, tras lo cual, cuando el toro está ya tan exhausto que ha dejado de ser peligroso, es atacado por un cauteloso matador. Pero el irónico contraste entre la corrida de toros y el sacramento del matrimonio a nadie conmueve. Otro contraste -aquel entre el esplendor, la felicidad, la atmósfera de benévola admiración que rodea a la joven pareja, y el precio pagado por ello bajo nuestro abominable orden social, con la miseria, escualidez y degradación de millones de otras parejas- es trazado en el mismo momento por un novelista, el señor Upton Sinclair, que desprende el enchapado de las enormes industrias carniceras de Chicago y nos muestra un ejemplo de lo que está sucediendo en el mundo entero bajo la capa exterior de la próspera plutocracia. Hay un hombre que se conmueve bastante ante este contraste como para pagar con su vida el precio de un golpe terrible asestado a los responsables. Desgraciadamente, su pobreza le significa también una ignorancia suficiente como para dejarse engañar por la ficción de que los inocentes novios, producidos y coronados por la plutocracia a la cabeza de un Estado en el que tienen menor poder personal que un policía y menor influencia que cualquier director de un monopolio, son los verdaderos responsables. Contra ellos arroja, por consiguiente, sus seis peniques de fulminato de mercurio, errando el blanco, pero arrancando las entrañas de tantos caballos como el mejor toro en la arena, y matando a veintitrés personas, además de herir a noventa y nueve. Y de todos éstos, los caballos son los únicos inocentes de la culpa que él quiere vengar; si hubiera volado todo Madrid hecho añicos, todos los adultos incluidos, ni uno de ellos habría escapado a la acusación de cómplice -antes y después del hecho- de la pobreza y la prostitución, de tan totales matanzas de niños como Herodes jamás soñara, de la plaga, pestilencia y hambre, lucha, asesinato y muerte lenta... quizá no hubiera uno solo que no ayudara con el ejemplo, el precepto, el consentimiento y hasta con las palabras a enseñar al dinamitero su bien aprendido

Librodot

evangelio de odio y venganza, aprobando diariamente sentencias de prisión tan infernales en su antinatural estupidez y apabullante crueldad, que sus abogados no pueden desconocer la espada o la bomba sin descubrir también su propia máscara de justicia y humanidad.

Obsérvese que en este mismo momento se edita la biografía de uno de nuestros duques, quien, siendo escocés, pudo discutir sobre política y se destacó, por lo tanto, como un gran cerebro entre nuestros aristócratas. ¿Y cuál, si me permiten, era el episodio histórico favorito de su excelencia, aquel que según propias declaraciones jamás leyera sin intensa satisfacción? Pues el ataque contra las multitudes de París llevado a cabo por el joven general Bonaparte en 1795, llamado en juguetona aprobación por nuestras clases respetables 'la bocanada de metralla", aunque Napoleón, para hacerle justicia, tuviera una concepción más profunda de todo esto y hubiera querido resignarse a olvidar. Y puesto que el Duque de Argyll no era un demonio, sino un hombre de pasiones semejantes a las nuestras, en ningún modo cruel o rencoroso como puede suceder, ¿quién puede dudar de que todos los proletarios del mundo, de temperamento ducal, gocen ahora con "la bocanada de dinamita" (el sabor de la broma parece desvanecerse ahora, ¿no es así?) que apunta contra la clase que ellos detestan, así como nuestro perspicaz duque detestaba lo que él llamaba la multitud?

En una atmósfera semejante no puede caber sino una secuela a la explosión de Madrid. Toda Europa arde por emularla. ¡Venganza! ¡Más sangre! Hacer trizas a la "bestia anarquista". Arrastrarla hasta el patíbulo. La prisión perpetua. Dejar que todas las naciones civilizadas se unan para borrar, a ella y a sus semejantes, de la superficie de la tierra; y si algún Estado rehusara esa alianza, guerra contra ese Estado. Esta vez el más importante periódico londinense antiliberal, y por lo tanto antirruso en política, no dice a las víctimas "Muy merecido", como hiciera en efecto cuando Bobrikoff, De Plehwe[9] *y el Gran Duque Sergio fueron extraoficialmente fulminados. No: fulminad a nuestros rivales de Oriente, ¡de acuerdo, bravos revolucionarios rusos!; ¿pero disparar contra una princesa inglesa?... ¡eso es monstruoso, horrible! Perseguid al infeliz hasta su perdición, y observad, por favor, que somos un pueblo civilizado y misericordioso y que, muy a pesar nuestro, no podemos tratarle*

[9] (1846-1904), estadista ruso, designado ministro del Interior; ejerció una política dictatorial para con la clase obrera; murió en un atentado dirigido por los revolucionarios.

como a Ravaillac[10] y Damiens[11]. Entretanto, puesto que aún no hemos dado alcance al infeliz, calmemos nuestros nervios estremecidos en la corrida de toros y comentemos de un modo cortés el tacto y buen gusto infalible de las damas de nuestras casas reales, que, aunque presumiblemente de normal y natural ternura, han sido tan eficazmente adiestradas en la moda de la época que puede llevárselas a ver caballos descuartizados, tan fríamente como podría llevárselas a una lucha de gladiadores, si fuera esa la costumbre del momento.

Por extraño que parezca, en medio de este vehemente fuego malvado, el único hombre que aún conserva su fe en la bondad e inteligencia humanas es el causante de la explosión, ahora un desventurado fugitivo con nada, aparentemente, que pueda asegurar su triunfo sobre las prisiones y patíbulos de la Europa enfurecida, salvo el revólver en el bolsillo y su disposición a descargarlo al instante en su cabeza o en cualquier otra. Pensad en él, puesto a la tarea de hallar un cristiano y un caballero entre la multitud de lobos humanos que aúllan por su sangre. Pensad también en esto: que al primer intento halla lo que busca, un verdadero noble español, un noble de ideas elevadas, en nada aterrorizado, con el alma carente de maldad, bajo la vestimenta -¡de todos los disfraces del mundo!- de un moderno editor. El lobo anarquista, huyendo de los lobos de la plutocracia, se arroja a los pies del hombre. El hombre, que no es lobo (ni editor londinense, entonces) y por lo tanto no admira esa hazaña como para sentir el despertar de sus instintos sanguinarios, no le arroja a los lobos que le persiguen... En cambio, le proporciona toda la ayuda posible para poder escapar y lo pone en camino, enriquecido con el conocimiento de una fuerza que penetra más hondamente que la dinamita, aunque no pueda lograrse tanto por unos peniques. Esta tan justa y honrosa acción humana no se desperdicia en Europa, esperémoslo así, aunque por el momento sólo beneficie al lobo fugitivo. Los lobos plutócratas bien pronto huelen sus huellas. El fugitivo dispara entonces contra el infortunado lobo cuya nariz tiene más cerca, se suicida y convence luego al mundo, con la fotografía de su rostro, de que no se trataba de una monstruosa reversión de hombre en tigre, sino de un joven bien parecido, nada anormal sino en su apabullante valor y decisión (esta es la razón de que los temerosos leespetaran gritos de

[10] FRANÇOIS RAVAILLAC (1578-1610), asesinó a Enrique IV de Francia y fue ejecutado.
[11] Regicida francés, atentó contra Luis XV en 1757; tras someterle a temibles torturas, fue ejecutado y descuartizado en París.

"¡Cobarde!"); alguien para quien, bajo circunstancias racionales y humanas, matar a una infeliz pareja en su mañana de bodas habría sido una abominación irreflexiva.

Luego sobreviene un ambiente de ironía y ciega estupidez. Los lobos, frustrados en su deseo de engullir a su hermano-lobo, se vuelven contra el hombre; y proceden a torturarle con la prisión por haberse rehusado a clavar sus dientes en el cuello del dinamitero y oprimirlos hasta terminar con él.

De modo que, como veis, el hombre no puede ser un caballero en nuestros días, aunque quiera. En cuanto a ser cristiano, se permite alguna amplitud en este punto, porque, repito, la cristiandad tiene dos faces. La cristiandad popular tiene por emblema una horca, por principal sensación la ejecución sanguinaria tras la tortura, por misterio central una venganza insana adquirida mediante la expiación fraudulenta. Pero existe una más noble y profunda cristiandad que afirma el sagrado misterio de la Iglesia y prohibe la deslumbrante futilidad y locura de la venganza, a menudo cortésmente denominada castigo o justicia. La horca en la cristiandad es tolerable. El resto es un crimen. Los expertos en ironía conocen bien el hecho de que el único editor en Inglaterra que ataca el castigo, por considerarlo una medida absolutamente equivocada, repudia también la cristiandad, llama a su periódico "El Liberal" y hace doce años que está preso por blasfemo.

CONCLUSIONES SANAS

Y ahora debo pedir al acalorado lector que no pierda la cabeza y se incline hacia uno u otro criterio, sino que extraiga una moraleja sana de estos formidables absurdos.

No es sensato proponer que las leyes contra el crimen sean aplicadas solamente a los culpables y no a los cómplices cuyo consentimiento, consejo o silencio pueda asegurar la impunidad del culpable. Si se instituye el castigo como instrumento de la ley, debe castigarse a los que se rehusan a castigar. Si tenéis un cuerpo de policía, debe ser parte de vuestro deber obligar a todos a secundar a la policía. Claro que si vuestras leyes son injustas y vuestros policías instrumentos de opresión, el resultado será una violación insoportable de la conciencia privada de los ciudadanos. Pero

Librodot

esto no tiene remedio; la solución está, no en permitir que todos violen la ley a su antojo, sino en imponer las leyes que en verdad consulten la opinión pública, en vez de proceder cruel y estúpidamente con los transgresores de la ley. Todos están contra los ladrones; pero el ladrón moderno, cuando es sorprendido y atrapado por el dueño de casa, apela generalmente y, tengamos la esperanza, a menudo con éxito, a su agresor para que no lo entregue a los inútiles horrores de los trabajos forzados. En otros casos el transgresor a la ley escapa porque quienes podrían entregarle no le consideran el verdadero culpable. A veces hasta se forman tribunales particulares en oposición a los tribunales oficiales; y estos tribunales particulares emplean asesinos en calidad de verdugos. (Así lo hizo Mahomet antes de establecer su poder oficialmente, y el ribonismo en Irlanda durante su larga lucha contra los terratenientes.) Bajo tales circunstancias, el asesino queda libre, aunque todos en el distrito sepan quién es él y qué ha hecho. No lo traicionan, en parte porque justifican su acción exactamente como el gobierno justifica a su verdugo oficial, y en parte porque serían asesinados si lo traicionaran: otro método que imita al gobierno oficial. Dado un tribunal, emplead a un asesino que no tenga ninguna reyerta personal con el que va a ser asesinado, y no habrá evidentemente ninguna diferencia moral entre asesinar oficial o extraoficialmente.

En resumen, todo hombre es anarquista en cuanto a las leyes que están contra su conciencia, ya sea en el preámbulo o en la sentencia. En Londres, nuestros peores anarquistas son los magistrados, porque muchos de ellos son tan ancianos e ignorantes que cuando son llamados a aplicar una ley basada en ideas o conocimientos de hace menos de medio siglo, no están de acuerdo con ella, y, tratándose de vulgares ingleses sin respeto por la ley abstracta, dan ingenuamente el ejemplo de infringir la ley. En este ejemplo el hombre va a la zaga de la ley; pero cuando la ley va a la zaga del hombre, también se convierte en anarquista. Cuando algún cambio fundamental en las condiciones sociales, corno la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX, tacha de anticuadas nuestras instituciones legales e industriales, el anarquismo resulta casi una religión. Todo el poder de los más enérgicos genios de la época en filosofía, ciencias económicas y artes se concentra en demostrar y advertir que la moralidad y la ley son simples convencionalismos falibles y en desuso. Los dramas en que los héroes son bandidos, y las comedias en que las gentes observantes de la ley y convencionalmente morales se ven obligadas a

autosatirizarse afrentando la conciencia del espectador cada vez que cumplen con su deber, surgen simultáneamente con tratados económicos titulados "¿Qué es la propiedad? ;Robo!", y con la historia de "El conflicto entre la religión y la ciencia".

Pues este no es un sano estado de cosas. Las ventajas de vivir en sociedad están en proporción, no de la libertad del individuo según un código, sino de lo complejo y sutil del código que está dispuesto a aceptar y aun defender como cuestión de importancia tan vital que el transgresor de la ley difícilmente pueda ser tolerado en cualquier proceso. Una actitud así resulta imposible cuando los únicos hombres que pueden hacerse oír y recordar en el mundo emplean toda su energía en alzarnos contra las leyes vigentes, la moralidad vigente, la respetabilidad vigente y la propiedad legal. El hombre común que no sabe de teorías sociales, aunque haya estudiado versos latinos, no puede ser contrario a las leyes de su país y persuadirse sin embargo de que la ley en lo abstracto es vitalmente necesaria a la sociedad. Una vez que repudie las leyes e instituciones que conoce, repudiará hasta la concepción de la ley y los cimientos de las instituciones, ridiculizando los derechos humanos, enalteciendo los métodos irracionales por "históricos" y tolerando única y solamente el empirismo puro en la conducta, con la dinamita como base de la política y la vivisección como base de la ciencia. Esto es espantoso. Pero ¿qué puede hacerse? Aquí estoy yo, por ejemplo, por clase social un hombre respetable, por sentido común un enemigo del despilfarro y el desorden, por constitución intelectual partidario de la legalidad hasta el límite de la pedantería, y por temperamento aprehensivo y económicamente organizado hasta el límite de la solterona; soy, sin embargo, y siempre lo he sido, y ahora ya lo seré para siempre, un escritor revolucionario, porque las leyes hacen imposible a la ley: nuestras libertades destruyen toda libertad; nuestra propiedad es el resultado del robo organizado; nuestra moralidad es una descarada hipocresía; nuestra sabiduría es administrada por incautos con mala experiencia o sin ella; nuestro poder es manejado por cobardes y pusilánimes y nuestro honor es falso en todos sus puntos. Soy un enemigo del orden existente, por buenas razones; pero esto no impide que mis ataques sean menos alentadores o provechosos para aquellos que son sus enemigos por malas razones. El orden existente podrá replicar que si yo digo la verdad en ,esto, algún estúpido podrá valerse de ello para empeorarlo con una nueva intentona de asesinato. Esto no podrá impedirlo, aun cuando pudiera imaginar algo peor de lo que ya ocurre. Y la

Librodot

desventaja de este "peor", aun desde su propio punto de vista, es que la sociedad, con todas sus cárceles y bayonetas y látigos y ostracismos e indigencias, se halla indefensa ante el anarquista que está dispuesto a sacrificar su vida en la lucha contra ella. Estamos a salvo de los devastadores explosivos que todo estudiante ruso sabe fabricar y todo soldado ruso ha aprendido a usar en Manchuria, porque los hombres valientes y resueltos, cuando además son bribones, no arriesgan su pellejo por el bien de la humanidad, y porque, cuando son bastante buenos para ocuparse de ella, detestan el crimen y jamás lo cometen hasta que la afrenta va más allá de toda posible tolerancia. El remedio, entonces, consiste simplemente en no afrentar demasiado sus conciencias.

No penséis que no harán concesiones. Todos los hombres hacen amplias concesiones antes de exponer sus vidas en una guerra a muerte con la sociedad. Nadie exige o espera el advenimiento del milenio. Pero hay dos cosas que deben establecerse, o pereceremos como Roma por la atrofia del alma vestida de Imperio.

La primera es que la diaria ceremonia de repartir la riqueza del país entre sus habitantes se lleve a cabo de tal modo que ni una sola miga vaya a parar a manos de adultos físicamente capaces que no producen con su esfuerzo personal, no solamente el equivalente total de lo que reciben, sino un excedente bastante para proveer a su jubilación y pagar la deuda que hemos contraído por su crianza.

La segunda es que la deliberada aplicación de malos tratos, que ahora se conoce con el nombre de castigo, sea abandonada, de modo que el ladrón, el rufián, el jugador y el pordiosero puedan ser sometidos humanitariamente al imperio de la ley, sólo para que comprendan que un estado demasiado humanitario para castigar debe ser también demasiado materialista para no desperdiciar la vida de hombres honestos en reprimir las actividades de los deshonestos. Esta es la razón de que no se encarcele a los perros. Corremos el peligro de su primera mordedura. Pero si el perro insiste en ladrar y morder, irá a parar a la cámara letal. Esto me parece sensato. Pero permitir que el perro expíe esa mordedura con un período de tormento para dejarle luego en libertad, ya mucho más salvaje (porque la cadena hace salvaje al perro) para volver a morder y expiar su culpa nuevamente, en tanto que se malgasta tanta vida y felicidad humanas en la tarea de encadenarlo y alimentarlo y atormentarlo, me parece estúpido y convencional. Sin embargo, esto mismo es lo que hacemos con aquellos hombres que ladran, muerden y roban. Sería mucho más lógico

soportar sus vicios así como soportamos sus enfermedades, hasta que nos causen más molestias de lo que valen la pena, para entonces, con muchas disculpas, expresiones de condolencia y alguna generosidad en satisfacer sus últimos deseos, conducirlos a la cámara letal y librarnos de ellos. Bajo ninguna circunstancia debe permitírseles expiar sus malas acciones con una penalidad fabricada, suscribir sociedades de beneficencia o compensar a sus víctimas. Si no ha de haber castigo, no habrá perdón. Nunca llegaremos a tener responsabilidades morales hasta que cada uno de nosotros sepa que nuestros hechos son irrevocables y que nuestra vida depende de nuestra utilidad. Hasta aquí, ¡ay!, la humanidad no se ha atrevido a reconocer esta sencilla verdad. Frenéticamente distribuimos el dinero como precio de nuestros escrúpulos, e inventamos sistemas bancarios con penalidades expiatorias, sacrificios, redenciones, salvaciones, listas de suscripción a hospitales y qué más, para evadirnos del código moral. No contentos con la antigua víctima y el cordero sacrificado, endiosamos a los salvadores humanos y rezamos a milagrosas vírgenes intercesoras. Atribuimos clemencia a lo inexorable, calmamos nuestra conciencia después de cometer un asesinato arrojándonos a los pies del amor divino, y huimos hasta de nuestras propias horcas, obligados a admitir que, por lo menos, esto es irrevocable... como si una hora de cárcel fuera menos irrevocable que una ejecución.

Si un hombre no puede mirar al mal en la cara sin engañarse, nunca llegará a conocerlo, ni podrá combatirlo eficazmente. Los pocos hombres que han sido capaces (relativamente) de hacer esto fueron tildados de cínicos y han tenido alguna vez una parte anormal de maldad en si mismos, correspondiente a la fuerza anormal de sus cerebros; pero jamás han hecho daño sin intención de hacerlo. Esto explica que grandes bribones hayan sido buenos gobernantes, en tanto que monarcas bondadosos y personalmente incapaces de hacer daño han arruinado a sus países por confiar por arte de birlibirloque en la inocencia y la culpabilidad, la recompensa y el castigo, la virtuosa indignación y el perdón, en vez de basarse en los hechos sin maldad ni benevolencia. La Comandante Bárbara enfrenta a Bill Walker de este modo, con el resultado de que el rufián, que no es detestado, se detesta a sí mismo. Para aliviar su agonía intenta ser castigado; pero el salvacionista a quien quiere provocar es tan inflexible como Bárbara, y reza por él. Luego intenta pagar, pero no consigue que acepten su dinero. Su sentencia es la perdición de Caín, quien, puesto que no pudo hallar un salvador, un guardián o un pordiosero que le ayudara a pensar que la

sangre de su sangre ya no gritaba desde la tierra, debió vivir y morir como un asesino. Caín tuvo buen cuidado de no cometer otro asesinato, en lo que se diferencia de nuestros accionistas de ferrocarriles (yo soy uno de ellos) que matan y mutilan a centenares de guardagujas para ahorrarse el costo de los enganches automáticos, y que hacen penitencia con donaciones anuales a meritorias instituciones. Si a Caín se le hubiera permitido pagar por su deuda,. posiblemente matara también a Adán y Eva, aunque sólo fuera por gozar de una segunda reconciliación con Dios. Bodger, podéis creerlo, irá hasta el fin de su vida envenenando gente con mal whisky, porque siempre podrá contar con el Ejército de Salvación o la Iglesia anglicana para negociar su redención mediante un buen porcentaje de sus ganancias.

Existe también una tercera condición que deberá llenarse antes de que los grandes maestros del mundo cesen de mofarse de las religiones. Los credos deben tornarse intelectualmente honestos. No existe actualmente en el mundo una sola religión veraz. Quizá sea esta la realidad más tremenda de toda la situación mundial. Esta comedia mía, "La Comandante Bárbara", es, así lo espero, al mismo tiempo verdadera e inspirada; pero quienquiera que diga que todo ha sucedido, y que la fe en ella y la comprensión de ella consisten en creer que es el relato de algún suceso verídico, será, para usar los términos de las Sagradas Escrituras, un tonto y un mentiroso, y es aquí solemnemente denunciado y maldecido como tal por mí, el autor, hasta la posteridad.

Londres, junio de 1906.

Librodot

ACTO 1

En una noche de enero, después de la cena, en la biblioteca (le la casa de Lady Britomart Undershaft, en Wilton Crescent, Un amplio y cómodo sofá tapizado en cuero oscuro ocupa el centro de la habitación. La persona que se sentara en este sillón (aunque por el momento esté desocupado) tendría a su derecha la mesa de escribir de Lady Britomart, junto a la cual está ella muy atareada; detrás, a su izquierda, un escritorio más pequeño; más atrás, y del lado de Lady Britomart, la puerta; y directamente a su izquierda una ventana con asiento en el alféizar. Cerca de la ventana, un sillón.

Lady Britomart es una mujer de cincuenta años o algo más, bien vestida aunque no muy cuidada en el vestir, bien educada aunque no cuide mucho de su educación, de buenos modales aunque aterradoramente franca e indiferente a la opinión de sus interlocutores, amable y sin embargo perentoria, terminante, arbitraria y de mal genio hasta el límite máximo soportable; es además una matrona típicamente mandona de la clase regente, a quien trataran como a un niño mal criado hasta que llegó a ser madre regañona, y disponiéndose par fin, con habilidad práctica y experiencia mundana, limitada del modo más original por restricciones domésticas y de clase, a concebir el universo exactamente como si se tratara de una enorme mansión de Wilton Crescent, aunque manejando su parte con toda eficacia según esa suposición y mostrándose ilustrada y liberal en cuanto se refiere a los libros de la biblioteca, los cuadros de las paredes, la música de las carpetas y los artículos de los periódicos.

Su hijo, Stephen, hace su entrada en el salón. Es un joven de veinticinco años, de grave corrección, muy respetuoso de sí mismo, pero con reverente temor hacia su madre, por hábito infantil y timidez de solterón más que por debilidad de carácter.

STEPHEN. - ¿Que sucede?

LADY BRITOMART. - En seguida, Stephen.

Stephen se dirige sumisamente al sofá y toma asiento.

Se dispone a leer "The Speaker".

LADY BRITOMART. -No empieces a leer. Requeriré toda tu atención.

STEPHEN. -Pero mientras espero...

LADY BRITOMART. -No te disculpes, Stephen. *(Él deja a un lado "The Speaker".)* ¡Ya está! *(Ella termina de escribir, se incorpora, se acerca al sofá.)* No te he hecho esperar demasiado, creo yo.

STEPHEN. - De ningún modo, mamá.

LADY BRITOMART. - Alcánzame mi almohadón. *(Él toma el almohadón de la silla junto a la mesa de escribir, y lo acomoda mientras ella toma asiento en el sofá.)* Siéntate. *(Él toma asiento y se arregla la corbata nerviosamente.)* No juegues con tu corbata, Stephen: no le pasa nada.

STEPHEN. - Discúlpame. *(Empieza a acariciar la cadena de su reloj.)*

LADY BRITOMART. - ¿Vas a prestarme atención, Stephen?

STEPHEN. - Por supuesto, mamá.

LADY BRITOMART. -No: no se trata de por supuestos. Demando ahora mucho más que tu formal atención de todos los días. Voy a hablarte muy seriamente. Quisiera que dejaras en paz esa cadena...

STEPHEN *(soltando presuroso la cadena del reloj).*¿He hecho algo que te molestara, mamá? Si fue así, no tuve intención.

LADY BRITOMART *(pasmada).* - ¡Tonterías! *(Con cierto remordimiento.)* Pobre hijo mío, ¿creíste que estaba enojada contigo?

STEPHEN. - ¿Que sucede entonces, mamá? Me inquietas.

LADY BRITOMART *(cuadrándose ante él casi agresivamente).* - Stephen: ¿cuándo empezarás a comprender que eres un hombre adulto y yo no soy más que una mujer?

STEPHEN *(asombrado).* -Más que una...

LADY BRITOMART. -No repitas mis palabras, por favor: es una costumbre de lo más irritante. Tienes que aprender a hacer frente a la vida con seriedad, Stephen. Yo no puedo hacerme cargo de todos nuestros asuntos familiares por más tiempo. Tienes que aconsejarme: tú debes asumir la responsabilidad.

STEPHEN. - ¡YO... !

LADY BRITOMART. - Sí, tú, por supuesto. En junio cumpliste veinticuatro años. Has estado en Harrow y en Cambridge. Has ido a la India y al Japón. Debes saber un montón de cosas para estas fechas; a menos que hayas perdido el tiempo escandalosamente. Pues bien, aconsejame.

STEPHEN *(perplejo).* -Sabes que jamás he intervenido en el manejo de la casa...

LADY BRITOMART. -No: eso me imagino que no. No te estoy pidiendo que ordenes la cena.

STEPHEN. - Quise decir en los asuntos familiares.

LADY BRITOMART. -Pues ahora tendrás que hacerlo; porque ya están fuera de mi alcance.

STEPHEN *(preocupado).* -Alguna vez he pensado que me correspondía hacerlo; pero, sinceramente, mamá, sé tan poco de todo ello, y lo que sé es tan doloroso... es tan imposible mencionar siquiera ciertas cosas... *(Calla, avergonzado.)*

LADY BRITOMART. - Supongo que te refieres a tu padre.

STEPHEN *(casi inaudiblemente).* -Sí.

LADY BRITOMART. - Pues, querido: no podemos pasarnos toda la vida sin nombrarle. Claro que hiciste muy bien no mencionando el tema hasta que yo te lo pedí; pero estás en edad de ser mi confidente y necesito que me ayudes a arreglar el asunto de las muchachas.

STEPHEN. -Pero ellas están muy bien. Están comprometidas...

LADY BRITOMART *(complacida).* -Sí: he encontrado buena pareja para Sarah. Charles Lomax será millonario a los 35. Pero eso no será hasta dentro de diez años; y entretanto, bajo las condiciones impuestas en el testamento de su padre, sus abogados no pueden entregarle más de 800 esterlinas al año.

STEPHEN. - Pero el testamento también dice que si él, por su propio esfuerzo, aumenta sus ingresos, deberá duplicársele esa entrega.

LADY BRITOMART. - Los esfuerzos de Charles Lomax podrán reducir, pero nunca aumentar sus ingresos. Sarah tendrá que aportar por lo menos otras 800 al año en los próximos diez años; y aun así serán tan pobres como rata de iglesia. Bárbara... Yo pensé que Bárbara haría la carrera más brillante de todos ustedes. ¿Y en cambio qué?... Ingresa al Ejército de Salvación, despide a su doncella, vive con una esterlina por semana y un día se aparece con un profesor de griego a quien ha recogido en la calle, que pretende ser salvacionista y hasta llega a tocar el tambor en público porque

está perdidamente enamorado de ella.

STEPHEN. -Por cierto que yo me sorprendí grandemente cuando supe que estaban comprometidos. Cusins es un sujeto muy agradable, es muy cierto: nadie se imaginaría que nació en Australia; pero...

LADY BRITOMART. - Oh, Adolphus Cusins será muy buen marido. Después de todo, nadie tiene nada que decir contra el griego: eso demuestra inmediatamente que es un caballero culto. Y en mi familia, gracias al cielo, no somos tercos conservadores. Somos liberales y creemos en la libertad. Deja que la gente presumida diga lo que quiera: Bárbara no se casará con el hombre que ellos quieran, sino con el que a mí me guste.

STEPHEN. -Claro que yo estaba pensando únicamente en sus ingresos. Aunque no es probable que sea muy pródigo.

LADY BRITOMART. - No estés muy seguro, Stephen. Conozco muy bien a esa gente callada, sencilla, refinada, poética como Adolphus... ¡muy contentos cuando tienen todo de lo mejor! Ésos cuestan más que los que tú llamas pródigos, que son siempre tan mezquinos como ordinarios. No: Bárbara necesitará por lo menos 2.000 esterlinas al año. Ya ves, significa mantener dos mansiones adicionales. Además, tú también tienes que casarte pronto. A mí no me place esa moda actual de solterones galantes y casamientos tardíos; ya estoy tratando de arreglar algo para ti.

STEPHEN. -Es una bondad de tu parte, mamá; pero quizá sea mejor que eso lo arregle yo.

LADY BRITOMART. - ¡Tonterías! Eres demasiado joven para hacer de casamentero: te dejarías cautivar por una bonita doña nadie. Por supuesto, serás consultado: eso lo sabes tan bien como yo. *(Stephen aprieta los labios y calla.)* Vamos, no refunfuñes, Stephen.

STEPHEN. - No refunfuño, mamá. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con... con ... mi padre?

LADY BRITOMART. -Mi querido Stephen: ¿de dónde va a salir ese dinero? Es muy sencillo que tú y los demás vivan de mis ingresos mientras estamos todos en una misma casa; pero no puedo mantener cuatro familias en cuatro mansiones. Sabes que mi padre es pobre: ahora apenas cuenta con siete mil al año; y, sinceramente, si él no fuera Conde de Stevenage, tendría que abandonar la sociedad. Él nada puede hacer por nosotros. Dice, y con bastante razón, que es absurdo que recurramos a él para

mantener a los hijos de un hombre que está nadando en dinero. Sabrás, Stephen, que tu padre debe ser fabulosamente rico, porque siempre hay guerra en alguna parte.

STEPHEN. -No necesitas recordármelo, mamá. Rara vez he abierto un periódico en mi vida sin ver nuestro apellido. ¡El torpedo Undershaft! ¡La artillería automática Undershaft! ¡El diez pulgadas Undershaft! ¡El cañón de cureña ocultable Undershaft! ¡El submarino Undershaft! ¡Y ahora, la flota aérea Undershaft! En Harrow me llamaban el infante Woolwich[12]. En Cambridge lo mismo. En King's College, un brutito que siempre andaba organizando despertares religiosos, arruinó mi Biblia, el primer regalo de cumpleaños que me hiciste, escribiendo debajo de mi nombre, "Hijo y heredero de Undershaft y Lazarus, traficantes en Muerte y Destrucción; dirección, Cristianismo y Judea". Pero eso no era nada comparado con la forma en que en todas partes me reverenciaban porque mi padre ganaba millones con sus fábricas de cañones.

LADY BRITOMART. -No son los cañones solamente... Están los prestamos de guerra que Lazarus otorga bajo pretexto de que son créditos otorgados para la compra de cañones. ¡Ah, Stephen, te aseguro que es algo perfectamente escandaloso! Esos dos hombres, Andrew Undershaft y Lazarus, tienen a Europa enroscada a su meñique. Por eso tu padre puede comportarse como lo hace. Él está por encima de la ley. ¿Crees que Bismarck, Gladstone o Disraeli podían desafiar abiertamente toda obligación social o moral como ha hecho tu padre durante toda su vida? Jamás se hubieran atrevido. Le pedí a Gladstone que le reprochara a tu padre su conducta. Pedí al "Times" que lo hiciera. Se lo pedí a Lord Chamberlain. Pero sería más fácil pedirles que declaren la guerra al Sultán. No quisieron saber nada de nada. Me dijeron que no podían mencionárselo siquiera. Para mí que le tienen miedo.

STEPHEN. -¿Qué podían hacer? En realidad, no está violando las leyes.

LADY BRITOMART. - ¡Que él no está violando las leyes...! Pero si lo hace constantemente. Violó la ley al nacer: porque sus padres no estaban casados siquiera...

STEPHEN. -¡Mamá! ¿Es cierto eso?

LADY BRITOMART. -Claro que es cierto: por eso tuvimos que separarnos.

STEPHEN. -¡Se casó contigo sin decírtelo!

LADY BRITOMART *(algo desconcertada por esta deducción).*-Para ser justos con

[12] Woolwich, inmenso arsenal de la marina británica ubicado en la ciudad del mismo nombre, a orillas del Támesis. El arsenal Woolwich forma una pequeña ciudad, con sus residencias, fábricas y calles.

Andrew, te diré que no son esas las cosas que él suele hacer. Además, conoces demasiado el lema Undershaft: "sin avergonzarse". Todo el mundo lo conoce.

STEPHEN. -Pero dijiste que por eso se separaron.

LADY BRITOMART. - Así es, porque no contento con ser él un expósito, quería desheredarte a ti y adoptar a otro expósito. Y yo no podía soportarlo, no podía permitirlo...

STEPHEN *(avergonzado).* -Quieres decir por... por...

LADY BRITOMART. - No tartamudees, Stephen. Habla con claridad.

STEPHEN. - Pero esto es tan espantoso para mí, mamá. ¡Tener que hablar contigo de ciertas cosas... !

LADY BRITOMART. -Tampoco para mí es agradable, especialmente si aún eres tan niño que tienes que empeorarlo todo con un despliegue de impotencia. Sólo la clase media, Stephen, cae en un estado de muda impotencia cuando descubre que existe gente perversa en el mundo. En nuestra clase social debemos decidir nuestro comportamiento con esa clase de gente, y proceder luego sin que nada perturbe nuestra sangre fría. Ahora puedes hacerme esa pregunta como corresponde.

STEPHEN.-Mamá: no tienes ninguna consideración para conmigo. Por amor al cielo, sigue tratándome como a un niño, como siempre, y no me digas absolutamente nada; o dímelo todo y déjame reaccionar como pueda.

LADY. - ¡Tratarte como a un niño! ¿Qué quieres decir? Es muy cruel y muy injusto de tu parte decir una cosa semejante. Bien sabes que nunca los he tratado como se trata a los niños. Siempre han sido ustedes mis compañeros, mis amigos, y les he brindado perfecta libertad de hacer y decir lo que quisieran, con tal de que yo lo aprobara.

STEPHEN *(desesperado).* -Reconozco que hemos sido los hijos imperfectos de una madre perfecta; pero te suplico que por esta vez no te preocupes por mí. Explícame este deseo horrendo de mi padre de reemplazarme por otro hijo.

LADY BRITOMART *(asombrada).* - ¡Otro hijo! Jamás he dicho nada por el estilo. Jamás he soñado con nada semejante. Esto es lo que pasa por interrumpirme.

STEPHEN. -Pero tú has dicho...

LADY BRITOMART *(interrumpiéndole bruscamente).*Sé bueno ahora, Stephen, y escúchame pacientemente. Los Undershaft descienden de un expósito de la parroquia de San Andrés Undershaft. Hace tiempo ya, durante el reinado de Jaime I, un armero

y fabricante de pólvora adoptó a un niño abandonado. Con el transcurso del tiempo éste prosperó en los negocios, y, por un sentimiento de gratitud, o por alguna promesa, o vaya a saber, adoptó a otro y le hizo su heredero. Y éste hizo lo mismo. Desde entonces la fábrica de armas pasa siempre a manos de un expósito que es adoptado y llamado Andrew Undershaft.

STEPHEN. - ¿Y no se casaban? ¿No quedaban hijos legítimos?

LADY BRITOMART. - Oh, sí: todos se casaban igual que tu padre; y tenían suficiente fortuna para adquirir tierras para sus hijos y dejarlos en buena posición. Pero también adoptaban y entrenaban a un expósito para que se hiciera cargo de las fundiciones; y por supuesto que tenían que pelear siempre furiosamente con sus esposas a causa de esto. Tu padre fué adoptado del mismo modo; y pretende estar obligado a mantener la tradición y adoptar a alguien a quien confiar la empresa. Por supuesto que yo no iba a soportar nada semejante. Pudo haber razones para ello cuando los Undershaft sólo podían casarse con mujeres de su clase, cuyos hijos no podían administrar cuantiosos bienes. Pero no había excusa para querer reemplazar a mi hijo.

STEPHEN *(dubitativo).*-Me temo que yo haría muy mala figura al frente de una fundición de cañones.

LADY BRITOMART. - ¡Tonterías son esas! Te buscarías un buen gerente y le pagarías su salario.

STEPHEN. -Evidentemente mi padre no cifraba grandes esperanzas en mi capacidad.

LADY BRITOMART. -¡Tonterías, hijo! Tú eras apenas un bebé: esto no tiene nada que ver con tu capacidad. Compréndelo, Andrés lo hace por principio, como todas las cosas perversas que lucubra. Cuando mi padre le amonestaba, Andrew replicaba sin reparos que la historia sólo nos muestra dos instituciones triunfantes: una, la firma Undershaft, y la otra, el Imperio Romano bajo los Antoninos... y dice que porque los emperadores Antoninos adoptaban también a sus sucesores. ¡Tamaña necedad! Los Stevenage somos tan buenos como los Antoninos, así creo yo; y tú eres un Stevenage. Pero todo eso es muy de Andrew. ¡Ahí tienes al hombre! Siempre astuto e incontrovertible cuando defendía la necedad y la maldad; siempre torpe y enfadado cuando debía comportarse cuerda y decentemente...

STEPHEN. -Quiere decir que fue por mi culpa que se destruyó tu vida hogareña, mamá. Lo lamento.

LADY BRITOMART. - A decir verdad, hijo mío, había otras muchas discrepancias. Yo no puedo soportar a un inmoral. No soy farisea, creo yo; y no me hubiera importado que cometiera ciertas indecencias; ninguno de nosotros es perfecto. Pero tu padre no las cometía; en cambio, las pensaba y las decía: eso era lo más terrible. Hacía del mal una religión. Aunque aceptamos que los hombres practiquen ciertas inmoralidades, mientras reconozcan que proceden mal y prediquen la moralidad, yo no podía perdonarle a Andrés que predicara lo inmoral y practicara la moral. Todos ustedes se hubieran criado sin respeto a los principios convencionales, sin conocer la diferencia entre el bien y el mal, si él hubiera permanecido en nuestra casa. Porque sabes, hijo mío, tu padre era un hombre de grande atracción. Los niños le querían; y él se aprovechaba de esto para inculcarles las ideas más perversas y volverlos del todo indomables. Yo misma le apreciaba, y mucho, te diré; pero nada puede tender puentes sobre el desacuerdo moral.

STEPHEN. - Todo esto me deja perplejo, mamá. La gente puede diferir en sus opiniones, o en su religión; ¿pero cómo puede diferir acerca del bien y el mal? El bien es el bien y el mal es el mal; y si un hombre no sabe distinguir entre uno y otro es un tonto o un pícaro: y eso es todo.

LADY BRITOMART *(conmovida).* - ¡Tú eres mi hijo! *(Lo palmea en la mejilla.)* Tu padre nunca hubiera respondido así: él se echaba a reír o evadía la cuestión con alguna tontería cariñosa. Y ahora que comprendes la situación, ¿qué me aconsejas?

STEPHEN. -¿Pues qué se puede hacer?

LADY BRITOMART. -Tengo que conseguir el dinero, sea como sea.

STEPHEN. - No podemos aceptar su dinero. Antes preferiría irme a vivir en cualquier escondrijo de Bedford Square o hasta de Hampstead, que aceptar un cuarto de penique de su bolsillo.

LADY BRITOMART. - Mira, Stephen, que nuestros actuales ingresos provienen de Andrew.

STEPHEN *(escandalizado).* - Nunca me imaginé...

LADY BRITOMART. - Pues no habrás imaginado que tu abuelo estaba ayudándome con algo. Los Stevenage no podían hacerlo todo por ustedes. Les hemos dado una posición social. Andrew tenía que contribuir también con algo. Y no le fue muy mal, que digamos, con el trato.

STEPHEN *(amargamente).* - ¡Quiere decir entonces que dependemos completamente

de él y sus cañones ... !

LADY BRITOMART. - Eso no: el dinero nos corresponde. Sólo que él lo provee. Así que ya ves, no es cuestión de recibir o no recibir su dinero: se trata simplemente de saber cuánto. Yo para mí no pido nada más.

STEPHEN. -Tampoco yo.

LADY BRITOMART. - Pues Sarah sí; y Bárbara también. Es decir, Charles Lomax y Adolphus Cusins costarán más dinero. Creo que tendré que embolsar mi orgullo y pedírselo a Andrew. Ese es tu consejo, Stephen, ¿no es así?

STEPHEN. - No.

LADY BRITOMART *(bruscamente).* - ¡Stephen ... !

STEPHEN. - Claro que si ya lo has resuelto ...

LADY BRITOMART. - No lo he resuelto: te he pedido un consejo; y estoy esperándolo. No permitiré que toda la responsabilidad recaiga sobre mis hombros.

STEPHEN *(obstinado).* -Preferiría morir a pedirle un penique más.

LADY BRITOMART *(resignadamente).* -Quiere decir entonces que yo debo pedírselo. Pues bien, Stephen: será como tú lo deseas. Te alegrará saber que tu abuelo concuerda contigo. Él opina que debo invitar a Andrew a casa para que vea a las muchachas. Después de todo, debe sentir algún afecto natural hacia ellas.

STEPHEN. -¡Invitarle aquí!

LADY BRITOMART. -No repitas mis palabras, Stephen. ¿Adónde voy a invitarle, si no?

STEPHEN.-Yo ni imaginé que le invitarías.

LADY BRITOMART. - Ahora no me atormentes, Stephen. ¡Vemos!, tú comprendes que es necesario que nos haga una visita, ¿no es así?

STEPHEN *(a disgusto).* -Supongo que si las muchachas no pueden arreglárselas sin su dinero...

LADY BRITOMART. - Gracias, Stephen: yo contaba con que me darías un sano consejo, cuando te explicara las cosas adecuadamente. He invitado a tu padre para esta noche. (Stephen se incorpora de un salto.) No saltes, Stephen: me fastidia.

STEPHEN *(con absoluta consternación).* - ¿Quieres decir que mi padre vendrá aquí esta noche... que puede llegar en cualquier momento?

LADY BRITOMART *(mirando su reloj).*-Dije a las nueve. *(Él boquea. Ella se incorpora.)* Llama, ¿quieres? *(Stephen se acerca a la mesa de escribir, oprime un*

botón y allí se sienta con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, agobiado y anonadado.) Faltan diez minutos para las nueve todavía; y tengo que hablar con las muchachas. Invité a cenar a Charles Lomax y a Adolphus, a propósito para que estuvieran aquí. Será mejor que Andrew los vea, por si acariciara alguna ilusión de que son capaces de mantener a sus esposas. *(Entra el mayordomo; Lady Britomart pasa por detrás del sofá para hablarle.)* Morrison: sube a la sala y díles que bajen inmediatamente. *(Morrison se retira. Lady Britomart se vuelve hacia Stephen.)* Recuerda, Stephen: necesitaré de toda tu firmeza y autoridad. *(Él se pone de pie y trata de investirse de algún vestigio de esos atributos.)* Acércame una silla, hijo. *(Él aproxima una de las sillas cercanas a la pared hasta donde ella se encuentra, cerca del escritorio. Lady Britomart se sienta y él va hasta el sillón y allí se desploma.)* No sé cómo lo tomará Bárbara. Desde que la han nombrado Comandante del Ejército de Salvación ha desarrollado una propensión a hacer las cosas a su modo y a dar órdenes a la gente, que me acobarda bastante, lo confieso. No es propio de una dama, además. ¡Te aseguro que no se dónde lo ha aprendido! De todos modos, Bárbara no puede amedrentarme; pero quizá sea mejor que tu padre esté aquí antes de que ella pueda armar un alboroto o rehusarse a verle. No te muestres nervioso, Stephen: eso alentaría a Bárbara a dificultar las cosas. Yo ya estoy demasiado nerviosa, el cielo lo sabe, aunque no lo demuestre.

Sarah y Bárbara entran acompañadas de sus respectivos caballeros, Charles Lomax y Adolphus Cusins. Sarah es esbelta, desganada y mundana. Bárbara es más robusta, más alegre, mucho más enérgica. Sarah está vestida a la última moda; Bárbara lleva el uniforme del Ejército de Salvación. Lomax, un joven mundano, se parece mucho a otros jóvenes mundanos. Padece de un frívolo sentido del humor que lo precipita, en los momentos menos oportunos, . en un paroxismo de risa mal contenida. Cusins es un estudiante con anteojos, delgado, de cabellos ralos y voz dulce, con una forma más compleja del mal de Lomax. Su sentido del humor, perspicaz e intelectual, se ve complicado por un carácter irascible. La eterna lucha de un temperamento benevolente y una conciencia elevada contra los impulsos de un ridículo inhumano y una feroz impaciencia han creado en él una tensión crónica que evidentemente ha dañado su constitución. Es una persona por demás inexorable, decidida, tenaz, intolerante, que por su sola fortaleza de carácter trata de ser (y en verdad lo es) considerado, amable, explícito, hasta moderado y apologético, probablemente capaz

de matar, pero incapaz de cometer una crueldad o una vulgaridad. Por influjo de algún instinto que no es bastante compasivo para enceguecerlo con la sola ilusión del amor, está obstinadamente resuelto a casarse con Bárbara. Lomax gusta de Sarah y cree que será muy divertido estar casado con ella. Por consiguiente, ni siquiera ha intentado resistir los preparativos de Lady Britomart en ese sentido.

Los cuatro parecen haber estado muy alegres en la sala. Las muchachas entran primero, quedando a la zaga los enamorados. Sarah se aproxima al sofá. Bárbara entra detrás de ella y se detiene en la puerta.

BÁRBARA. - ¿Quieres que entren Cholly y Dolly?

LADY BRITOMART *(enérgica).* - Bárbara: no permitiré que se llame Cholly a Charles: esas vulgaridades me enferman.

BÁRBARA. -Si está muy bien mamá. Cholly es muy correcto hoy en día. ¿Quieres que los haga pasar?

LADY BRITOMART. - Si van a saber comportarse...

Bárbara se aproxima a la mesa de escribir. Cusins entra sonriente, y se encamina hacia Lady Britomart.

SARAH *(llamando).* -Ven, Cholly. *(Entra Lomax, controlando a duras penas sus gestos, y se sitúa vagamente entre Sarah y Bárbara.)*

LADY BRITOMART *(terminante).* - A sentarse, todos. *(Todos se sientan. Cusins se encamina hacia la ventana y allí toma asiento. Lomax ocupa una silla. Bárbara se sienta ante la mesa y Sarah en el sofá.)* No tengo la menor sospecha de cuál es el motivo de su risa, Adolphus. Me extraña en usted, aunque no esperaría otra cosa de Charles Lomax.

CUSINS *(con voz notablemente amable).* -Bárbara ha estado tratando de enseñarme la marcha salvacionista de West Ham.

LADY BRITOMART. -No veo razón para reírse de eso; tampoco usted la vería si estuviera realmente convertido.

CUSINS *(dulcemente).* -Usted no estaba presente. Fue realmente gracioso, por lo menos así me pareció.

LOMAX. - ¡Fue estupendo!

LADY BRITOMART. -Cállese, Charles. Ahora escúchen- me a mí. Vuestro padre vendrá aquí esta noche. *(Estupefacción general.)*

LOMAX *(en protesta).* - ¡Quién lo diría! ...

LADY BRITOMART. - Charles, no le he pedido que diga usted nada.

SARAH. - ¿Lo dices en serio, mamá?

LADY BRITOMART. - Por supuesto. Se trata de ti, Sarah,

y también de Charles. *(Silencio. Charles adopta un aspecto dolorosamente indigno.)* Espero que no opondrás objeciones, Bárbara.

BÁRBARA. - ¿Yo... ? ¿Por qué? Mi padre tiene un alma que salvar, como todos los demás. Por lo que a mí respecta, que sea bien venido.

LOMAX *(aún en protesta).* - ¡Pero, sinceramente, no sabes... ! ¡Quién diría!

LADY BRITOMART *(fríamente).* - ¿Qué ha querido usted significar, Charles?

LOMAX. -Bueno, tendrá usted que admitir que todo esto es un poquito espeso.

LADY BRITOMART *(volviéndose con siniestra suavidad a Cusins).* - Adolphus: usted que es profesor de griego, ¿puede traducirme las observaciones de Charles Lomax en un inglés comprensible para mí?

CUSINS (prudente). -Si se me permite, Lady Brit, creo que Charles ha expresado felizmente lo que todos sentimos. Homero, refiriéndose a Autolycus, el astrónomo y matemático griego, usa la misma expresión: **p?????? d?µ?? ????æ** quiere significar algo espeso.

LOMAX *(generoso).* -Yo no opongo inconveniente, si Sarah está conforme.

LADY BRITOMART *(aplastante).* - Gracias. ¿Y cuento con su permiso, Adolphus, para invitar a mi propio esposo a mi propia casa?

CUSINS *(galante).* - Cuenta usted con mi resuelta aprobación y apoyo en todo.

LADY BRITOMART. - Sarah: ¿tienes algo que decir?

SARAH. - ¿Quiere decir que vendrá a vivir aquí para siempre?

LADY BRITOMART. - De ninguna manera. El cuarto de huéspedes estará listo para él por si quiere quedarse uno o dos días para verlos y conocerlos mejor; pero eso tiene sus límites.

SARAH. -Supongo que no nos va a comer. Yo no tengo inconveniente en que venga a vernos.

LOMAX *(riendo entre dientes).*-Vaya a saber cómo lo toma el viejo.

LADY BRITOMART. -Supongo que igual que la vieja, Charles.

LOMAX (avergonzado). -Yo no quise decir... por lo menos...

LADY BRITOMARTno lo pensó. Usted nunca piensa, Charles; y como resultado, nunca ha querido decir nada de lo que dice. Ahora préstenme atención, hijos míos.

Vuestro padre será casi un extraño para nosotros.

LOMAX. - ¿Supongo que no habrá visto a Sarah desde que era cachorrita?

LADY BRITOMART. -Desde muy cachorrita, Charles, como usted bien lo expresa, con esa elegancia en la dicción y ese refinamiento en el pensar que jamás parecen abandonarle. Por consiguiente... este... *(Impaciente)* Ahora se me olvidó lo que quería decirles. Eso sucede por inducirme al sarcasmo, Charles. Adolphus: ¿ tendrá usted la bondad de decirme en qué estaba?

CUSINS *(dulcemente).* - Decía usted que como el señor Undershaft no ha visto a sus hijos desde niños, querrá formarse ahora una opinión del modo en que usted los ha criado, basándose para ello en su comportamiento de esta noche, y que por tanto desea usted que seamos especialmente celosos de nuestra conducta, sobre todo Charles.

LOMAX. -Mira: Lady Brit no ha dicho eso.

LADY BRITOMART *(vehemente).* - Pues sí, Charles. Adolphus ha repetido mis palabras correctamente. Es sumamente importante que se porten bien; y les suplico que por esta vez no anden en parejitas por los rincones, riéndose de nada y murmurando en secreto mientras yo estoy hablando con vuestro padre.

BÁRBARA. - Está bien, mamá. Te haremos quedar bien.

LADY BRITOMART. - Recuerde, Charles, que Sarah querrá enorgullecerse y no avergonzarse de usted.

LOMAX. - ¡Quién diría! Porque no hay de que enorgullecerse, ¿no es así?

LADY BRITOMART. - Pues simúlelo entonces. Morrison, pálido y aterrado, irrumpe en la habitación con mal disimulada turbación.

MORRISON. -¿Puedo hablar una palabra con usted, señora?

LADY BRITOMART. - ¡Tonterías! Hazle pasar, Morrison.

MORRISON. -Bien, milady. *(Sale.)*

LOMAX. - ¿Morrison le conoce?

LADY BRITOMART. - Por supuesto. Morrison siempre ha estado con nosotros.

LOMAX. -Debe ser algo chocante para él, ¿no creen?

LADY BRITOMART. -¿Es este el momento de atacarme los nervios, Charles, con sus expresiones ultrajantes?

LOMAX. -Pero esto es algo muy fuera de lo común, créame…

MORRISON *(desde la puerta).* - El... este... señor Undershaft. *(Se retira azorado.)*

Andrew Undershaft hace su entrada en el salón. Todos se ponen de pie. Lady

Britomart sale a su encuentro en el centro de la habitación, detrás del sofá.

En apariencia, Andrew es un hombre de edad; fornido, despacioso, con modales amables y pacientes, y atractiva simplicidad de carácter. Pero tiene un semblante avizor, resuelto, ansioso, alerta, y formidables reservas de energía física y mental, pecho amplio y cabeza alargada. Su amabilidad, que es fruto de la madurez y el éxito, es en cierto modo la actitud del hombre fuerte que sabe por experiencia que la mayoría de la gente hábil es sensible a la presión que él ejerce, salvo cuando la ejerce muy cuidadosamente. Además, en su actual delicada situación, se muestra más bien tímido.

LADY BRITOMART. - ¡Buenas noches, Andrew!

UNDERSHAFT. -¿Cómo estás, querida?

LADY BRITOMART. -Pareces mucho más viejo.

UNDERSHAFT *(justificándose).* -Estoy algo más viejo. *(Galante.)* El tiempo no ha dejado su huella en ti.

LADY *(cortante).*- ¡Tonterías! Ven, esta es tu familia.

UNDERSHAFT *(sorprendido).* -Tantos... Lamento decir que mi memoria flaquea terriblemente en algunas cosas. *(Tiende la mano a Lomax con paternal cordialidad.)*

LOMAX *(estrechando su mano).* - Mucho gusto.

UNDERSHAFT. -Ya veo que tú eres el mayor. Me alegra mucho volverte a ver, hijo mío.

LOMAX *(en reproche).* -No, vamos, ¿no sabe acaso... ? *(Vencido.)* ¡Quién diría!

LADY BRITOMART (sobreponiéndose a su momentáneo mutismo). - Andrew, ¿quieres decirme que no recuerdas cuántos hijos tienes?

UNDERSHAFT. - Pues, me temo que yo... Han crecicdo tanto... este... ¿Estoy cometiendo algún ridículo equívoco? Mejor será que confiese: recuerdo un solo hijo, Pero tantas cosas han sucedido desde entonces, claro... que... .

LADY BRITOMART *(decidida).* -Andrew: no digas más tonterías. Claro que no tienes más que un solo hijo.

UNDERSHAFT. - Si fueras tan amable de presentarme, querida mía.

LADY BRITOMART. - Charles Lomax, comprometido con Sarah.

UNDERSHAFT. - Faltaba más. Encantado, le aseguro.

LADY BRITOMART. - Éste es Stephen.

UNDERSHAFT *(inclinándose).* -Encantado de conocerle, señor Stephen. Entonces

(acercándose a Cusins) tú debes de ser mi hijo. (*Tomando las manos de Cusins entere las suyas.)* ¿Cómo te va, estimado amigo? *(A Lady Britcomart.)* Se parece mucho a ti, amor mío.

CUSINS. - Me halaga usted, señor Undershaft. Pero yo soy Cusins, comprometido con Bárbara. *(Muy explícito)* La Comandante Bárbara Undershaft, del Ejército de Salvación. Sarah, su segunda hija. Y éste es Stephen Umdershaft, su hijo.

UNDERSHAFT. -Mi querido Stephen, te pido disculpas.

STEPHEN. - No tienes por qué.

UNDERSHAFT *(volviéndose hacia Sarah).* - Bárbara, querida mía...

SARAH *(oficiando de apuntador).*-Soy Sarah.

UNDERSHAFT. - Sarah, claro está. *(Se dan la manco. Luego se dirige a Bárbara.)* Bárbara... esta vez no me equivoco, creo,

BÁRBARA. -Así es. *(Se dan la mano.)*

LADY BRITOMART *(asumiendo el comando).* - Siéntense, todos ustedes. Siéntate, Andrew. *(Se adelanta y toma asiento en el sofá. Cusins también adelanta su silla a la izquierda de ella. Bárbara y Stephen vuelven a sus asientos. Lomax ofrece su silla a Sarah y va en busca de otra.)*

UNDERSHAFT. - Gracias, querida mía.

LOMAX *(conversando, mientras coloca una silla entre la mesa y el sofá y la ofrece a Undershaft).* -Usted necesita su tiempo para saber dónde está, ¿no es así?

UNDERSHAFT *(aceptando la silla).* -No es eso lo que me desconcierta, señor Lomax. Mi dificultad estriba en que, si represento el papel de padre, produciré el efecto de un extraño demasiado intruso; y si represento el papel del extraño demasiado discreto, pareceré un padre insensible.

LADY BRITOMART. -No necesitas representar ningún papel, Andrew. Mejor será que te muestres sincero y espontáneo.

UNDERSHAFT *(sumiso).* - Sí, querida mía: creo que eso será lo mejor. *(Se acomoda en su asiento.)* Pues bien, aquí me tienen. ¿En qué puedo serles útil?

LADY BRITOMART. -No se trata de eso, Andrew. Formas parte de la familia. Puedes estar entre nosotros y entretenerte.

El regocijo largamente reprimido de Lomax estalla de pronto en relinchos agónicos.

LADY BRITOMART *(ultrajada).* - Charles Lomax: si sabe usted comportarse como es debido, demuéstrelo. De lo contrario, abandone el salón.

LOMAX. - Lo lamento mucho, Lady Brit; ¡pero sinceramente, sabe, se lo juro! ... *(Se sienta en el sofá entre Lady Britomart y Undershaft, casi agobiado.)*

BÁRBARA. - ¿Por qué no te ríes cuando quieres, Cholly? Eso te haría bien.

LADY BRITOMART. -Bárbara: has recibido la educación de una dama. Demuéstraselo a tu padre y no hables como una vulgar muchacha de la calle.

UNDERSHAFT. - Oh, no te preocupes por mí, querida. Bien sabes que yo no soy un caballero y que nunca me han educado.

LOMAX *(alentador).* -Nadie lo pensaría, se lo aseguro. Aparenta bastante bien, sabe.

CUSINS. -Permítame aconsejarle que estudie el griego, señor Undershaft. Los que estudian griego son hombres privilegiados. Pocos saben griego, y ninguno de ellos sabe otra cosa; pero su posición es indiscutible. Los demás idiomas son privilegios de camareros y viajantes de comercio: el griego es para un hombre de posición lo que el sellado es para la plata.

BÁRBARA. - Dolly, sé más sincero. Cholly, ¿por qué no traes la concertina y te pones a tocar algo?

LOMAX *(a Undershaft, dudando).* -Esas cosas no de ben ser de su agrado, ¿verdad?

UNDERSHAFT.-Tengo predilección por la música.

LOMAX *(encantado).* -¿Verdad? Entonces iré a buscarla. *(Se dirige al piso superior en busca del instrumento.)*

UNDERSHAFT. -¿Tocas algo, Bárbara?

BÁRBARA.-Sólo la pandereta. Pero Cholly me está enseñando a tocar la concertina.

UNDERSHAFT. - ¡Ah... Cholly también pertenece al Ejército de Salvación!

BÁRBARA.-No: para él es un pecado ser disidente. Pero yo no desespero de Cholly. Ayer vino conmigo a una reunión en los muelles, y terminó haciendo la colecta en su propio sombrero.

LADY BRITOMART. -Todo esto no es obra mía, Andrew. Bárbara es bastante grande para elegir su propio camino. Y no tiene un padre que la aconseje...

BÁRBARA. - Oh sí, claro que lo tengo. En el Ejercito de Salvación no hay huérfanos.

UNDERSHAFT. -Allí tu padre tiene muchos hijos y mucha experiencia, ¿no es así?

BÁRBARA *(mirándole con penetrante interés y asentimiento).*- Precisamente. ¿Cómo has llegado tú a comprender eso? *(Se oye a Lomax ensayando en la concertina.)*

LADY BRITOMART. - Pase, Charles. Toque algo, rápido.

LOMAX. - ¡Usted manda! *(Vuelve a ocupar su lugar y preludia unos campases.)*

UNDERSHAFT. - Un momento, señor Lomax. Tengo cierto interés en el Ejército de Salvación. Su lema podría ser el mío: "Sangre y Fuego."

LOMAX *(horrorizado).* - Pero es otra especie de sangre y de fuego.

UNDERSHAFT. - Mi sangre limpia; mi fuego purifica.

BÁRBARA. -También el nuestro. Ven mañana a mi refugio, es el refugio de West Ham, y conocerás nuestra obra. Marcharemos a una gran reunión en el salón de asambleas de Mile End. Ven a ver el refugio y luego podrás marchar con nosotros: te hará mucho bien. ¿Sabes tocar algo?

UNDERSHAFT. - En mi juventud gane algunos peniques y hasta chelines bailando en las calles, frente a las cantinas, y luciendo mi talento de zapateador. Más tarde me hice miembro de la Sociedad Orquestad Undershaft y me desempeñé bastante bien en el trombón.

LOMAX *(escandalizado).* - ¡Quien diría... !

BÁRBARA. -Gracias al Ejército más de un pecador se ha abierto el camino del cielo tocando el trombón.

LOMAX *(a Bárbara, aún perplejo).* -Sí; ¿pero, y el negocio de cañones? *(A Undershaft.)* Llegar al cielo no entra exactamente en sus planes, ¿verdad?

LADY BRITOMART. -¡Charles!

LOMAX. -¿Pero y no es razonable lo que sostengo? El negocio de cañones puede ser necesario y todo lo demás: no podemos arreglárnoslas sin cañones; pero no tiene lógica, ¿no cree usted? Porque puede haber una dosis excesiva de charlatanería en el Ejército de Salvación (yo, personalmente, pertenezco a la iglesia oficial), pero no puede negarse que es una religión; y no se puede ir contra una religión, ¿verdad? A menos que sea absolutamente inmoral.

UNDERSHAFT. - No creo que usted aprecie mi verdadera posición, señor Lomax.. .

LOMAX *(presuroso).*-No he querido decir nada contra usted personalmente, entiéndame.

UNDERSHAFT. -Claro, claro. Pero piense un momento. Heme aquí, un fabricante de mutilación y muerte. Hoy estoy de un humor especialmente alegre porque esta mañana, en la fundición, volamos veintisiete muñecos en fragmentos con un proyectil que antes apenas destruía trece.

LOMAX *(indulgente).* - Y cuanto mayor sea el poder destructor de la guerra, más

rápidamente será abolida, ¿no es así?

UNDERSHAFT. -De ningún modo. Cuanto más destructora sea la guerra, más fascinante nos parece. No, señor Lomax: le estoy agradecido por formular la excusa usual a mi actividad- pero yo no me avergüenzo de ella Yo no soy de esos hombres que guardan sus conceptos morales y sus actividades en compartimientos herméticamente separados. Todo el dinero disponible que mis competidores invierten en hospitales, catedrales y otros receptáculos del dinero con que se borran los escrúpulos de conciencia, lo invierto yo en experimentos e investigaciones para mejorar los métodos de destrucción de vida y propiedad. Siempre lo he hecho, y seguiré haciéndolo. Por lo tanto, vuestras máximas de navidad por la paz en la tierra y la buena voluntad entre los hombres, de nada me sirven. Vuestro cristianismo os impone someterse al mal y ofrecer siempre la otra mejilla para que puedan repetir el golpe; eso mismo me llevaría a mí a la ruina. En mi moralidad... en mi religión... tiene que haber cabida para mis cañones y mis torpedos.

STEPHEN *(fríamente, casi malhumorado).*-Hablas como si hubiera media docena de morales y religiones para escoger y no una sola moral verdadera y una sola religión verdadera.

UNDERSHAFT. - Para mí no hay más que una moral; pero puede no convenirte a ti, porque tú no fabricas flotas aéreas. Hay una sola moral verdadera para cada hombre; pero no todos los hombres se atienen a una misma moral.

LOMAX *(abrumado).* -¿Le molestaría repetir eso otra vez? No pude seguirle.

CUSINS.-Es muy sencillo. Como dijera Eurípides, lo que es carne para unos es veneno para otros, así en lo moral como en lo físico.

UNDERSHAFT. - Exactamente.

LOMAX. - ¡Ah, eso... ! Sí, sí, sí. Es cierto... muy cierto.

STEPHEN. - En otras palabras, hay hombres buenos y hombres perversos.

BÁRBARA. - ¡No hay tal cosa! ¡No hay hombres perversos!

UNDERSHAFT. - ¿Verdad? ¿Y hombres buenos?

BÁRBARA. -Tampoco. Ni uno. No hay hombres buenos ni perversos: todos son hijos de un mismo Padre, y cuanto antes dejen de darse motes, mejor será. No necesitas decírmelo: yo los conozco. Miles han pasado por mis manos: bribones, criminales, infieles, filántropos, misioneros, consejeros municipales, de todo, en fin. Todos son pecadores de una misma especie y a todos aguarda una misma salvación.

UNDERSHAFT. -¿Puedo preguntarte si salvaste alguna vez a un fabricante de cañones?

BÁRBARA. -No. ¿Me permitirás intentarlo?

UNDERSHAFT. - Haré un convenio contigo. Iré mañana a tu refugio salvacionista y tú vendrás pasado mañana a mi fundición de cañones.

BÁRBARA. -Ten cuidado. Esto puede terminar en que tú abandones tus cañones a causa del Ejército de Salvación.

UNDERSHAFT. -¿Estás segura de que no terminará con tu abandono del Ejército de Salvación a causa de los cañones?

BÁRBARA. - Correré mi riesgo.

UNDERSHAFT. - Y yo el mío. *(Apretón de manos.)* ¿Dónde queda tu refugio?

BÁRBARA. -En West . Ham. En la señal de la cruz. Pregunta a cualquiera en Canning Town. ¿Y tu fábrica?

UNDERSHAFT. -En Perivale St. Andrews. En la señal de la espada. Pregunta a cualquiera en toda Europa.

LOMAX. - ¿No será mejor que toque algo?

BÁRBARA. - A ver, "Adelante, soldados cristianos".

LOMAX. -Eso es demasiado alto para empezar, bien lo sabes. ¿Que te parece "Seguirás adelante, hermano mío"? Es una tonada muy parecida.

BÁRBARA. -No, es demasiado melancólica. Pero sálvate, Cholly, y seguirás adelante, hermano mío, sin armar tanto alboroto por ello.

LADY BRITOMART. - Pero Bárbara, hablas de religión como si fuera un tema agradable. Deberías tener cierto sentido del decoro.

UNDERSHAFT. - Para mí no es un tema desagradable, querida mía. A decir verdad, es lo único que realmente preocupa a la gente capaz.

LADY BRITOMART *(mirando su reloj).* - Pues si están decididos, insisto en que esto se haga de un modo respetable y digno. Charles, ¡llama para la oración! *(Sorpresa general. Stephen se incorpora consternado.)*

LOMAX *(incorporándose).* - ¡Quién lo diría!...

UNDERSHAFT *(incorporándose).* - Lamento tener que retirarme.

LADY UNDERSHAFT. - No puedes irte ahora, Andrew: sería absolutamente indecoroso. Siéntate. ¿Qué pensarán los sirvientes?

UNDERSHAFT. - Querida mía, lo siento, pero tengo escrúpulos de conciencia.

¿Puedo sugerir un término medio? Me prestaré voluntariamente a quedarme si Bárbara está dispuesta a conducir un servicio religioso en la sala, con el señor Lomax como organista. Hasta tomaré parte en el servicio, si pueden procurarme un trombón.

LADY BRITOMART. -No te burles, Andrew.

UNDERSHAFT *(chocado, a Bárbara).* - Tú no crees que me esté burlando, verdad, querida?

BÁRBARA. -No, claro que no; y aunque así fuera, no tendría importancia: la mitad de nuestro Ejército fue a su primera reunión por divertirse un rato. (Incorporándose.) Vengan. Ven, Dolly. Ven, Cholly. (Sale con Undershaft, que abre la puerta para darle paso. Cusins se incorpora.)

LADY BRITOMART. - No seré desobedecida por todos. Adolphus, siéntese. Charles, puede retirarse. Usted no está para rezos: no sabe guardar compostura.

LOMAX. - ¡Quién diría! *(Sale.)*

LADY BRITOMART *(continuando).* -Usted sabe comportarse como es debido cuando quiere, Adolphus. Por eso insisto en que se quede.

CUSINS.-Mi estimada Lady Britomart: hay ciertas cosas en el libro de oraciones familiares que yo no podía oírselas decir aunque quisiera.

LADY BRITOMART. - ¿A qué se refiere?

CUSINS. -Pues tendría usted que decir delante de los sirvientes que hemos hecho cosas que no debimos hacer, que hemos dejado de hacer aquello que debimos haber hecho, y que no hay nada puro en nosotros. Yo no podría soportar que usted cometa tamaña injusticia consigo misma, y tamaña injusticia con Bárbara. En cuanto a mí, lo niego rotundamente, porque yo hice siempre lo mejor que pude. No me atrevería a casarme con Bárbara ... no podría mirarla a usted a la cara... si esas palabras fueran verdad. De modo que aquí estoy de más.

LADY BRITOMART *(ofendida).* - Pues váyase. *(Él se dirige hacia la puerta.)* Y recuerde esto, Adolphus. *(Él se vuelve para escucharla.)* Tengo fundadas sospechas de que está usted en el Ejército de Salvación para adorar a Bárbara y nada más. Y conozco muy a fondo ese modo suyo tan astuto con que sistemáticamente pretende engañarme. Le he descubierto. Cuide de que no le suceda lo mismo con Bárbara. Nada más.

CUSINS (con dulzura).-No me descubra usted. *(Sale.)*

LADY BRITOMART. - Sarah, si quieres irte, véte. Eso será mejor que estar aquí con

cara de querer estar a tres mil kilómetros.

SARAH *(lánguida).* -Muy bien, mamá. *(Sale.)*

Lady Britomart, con repentino enfado, da rienda suelta a un arrebato de lágrimas.

STEPHEN *(acercándose a ella).* -Mamá, ¿qué te sucede?

LADY BRITOMART *(blandiendo su pañuelo y secándose las lágrimas).* -Nada. Tonterías, nada más. Puedes irte con él, tú también, si quieres, y dejarme con los sirvientes.

STEPHEN.- ¡Oh, no debes pensar eso, mamá! Yo... yo no le quiero.

LADY BRITOMART. - Pues los demás sí. Esa es la mayor injusticia del destino de una mujer. La mujer tiene que criar a sus hijos; y eso significa refrenarles, negarles las cosas que quieren, imponerles obligaciones, castigarlos cuando proceden mal, hacer todo lo desagradable. Y luego el padre, que no tiene nada que hacer sino mimarlos y malcriarlos, llega cuando la madre ha cumplido su tarea para robarle el afecto de todos sus hijos.

STEPHEN. - Él no te ha robado nuestro afecto, mamá. Es simple curiosidad lo que nos atrae.

LADY BRITOMART *(violentamente).* - No acepto consuelos, Stephen. No me pasa nada. *(Se incorpora y se dirige hacia la puerta.)*

STEPHEN. - ¿Adónde vas, mamá?

LADY BRITOMART. - A la sala, por supuesto. *(Ella sale. Al abrirse la puerta se oye "Adelante, soldados cristianos" en la concertina, con acompañamiento de pandereta.)* ¿Vienes, Stephen?

STEPHEN. -No. De ningún modo. *(Ella se va. l se sienta en el sofá, con los labios oprimidos y una expresión de profundo disgusto.)*

FIN DEL ACTO 1

ACTO 2

El patio del refugio del Ejército de Salvación en West Ham es un lugar frío en las

mañanas de enero. El edificio, un antiguo depósito, ha sido blanqueado recientemente. El gablete de un extremo del edificio avanza hacia el centro del patio, con una puerta en el piso bajo y otra en el desván superior, sin balcón ni escalera, pero con una polea para elevar bultos. Los que salen al patio por este gablete central tienen a su izquierda el portón de salida a la calle, con un bebedero de piedra precisamente detrás, y a la derecha un cobertizo que protege una mesa de la intemperie. Se han dispuesto algunos bancos junto a la mesa, y en ellos se han sentado un hombre y una mujer, los dos muy infortunados, mientras terminan una comida de pan (una gruesa rodaja con margarina y melaza dorada para cada uno) y leche diluída.

El hombre, un obrero desocupado, es joven, ágil, charlatán, afectado, bastante perspicaz para ser capaz de cualquier cosa razonable, salvo cierta honradez o consideraciones altruistas de cualquier especie. La mujer es un vulgar atado de pobreza y gastada humanidad; parece tener sesenta años, aunque probablemente sólo cuente cuarenta y cinco. Si se tratara de personas adineradas, con guantes y manguitos y muy envueltas en pieles y abrigos, estarían entumecidos y desdichados, porque el de hoy es un crudo día de enero que oprime de frío, y una sola mirada al fondo de tiznados almacenes y cielo plomizo que se advierte por encima de las paredes blanqueadas del refugio empujaría a toda persona rica y ociosa derechamente al Mediterráneo. Pero estos dos, tan perturbados por visiones del Mediterráneo como por la luna, y obligados en cambio a guardar la mayor parte de sus ropas en la casa de empeños y no sobre sus cuerpos, tanto en invierno como en verano, no se sienten deprimidos por el frío; al contrario, se ven estimulados en su vivacidad, a la que la comida acaba de dar un aspecto casi jovial. El hombre bebe un poco más de su tazón de leche, y entonces se incorpora y camina por el patio con las manos profundamente introducidas en los bolsillos, rompiendo de tanto en tanto en un zapateo.

LA MUJER. - ¿Te sientes mejor después de la comida?

EL HOMBRE. -No. ¡Llamar comida a eso! Será bastante bueno para ti, quizá, pero para mí, un obrero inteligente...

LA MUJER.- ¡Vamos! ¿Un obrero, eh? ¿Y a qué te dedicas?

EL HOMBRE. -Soy pintor...

LA MUJER *(escéptica).* -Sí, me imagino.

EL HOMBRE. - ¡Sí, te imaginas! Ya sé. El haragán que no sabe hacer nada siempre se dice pintor. Pero yo sí soy pintor: pintor de brocha gorda, a treinta y seis chelines por semana, cuando lo consigo.

LA MUJER. -¿Entonces por qué no vas y consigues trabajo?

EL HOMBRE. -Te diré por qué. Primero: porque soy inteligente... ¡fff!, hace un frío tremendo aquí... *(Zapatea uno o dos pasos.)* Sí; con una inteligencia que va más allá de la condición social en que han querido colocarme los capitalistas; y a ellos no les gusta el hombre que pueda penetrarlos con la mirada. Segundo: porque un sujeto inteligente necesita doble ración de felicidad; así que bebo que es algo espantoso cuando tengo oportunidad. Tercero: estoy con mi clase, y por eso hago tan poco como puedo, para que quede la mitad del trabajo por hacer para mis compañeros. Cuarto: porque soy bastante listo para saber qué es lo que está dentro y fuera de la ley; y dentro de la ley hago lo que hacen los capitalistas: aprovecho de todo lo que encuentro. En una sociedad digna y justa soy sobrio, aplicado, honesto; en Roma, como se dice, hago lo que hacen los romanos. ¿Y cuál es el resultado? Cuando el oficio anda mal -y ahora anda terriblemente maly los patrones quieren echar a la mitad de sus obreros, generalmente empiezan conmigo.

LA MUJER. - ¿Cómo te llamas?

EL HOMBRE. - Price. Bronterre O'Brien Price. Me dicen Snobby Price para abreviar.

LA MUJER. - Snobby le dicen a los carpinteros. ¿No te decías pintor?

EL HOMBRE. - Me dicen Snobby, pero no en ese sentido. Soy Snobby de la clase elegante; por mi inteligencia y porque mi padre era un intelectual, un librero además. Soy demasiado superior, no uno de esos tipos vulgares que hachan leña y cargan agua: que no se te olvide. *(Vuelve a su asiento junto a la mesa y alza su tazón.)* ¿Y tú cómo te llamas?

LA MUJER. - Rummy Mitchens, señor...

EL HOMBRE *(bebiéndose la leche que todavía le queda en el tazón).* - A tu salud, señorita Mitchens.

RUMMY *(corrigiéndole).* - Señora Mitchens.

PRICE. - ¿Qué?... ¡Oh, Rummy, Rummy! Una respetable mujer casada que simula ser viciosa para que el Ejército de Salvación la rescate. ¡El mismo juego de siempre!

RUMMY. -¿Y qué voy a hacer? No puedo morirme de hambre. Esas muchachas salvacionistas son tan buenitas... pero cuanto mejor te portes, tanto peor quieren creer que eras antes de salvarte. ¿Por qué no vamos a reconocer su mérito, pobrecitas? Están rendidas de cansancio, tienen tanto trabajo... ¿Y dónde van a conseguir el dinero para salvarnos si no nos decimos peores que los demás? Tú sabes cómo son esas damas y caballeros.

PRICE. - ¡Puercos! ¡Ladrones! Ojalá tuviera el trabajo que tienen ellos, Rummy. ¿Y qué significa Rummy? ¿Es un apodo cariñoso?

RUMMY -Abreviatura de Romola.

PRICE. - ¿De qué?

RUMMY - Romola. Apareció en un libro que estaba de moda cuando nací. Era alguien a quien mi madre quería que me pareciese.

PRICE. - Somos compañeros de desventura, Rummy. Los dos tenemos nombres que nadie puede pronunciar. Por eso yo soy Snobby y tú Rummy, porque Bill y Sally no les pareció bastante bueno a nuestros padres. ¡Así es la vida!

RUMMY. -¿Quién te salvó, señor Price? ¿La Comandante Bárbara?

PRICE. - No; vine aquí por mi cuenta. Voy a ser Bronterre O'Brien Price, el pintor convertido. Yo sé lo que les gusta. Les contaré que blasfemaba y jugaba y pegaba a mi pobre madre anciana...

RUMMY *(estupefacta).* -¿Pegabas a tu madre?

PRICE. -Poco probable. Ella era la que me pegaba a mí. Pero no importa: ven a escuchar al pintor convertido, y me oirás decir de ella que era una mujer piadosa que me enseñó a rezar arrodillado, y que yo venía a casa borracho y la arrancaba de la cama tirándole de sus cabellos blancos como la nieve, y le daba de golpes con el atizador.

RUMMY. -En eso son injustas con las mujeres. Las confesiones de los hombres son una mentira tan grande como las nuestras; ustedes, igual que nosotros, nunca cuentan la verdad de lo que han hecho, pero a ustedes les dejan contar sus mentiras en público y que después se hable del asunto. Nosotras tenemos que decir nuestras confesiones al oído de una sola dama por vez. En eso no son justas, a pesar de toda su piedad.

PRICE. - ¡Muy cierto! ¿Pero crees que dejarían subsistir al Ejército si el Ejército fuera justo? De ningún modo. Lo que quieren es aplacarnos, someternos, para que nos dejemos explotar y robar. Pero yo les seguiré el juego mejor de lo que se imaginan.

Diré que he visto a alguien atravesado por un relámpago, y oiré una voz que diga: "Snobby Price, ¿dónde vivirás tu eternidad?" Me divertiré bastante, ya verás.

RUMMY. -Pero no te dejarán beber.

PRICE. - Me desquitaré con el Evangelio, entonces. No necesito beber cuando puedo divertirme en grande de cualquier otro modo.

Jenny Hill, una muchacha salvacionista de dieciocho años, pálida, extenuada y hermosa, traspone el portón seguida de Peter Shirley, un anciano semiendurecido de frío, sin fuerzas, desfalleciente de hambre.

JENNY *(sosteniéndole).* - ¡Vamos, recóbrese! Le traeré algo de comer. Después se sentirá mejor.

PRICE *(incorporándose y apurándose solícito a recibir al anciano de manos de Jenny).* - ¡Pobre viejo! ¡Anímate, hermano! Aquí hallarás descanso, paz, felicidad... Apúrese con la comida, señorita: éste está que no puede más. *(Jenny corre presurosa hacia el refugio.)* ¡Vamos, mejórate, papito! Ha ido a buscarte un buen pedazo de pan con melaza y un tazón de leche aguada. *(Lo sienta al extremo de la mesa.)*

RUMMY *(alegre).* - ¡Anima tu corazón! ¡No digas nunca "me muero"!

SHIRLEY. - No me tomen por un viejo. Tengo 46 nada más. Estoy tan bien o mejor que nunca. Ese mechón gris está desde antes de los treinta. Todo lo que necesita son tres peniques de tintura. ¿Tendré que morirme de hambre en las calles por culpa de esto? ¡Dios bendito! He trabajado hasta diez y doce horas por día desde los trece, y siempre pude pagar por lo mío; ¿voy a dejar ahora que me arrojen al arroyo y que le den mi empleo a un hombre joven que no podrá hacerlo mejor que yo, sólo porque tengo un cabello negro que se pone blanco a las primeras de cuento?

PRICE *(jovial).* -De nada sirve protestar. Tú no eres más que un obrero viejo, presumido, despedido del trabajo, despedido del hospital por incurable; ¿a quién se le importa nada de ti, eh? Acéptales una comida a esos puercos ladrones: te han robado más de una. Devuélveles un poco de lo que te han hecho. *(Jenny regresa con la comida acostumbrada.)* Aquí tienes algo de comer, hermano. Pide una bendición y engúllete eso.

SHIRLEY *(contemplando vorazmente la comida, pero sin tocarla y llorando como un niño).* - Nunca acepté nada de limosna.

JENNY *(cordial).* - ¡Vamos, vamos! El Señor te lo envía. Él no rechazó el pan que le ofrecieron sus amigos; también tú puedes aceptarlo. Luego, cuando te encontremos

trabajo, podrás pagarnos si prefieres.

SHIRLEY *(anhelante).* - Sí, sí; es cierto. Podré devolver lo que me den: no será más que un préstamo. *(Estremeciéndose.)* ¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor! *(Se vuelve hacia la mesa y ataca su comida vorazmente.)*

JENNY. - ¿Y tú, Rummy, cómo estás?

RUMMY. -¡Dios la bendiga, queridita! Usted ha alimentado mi cuerpo y ha salvado mi alma, ¿no es verdad? *(Jenny, conmovida, la besa.)* Siéntese y descanse un poquito; ya está que no puede más, pobrecita.

JENNY. -He andado sin parar desde la mañana. Hay más trabajo del que podemos hacer. Debo seguir; no puedo descansar.

RUMMY. -Vamos, una plegaria entonces, son dos minutos. Después trabajará mucho mejor.

JENNY *(sus ojos se iluminan).* - ¡Oh, sí, es maravilloso cómo nos reviven unos minutos de oración! A las doce estaba aturdida, demasiado cansada; pero la Comandante Bárbara me mandó a rezar por cinco minutos y luego pude seguir como si empezara en ese momento. *(A Price.)* ¿Has comido tu pan?

PRICE *(con unción).* -Sí, señorita; pero he guardado aquello que más valoro; y esa es la paz que está más allá de toda compensación.

RUMMY *(ferviente).* - ¡Gloria! ¡Aleluya!

Bill Walker, un rudo candidato de 25 años, aparece a la entrada del patio y observa a Jenny con mirada malevolente.

JENNY. -Eso me hace tan feliz... Cuando dicen algo así, me siento malvada por estarme aquí ociosa. Tengo que volver a mi trabajo.

Se dirige apresuradamente hacia el refugio, pero el recién llegado se acerca rápido a la puerta y le intercepta el paso. Su ademán es tan amenazador que ella retrocede cuando él se le acerca feroz y la persigue por el patio.

BILL. -Yo te conozco. Tú eres la que me quitó a mi muchacha. Tú eres la que le dijo que rompiera conmigo. Pero ahora he venido a llevármela de aquí. No es que me importe un terno de ella o de ti, ¿sabes? Pero yo le voy a enseñar y te voy a enseñar. Ya le voy a dar una que le va a enseñar a romper conmigo. ¡Adentro, vamos! ... y díle a mi muchacha que salga antes de que entre yo y la saque a puntapiés. Díle que Bill Walker la busca. Ella entenderá; y si me hace esperar, peor para ella. Y no me repliques, o la emprenderé contra ti, ¿me oyes? Por ahí es tu camino. Ahí entras. *(La*

toma de un brazo y la arroja contra la puerta del refugio. Ella cae de rodillas, apoyada en una mano. Rummy la ayuda a levantarse.)

PRICE *(incorporándose y aventurándose indeciso hacia Bill).* - Despacito, amigo. Ella no te hizo ningún daño.

BILL. - ¿A quién te crees que puedes llamar amigo? *(Plantándose amenazador delante de Price.)* Conque vas a salir a defenderla, ¿eh? Prepárate, entonces.

RUMMY *(corre indignada hacia él para reprocharle su acción).* - ¡Ah, grandísimo bruto! ... *(En el espacio de un segundo Bill balancea su mano izquierda contra el rostro de Rummy. Ella grita y retrocede hacia el bebedero de piedra, donde se sienta, cubriéndose con las manos el rostro golpeado y meciéndose y gimiendo de dolor.)*

JENNY *(yendo hacia ella).* - ¡Oh, Dios le perdone! ¿Cómo puede golpear así a una anciana?

BILL *(asiéndola del cabello y apartándola de la anciana con tal violencia que hace gritar a Jenny).* - Si vuelves a Dios-perdonarme, te voy a dar una Dios-perdonada en la mandíbula que no, podrás rezar por una semana. *(Asiéndola con fuerza y volviéndose furioso hacia Price.)* ¿Y tú... tienes algo que decir ahora? ¿Eh?

PRICE *(acobardado).* -No, amigo. Ella no tiene nada que ver conmigo.

BILL. - ¡Mejor para ti! Yo te daría dos buenas comidas y después te pelearía con un dedo, perro hambriento de mala ralea. *(A Jenny.)* Y ahora te vas a buscarme a Mog Habbijam. ¿O tengo que triturarte la cara para ir yo mismo a buscarla?

JENNY *(retorciéndose de dolor y tratando de desasirse).* - ¡Oh, por favor! ¡Que alguien entre y avise a la Comandante Bárbara! ... *(Vuelve a gritar cuando él de un tirón la obliga a bajar la cabeza, y Price y Rummy salen corriendo hacia el refugio.)*

BILL. -¡Conque quieres ir a contárselo a tu comandante! ¿Eh?

JENNY. - ¡Oh, por favor, no me tire del cabello! ¡Suélteme!

BILL. -¿Sí o no? *(Ella sofoca un grito.)* Sí o no, contéstame.

JENNY. -Dios me dé fuerzas...

BILL *(golpeándola en la cara con un puño).* - Vé, muéstrale esto y díle que si quiere otro igual que salga y se meta conmigo. *(Jenny, transida de dolor, se va llorando hacia el refugio. Él se acerca al banco e interpela al anciano.)* Vamos, termina tu comida, ¡y fuera de mi camino!

SHIRLEY *(poniéndose de pie de un salto y enfrentándole furioso, tazón en mano).*- Atrévete conmigo y te doy de golpes con el tazón en la cara que te corto un ojo.

¿No están conformes... cachorros como ustedes... con quitar el pan de la boca a sus mayores que los han criado y se han esclavizado por ustedes, sino que tienen que venir atropellando y desafiando y queriendo pelear aquí, donde el pan de la caridad se revuelve en nuestros estómagos?

BILL *(desdeñoso, pero retrocediendo perceptiblemente).* - ¿De qué sirves, viejo paralítico? Díme, ¿de qué sirves?

SHIRLEY. -Soy tan bueno como tú y mejor. Puedo cumplir un buen día de trabajo contra ti o cualquier gordo borrachín de tu edad. Vé a tomar mi empleo en Horrockses, donde trabajé diez años. Allí quieren hombres jóvenes: no pueden mantener gente de más de cuarenta y cinco. Lo sienten mucho... te dan un certificado de buena conducta, y felices de poder ayudarte a conseguir algo a tu edad... te dicen que un hombre formal no puede andar mucho tiempo sin trabajo. Bueno, pues que hagan la prueba contigo. Para que vean la diferencia. ¿Qué sabes tú, acaso? ¡Ni siquiera portarte como la gente! ... ¡Golpear la boca de una mujer respetable con ese puño sucio! ...

BILL. - No me provoques o te cruzo el puño en la tuya, ¿me oyes?

SHIRLEY *(con irritante desdén).* - ¡Claro!, a ti te gustaría golpear a un viejo, ¿verdad?, cuando terminas con las mujeres. Pero todavía no te he visto pegar a un hombre joven.

BILL *(ofendido).* -Mientes, viejo mendigo, estás mintiendo. Aquí había un hombre joven. ¿Me ofrecí a pegarle o no?

SHIRLEY. - ¿Estaba muerto de hambre o no? ¿Era un hombre o un ratero bizco y haragán? ¿Le pegarías al hermano de mi yerno?

BILL. -¿Quién es ése?

SHIRLEY. - ¡Todger Fairmile, de Balls Pond! El que se ganó veinte esterlinas en el Variedades, aguantándole 17 minutos y 4 segundos a ese luchador japonés.

BILL *(malhumorado).* - Yo no soy peleador de variedades. ¿Sabe boxear ése?

SHIRLEY. -Sí; pero tú no.

BILL. - ¿Qué? Conque yo no, ¿eh? Conque no, ¿eh? ¿Qué has dicho? *(Amenazador.)*

SHIRLEY *(sin retroceder un centímetro).* - ¿Querrás boxear contra Todger Fairmile si lo planto delante tuyo? Contesta.

BILL *(apaciguándose y bajando la mirada).* -Yo peleo contra cualquier hombre vivo, soy capaz de pelear contra diez Todger Fairmiles. Pero no me precio de ser un pro-

fesional.

SHIRLEY *(mirándole con inconmensurable desprecio).* - ¡Tú vas a boxear! ... ¡Pegarle a una vieja con la palma de la mano! Ni siquiera tienes la inteligencia de pegarle donde un juez no pueda ver la marca, estúpido bollo de ignorancia y engreimiento. ¡Pegarle a una muchacha en la mandíbula hasta hacerla llorar! ... Si Todger Fairmile le hubiera pegado, no habría podido levantarse ni a los diez minutos, y lo mismo te pasará a ti si se te echa encima. ¡Sí! ... Yo mismo me echaría contra ti si pudiera comer bien una semana seguida, en vez de pasarme dos meses muerto de hambre. *(Se vuelve hacia la mesa a terminar su comida.)*

BILL *(le sigue y se inclina sobre él para clavar el insulto).* - ¡Mientes! Dentro de ti tienes ese pan con melaza que vienes a mendigar aquí.

SHIRLEY (*se echa a llorar).* - Oh, Dios! Es verdad, soy un viejo pordiosero revolcándome entre desperdicios. *(Furioso.)* Pero también tú llegarás a éstas, y entonces sabrás. ¡Y llegarás a éstas mucho antes que un abstemio como yo... ¡llenarse de ginebra a estas horas de la mañana!

BILL. - ¡A mí no se me da por la ginebra, viejo mentiroso! Pero cuando quiero darle una paliza flor a mi muchacha, me gusta sentirme bastante endiablado, ¿compren

des? ¿Pero qué hago yo aquí, hablando con un viejo pícaro como tú, en vez de ir a darle lo que se merece? *(Furioso.)* Voy a sacarla de allí. *(Vengativo, se dirige hacia la puerta del refugio.)*

SHIRLEY. -Vas a llegar a la comisaría en camilla, eso es lo más probable; y en cuanto te tengan adentro ya te van a sacar la ginebra y el diablo del cuerpo. Piensa en lo que vas a hacer; mira que aquí la comandante es nieta del conde de Stevenage.

BILL *(refrenado).*-Déjate de...!

SHIRLEY. -Ya verás.

BILL *(amilanado en su decisión).* -¿Y qué? ¡Yo no le hice nada.

SHIRLEY.- ¡Y si ella dijera que sí!, ¿a ti quién te creería?

BILL *(muy preocupado, retrocediendo hacia el rincón del cobertizo).* - ¡Dios! No hay justicia en este país. ¡Pensar en lo que puede hacer esa gente! ... Yo soy tan bueno como ella.

SHIRLEY. - Díselo a ella. Eso es justamente lo que haría un tonto como tú.

Bárbara, vivaz y activa, sale del refugio con un libro de anotaciones y se dirige a Shirley. Bill, acobardado, se sienta en un banco del rincón y les vuelve la espalda.

BÁRBARA. - Buenos días.

SHIRLEY *(poniéndose de pie y descubriéndose).* - Buenos días, señorita.

BÁRBARA. - Siéntate, estás en tu casa. *(Él titubea, pero ella apoya una mano amiga en su hombro y se hace obedecer.)* Veamos, entonces: ya que te has hecho amigo nuestro, queremos enterarnos de todo lo que a ti respecta. Nombre, dirección y oficio.

SHIRLEY. - Peter Shirley. Cortador. Despedido hace dos meses por demasiado viejo.

BÁRBARA *(nada sorprendida).* - Podías haber seguido todavía. ¿Por qué no te teñiste el pelo?

SHIRLEY. - Me lo teñí. Pero se descubrió mi edad en el interrogatorio, a la muerte de mi hija.

BÁRBARA. - ¿Eras estable en tu trabajo?

SHIRLEY.- Soy abstemio. Nunca anduve sin empleo. Soy buen trabajador. ¡Y me mandaron al matarife como a un caballo viejo!

BÁRBARA. -No importa: si has hecho tu parte, Dios hará la suya.

SHIRLEY *(repentinamente obcecado).* - Mi religión no es asunto de nadie, mío solamente.

BÁRBARA *(adivinando).* - Ya .sé. ¿Secularista?

SHIRLEY *(vehemente).* - ¿Lo negué, acaso?

BÁRBARA. - ¿Por qué ibas a negarlo? También mi padre es secularista, creo. Nuestro Padre... el tuyo y el mío... se materializa en muchas formas, y me atrevo a decir que sabía bien lo que hacía cuando hizo de ti un secularista. ¡Anímate, Peter! Siempre podremos hallar trabajo para un hombre estable como tú. (*Shirley, indefenso, manosea su sombrero. Ella se vuelve hacia Bill.)* ¿Y tú ... cómo te llamas?

BILL *(insolente).* - ¿Y a usted qué?

BÁRBARA *(tranquila, anota).* -Miedo de dar su nombre. ¿Algún oficio?

BILL. - ¿Quién tiene miedo de dar el nombre? *(Tenaz, con la sensación de desafiar heroicamente a la Cámara de los Lores en la persona de Lord Stevenage.)* Si quiere hacer una denuncia contra mí, hágala. *(Ella aguarda, serena.)* Me llamo Bill Walker.

BÁRBARA *(como si el nombre le resultara conocido, tratando de recordar).* - ¿Bill Walker? *(Recordando.)* ¡Ah, ya sé! Es por ti por quien está rezando Jenny Hill en este momento. *(Anota el nombre en su libro.)*

BILL. - ¿Quién es Jenny Hill? ¿Y qué derecho tiene de rezar por mí?

BÁRBARA.-No sé. Quizá fueras tú quien le partió el labio.

BILL *(desafiante).* -Si, claro que fui yo, yo le corté el labio. A usted no le tengo miedo.

BÁRBARA. - ¿Como podrías si no temes a Dios? Eres un hombre valiente, Bill Walker. También se necesita mucho valor para realizar nuestra obra; pero ninguno de nosotros se atrevería a alzar la mano contra una muchacha como ésa, por temor a nuestro padre en los cielos.

BILL *(malhumorado).* -No quiero escuchar ni una palabra de ese sermón callejero. ¿Se cree que he venido aquí a mendigar, como esa bolsa de huesos despreciable? No, yo no. No quiero ese pan con pintura, ni esa leche desteñida. Yo no creo en su Dios, más que usted misma.

BÁRBARA *(comprensivamente risueña y amable, como si intentara otra actitud con él).*-Oh, te pido entonces mil disculpas por inscribir tu nombre, señor Walker. No había comprendido. Lo tacharé.

BILL (*interpretándolo como un desaire y sintiéndose profundamente herido).* - ¡Eh, deje usted mi nombre en paz! ¿Acaso no es bastante bueno para estar en su libro?

BÁRBARA *(reflexionando).* -Pues, verás, es inútil anotar tu nombre a menos que podamos hacer algo por ti; ¿hay algo que podamos hacer? ¿Qué oficio tienes?

BILL *(aún desafiante).* - Eso no es asunto suyo.

BÁRBARA. -Precisamente. *(Muy formal.)* Anotaré *(escribiendo)* el hombre que... golpeo... a la pobrecita Jenny Hill... en la boca.

BILL *(se incorpora amenazador).* -Mire. Ya estoy harto de esto.

BÁRBARA *(bastante risueña y nada temerosa).* - ¿Para qué viniste a nosotros?

BILL. - Vine a buscar a mi muchacha, ¿sabe? Vine a sacármela de aquí y a romperle la cara para que aprenda.

BÁRBARA *(complacida).*-Ya ves que tenia razón en cuanto a tu oficio. (*Bill, a punto de replicarle furiosamente, descubre para su gran vergüenza y horror que en cambio está a punto de llorar. Asustado se sienta súbitamente.)* ¿Y ella... como se llama?

BILL *(tenaz).*-Mog Habbijam: ese es el nombre.

BÁRBARA. - Ah, pero ella se ha ido a Canning Town, está allí en nuestro refugio.

BILL *(fortalecido en su resentimiento por la perfidia de Mog).* - Ah, si, ¿eh? *(Vengativo.)* Entonces iré yo a Canning Town detrás de ella. *(Se dirige hacia el portón, titubea; finalmente regresa hasta donde sé halla Bárbara.)* ¿Me está mintiendo para librarse de mi?

BÁRBARA. -Yo no quiero librarme de ti. Quisiera que te quedaras para salvar tu alma. Y mejor será que te quedes: te espera un mal rato, Bill.

BILL. -¿Y quién me lo va a hacer pasar, si puede saberse? Usted, quizá.

BÁRBARA. -Alguien en quien tú no crees. Pero después te alegrarás.

BILL *(escabulléndose).* -Mejor será irme a Canning Town, para estar lejos del alcance de su lengua. *(Volviéndose repentinamente hacia ella con intensa maldad.)* Y si no encuentro allí a Mog, volveré aunque tenga que cumplir dos años por causa suya, ¡Dios me guarde si miento!

BÁRBARA *(con tono más bondadoso aun, si es posible).* -Será inútil, Bill. Mog ya tiene a otro.

BILL. - ¡Qué!

BÁRBARA.-Si, uno de sus propios conversos. ÉI se enamoro de ella cuando la vio con el alma salvada, la cara limpia y el cabello lavado.

BILL *(asombrado).* - ¡Para qué quería lavárselo, esa perra zanahoria? Total era colorado.

BÁRBARA.-Está precioso ahora, porque lo lleva con una nueva mirada en los ojos. Es una lástima que llegaras tan tarde. El nuevo te ha ganado de mano, Bill.

BILL.-Ya voy a ganarle yo cuando vayamos a las manos. Vea, no es qué ella me importe un terno. Pero ya le enseñare a tirarme como si fuera basura. Ya le enseñare a él a meterse con mi chica. Vamos, ¿quien es ese maldito?

BÁRBARA.-El sargento Todger Fairmile.

SHIRLEY *(incorporándose, con una mueca de júbilo).* - Yo iré con el, señorita. No quiero perderme el encuentro de esos dos. Lo llevare a la enfermería cuando terminen.

BILL *(a Shirley, con mal disimulado recelo).* - ¿Es ese de quien me hablabas antes?

SHIRLEY. -El mismo.

BILL. -¿El que peleó en el variedades?

SHIRLEY. - Las pruebas del Club Nacional de Deportes le daban de ganar unas cien esterlinas al año. Ahora ha renunciado a todo eso por la religión; así que estará bastante fresquito y con ganas de hacer su ejercicio de costumbre. Estará encantado de verte. Vamos.

BILL. -¿Cuánto pesa?

SHIRLEY. -Noventa y cuatro. *(La última esperanza de Bill se esfuma.)*

BÁRBARA. - Vé a hablar con el, Bill. Él te convertirá.

SHIRLEY. - Sí, el te convertirá la cabeza en picadillo de sesos.

BILL *(ceñudo).* -Yo no le tengo miedo. Yo no tengo miedo a nadie. Pero puede hacerme morder el polvo. ¡Ella me ha vencido! *(Se sienta pensativo al borde del bebedero de piedra.)*

SHIRLEY. - ¡Ah, ya no vas! Me lo imaginaba. *(Retorna a su asiento.)*

BÁRBARA *(llamado).* - ¡Jenny!

JENNY *(asomándose a la puerta del refugio con un parche en un ángulo de la boca).* -Sí, Comandante.

BÁRBARA. - Díle a Rummy Mitchens que venga a ordenar esto.

JENNY. -Me parece que tiene miedo de salir.

BÁRBARA *(por un segundo el parecido con su madre se hace patente).* - ¡Tonterías! Tiene que hacer lo que se le dice.

JENNY *(llamando hacia el refugio).*- Rummy, dice la Comandante que salgas.

Jenny se acerca a Bárbara, aproximándose a propósito a Bill, para que él no suponga que ella trata de apartarse o que le guarda rencor.

BÁRBARA. - ¡Pobrecita Jenny! ¿Estás cansada? *(Observando la mejilla herida.)* ¿Duele?

JENNY. -No, está bien ahora. No fue nada.

BÁRBARA *(censurando).* - Supongo que fue tan fuerte como pudo pegarte. ¡Pobre Bill! Pero tú no estás enojada con el, ¿verdad?

JENNY. - Oh no, no, no: claro que no, Comandante, ¡bendito sea ese pobre corazón! *(Bárbara la besa; y ella, alegre, sale corriendo hacia el refugio. Bill se contorciona por el retorno de sus nuevos y alarmantes síntomas agónicos, pero nada dice. Rummy Mitchens sale del refugio.)*

BÁRBARA *(saliendo al encuentro de Rummy).* - Vamos, Rummy, apresúrate. Lleva esos tazones y esos platos a lavar; y arroja las migas a los pájaros.

Rummy recoge los tres platos y tazones; pero Shirley le arrebata el suyo, porque aún le queda leche.

RUMMY. - No quedan migas. Este no es momento de desperdiciar buen pan dando de comer a los pájaros.

PRICE *(aparece a la puerta del refugio).*-Un caballero que quiere visitar el refugio, Comandante. Dice que es su padre.

BÁRBARA. -Muy bien. Voy. *(Snobby entra al refugio, seguido de Bárbara.)*

RUMMY *(acercándose furtivamente adonde está Bill y hablándole con voz sumisa, pero con intensa convicción*). -Ya te enseñaría yo, oreja aplastada, nariz de puerco, pedazo de asno, si ella me dejara. Tú no eres un caballero... ¡golpear a una mujer en la cara! *(Bill, en quien se agitan emociones violentas, no le presta atención.)*

SHIRLEY *(empujándola).* - ¡Eh!, adentro contigo y no sigas hablando si no quieres vértelas en la mala.

RuMMY *(con altivez).* - No he tenido el placer de que nos presenten, si mal no recuerdo. *(Se dirige hacia el refugio llevando los platos.)*

SHIRLEY. - Esa es la...

BILL *(con furia salvaje).*-No me hables, me oyes. Me dejas en paz, o hago una barbaridad. Yo no soy la roña de tus zapatos, para que sepas.

SHIRLEY *(calmo).* -No tengas miedo. No eres tan selecta compañía para que te anden buscando. *(Está a punto de entrar al refugio cuando sale Bárbara, con Undershaft a su derecha.)*

BÁRBARA. - ¡Oh, estaba aquí, señor Shirley! *(A Shirley.)* Te presento a mi padre: te dije que era secularista, ¿recuerdas? Quizá puedan consolarse mutuamente.

UNDERSHAFT *(perplejo*). - ¡Yo... secularista! Por nada del mundo: Yo soy un místico confirmado.

BÁRBARA. - Ah, perdóname, entonces. Para el caso de que tenga que volver a presentarte. . . díme, papá, ¿cuál es tu religión? ...

UNDERSHAFT. - ¿Mi religión? Pues, querida mía, yo soy Millonario. Esa es mi religión.

BÁRBARA. -Entonces me temo que tú y el señor Shirley no podrán consolarse mutuamente. Tú no eres Millonario, ¿verdad, Peter?

SHIRLEY. -No, orgulloso que estoy de no serlo.

UNDERSHAFT *(grave).* - La pobreza, amigo mío, no es motivo de orgullo.

SHIRLEY *(colérico).* - ¿Pero quién amasó sus millones para usted? Yo y los de mi clase. ¿Que nos hizo pobres? Hacerle rico a usted. Yo no querría su conciencia, ni a cambio de todos sus ingresos.

UNDERSHAFT. - Yo no aceptaría sus ingresos, ni por toda su conciencia, señor Shirley. *(Se acerca al cobertizo y se sienta en un banco.)*

BÁRBARA *(acallando hábilmente a Shirley cuando ya está a punto de replicar con mordacidad).* -Tú no crees que él pueda ser mi padre, ¿verdad, Peter? ¿Quieres entrar

al refugio y darles una mano a las muchachas por un rato?; ya estamos que ni podemos tenernos en pie.

SHIRLEY *(con amargura).* - Sí, les debo una comida, ¿verdad?

BÁRBARA. - Oh, no porque estés en deuda con ellas, sino por amor a ellas, Peter, por amor a ellas. *(Él, que no alcanza a comprender el sentido de estas palabras, se escandaliza.)* ¡Vamos!, no te quedes mirándome. Entra; dale un descanso a esa conciencia tuya. *(Le impulsa hacia el refugio.)*

SHIRLEY *(yéndose).* - ¡Ah!, es una lástima que no le enseñaran a usar su cerebro, señorita. Hoy sería un orador de arrastre para el secularismo.

Bárbara se vuelve hacia su padre.

UNDERSHAFT. -No te preocupes por mí, querida mía. Vé y cumple con tu trabajo; quiero observarte un rato.

BÁRBARA. -Muy bien.

UNDERSHAFT. - Díme, ¿qué le sucede a ese paciente externo, ese de allí?

BÁRBARA *(observando a Bill que no ha cambiado su actitud, y cuya expresión de reconcentrada cólera es aun más profunda).* - Oh, vamos a curarle en un segundo. Observa y verás. *(Ella se aproxima a Bill y espera. Él alza la mirada hacia ella y vuelve a bajarla, intranquilo y más ceñudo que antes.)* Sería espléndido marcarle la cara a Mog Habbijam, ¿verdad, Bill?

BILL *(incorporándose en su asiento, muy consternado).*-Eso es mentira: yo nunca dije eso. *(Ella menea la cabeza.)* ¿Quién le dijo lo que estaba pensando?

BÁRBARA. -Tu nuevo amigo.

BILL. -¿Qué amigo?

BÁRBARA. - El diablo, Bill. Cuando el diablo empieza a rondar a los hombres, les hace sentirse desdichados, igual que a ti.

BILL *(en una triste tentativa por aparentar despreocupada jovialidad).*-Yo no me siento desdichado. *(Vuelve a sentarse y estira las piernas para aparentar despreocupación.)*

BÁRBARA.-Si eres feliz, ¿por qué no lo demuestras, como nosotros?

BILL *(replegando sus piernas involuntariamente).* -Soy bastante feliz, le digo. ¿Por qué no me deja en paz? ¿Qué le hecho yo a usted? ¿Acaso le aplasté la cara?

BÁRBARA *(suavemente, halagando su alma).* -No soy yo quien te persigue, Bill.

BILL.-¿Quién, entonces?

BÁRBARA. -Alguien que no te ha destinado a golpear a las mujeres en la cara. Alguien o algo que quiere hacer un hombre de ti.

BILL *(iracundo).* - ¡Hacer un hombre de mí! ¿No soy

hombre, acaso? ... ¿Eh? ... ¿No soy hombre? ¿Quién dice que no soy hombre?

BÁRBARA. -Supongo que el hombre existe en ti... pero enterrado, oculto. Díme, si no, por qué permitió que golpearas a la pobrecita Jenny Hill. Ese no es un rasgo de hombría, ¿verdad?

BILL *(atormentado).* -Termínela con esas, le digo. Olvídese. Estoy harto de su pobrecita Jenny Hill con su carita tonta.

BÁRBARA. -Entonces ¿por qué sigues pensando en ello? ¿Por qué vuelven y vuelven esos pensamientos? ¿No te estarás convirtiendo?

BILL *(con convicción).* -No seré yo... ¡poco probable! Yo...

BÁRBARA.-Muy bien, Bill. No cejes. Usa de todas tus fuerzas. No dejes que te gane fácilmente. Todger Fairmile contó que había luchado tres noches seguidas contra su salvación, más ferozmente de lo que jamás luchara con el japonés en el Variedades. Cedió ante el japonés cuando ya estaba por romperle el brazo. Pero no cedió a su salvación hasta sentir que se le quebraba el corazón. Quizá tú escapes a ello... porque no tienes corazón, ¿eh?

BILL. - ¿Qué quiere usted ¿e mí? ¿Por qué no tengo corazón igual que los demás?

BÁRBARA. - El hombre que tuviera corazón no hubiera golpeado a la pobrecita Jenny, ¿no crees?

BILL *(llorando casi).* - ¡Oh! ¿quiere dejarme en paz?

¿Alguna vez quise meterme en sus cosas, que viene ahora a sermonearme y provocarme de este modo? *(Se estremece convulsivamente, de pies a cabeza.)*

BÁRBARA *(con una mano firme y suave apoyada en su brazo, y una voz bondadosa que no le deja alejarse).* - Es tu alma la que te hace sufrir, Bill, no soy yo. También

nosotros hemos pasado por todo esto. Ven a nosotros, Bill. *(Él mira desesperadamente a su alrededor.)* Por la valiente hombría en la tierra y la gloria eterna en el paraíso. *(Él está a punto de estallar.)* ¡Ven! *(Se oye una música de tambor que parte del refugio; y Bill, jadeante, escapa al hechizo cuando Bárbara se vuelve rápidamente. Adolphus sale del refugio portando un enorme tambor.)* ¡Oh, estás aquí, Dolly! Quiero presentarte a un nuevo amigo mío, el señor Bill Walker. Este es mi hombre, Bill: el señor Cusins. *(Cusins saluda agitando los palillos de su tambor.)*

BILL. - ¿Se va a casar con él?

BÁRBARA. - Sí.

BILL *(ferviente).* - ¡Que Dios le ayude! ¡Dios le guarde! ...

BÁRBARA. - ¿Por qué? ¿Crees que no será feliz conmigo?

BILL. - Yo tuve que soportarla una sola mañana: él tendrá que soportarla toda su vida.

CUSINS. - Espantosa reflexión, señor Walker. Pero yo no puedo separarme de Bárbara.

BILL. - Pues yo sí. *(A Bárbara.)* ¡Eh! ¿Sabe adónde voy y qué voy a hacer?

BÁRBARA.-Sí: irás al cielo; y antes de una semana volverás aquí para decírmelo.

BILL. - Miente. Me voy a Canning Town, a escupirle a Todger Fairmile en los ojos. Yo le pegué a Jenny Hill en la cara; y ahora iré a que me peguen y volveré para mostrárselo. Él me pegará con más fuerza de la que yo jamás usé con ella. Y con eso estaremos a mano. *(A Adolphus.)* ¿Es justo o no? Usted que es un caballero debe saberlo.

BÁRBARA. - Dos ojos negros no hacen uno blanco, Bill.

BILL. - A usted no le pregunté. ¿No puede cerrar la boca? Estoy hablando con el caballero.

CUSINS *(reflexionando).*-Sí, me parece que usted tiene razón, señor Walker. Sí, yo lo haría. ¡Qué extraño!, exactamente igual a lo que hubiera hecho un griego de la antigüedad.

BÁRBARA. - ¿De que servirá?

CUSINS. - Pues significará un poco de ejercicio para el señor Fairmile; y apaciguará el alma del señor Walker.

BILL. - ¡Sandeces! el alma no existe. ¿Cómo sabe si yo tengo o no tengo alma? Nunca la ha visto.

BÁRBARA.-Yo he visto cómo te torturaba cuando no seguías sus dictados.

BILL *(con reprimida indignación).* -Si fuera usted mi muchacha y me sacara las palabras de la boca de ese modo, ya le daría algo que le doliera, se lo juro. *(A Adolphus.)* Siga mi consejo, amigo. Párele tanta charla, o se morirá usted antes de tiempo. *(Con intensa expresión.)* Agotado, así estará: agotado. *(Se aleja en dirección a la calle.)*

CUSINS *(siguiéndole con la mirada).* - ¡Quién sabe!

BÁRBARA. - ¡Dolly! *(Indignada, a la manera de su madre.)*

Librodot

CUSINS. -Sí, querida mía, es agotador estar enamorado de ti. Si esto continúa, me parece en verdad que moriré muy joven.

BÁRBARA. -Je importará?

CUSINS. - En absoluto. *(Se tranquiliza súbitamente y la besa por encima del tambor, no por primera vez, es evidente, porque es muy difícil, si no imposible, besarse por sobre un enorme tambor, cuando no se tiene cierta práctica. Se oye una tosecilla de Undershaft.)*

BÁRBARA. - Está bien, papá, no nos hemos olvidado de ti. Dolly, muéstrale el refugio a papá; yo no tengo tiempo. *(Atareada abandona el patio y entra al refugio.) Undershaft y Adolphus quedan ahora a solas en el patio. Undershaft, sentado en un banco y aún profundamente atento, contempla severamente a Adolphus. Éste a su vez le observa con atención.*

UNDERSHAFT. - Me imagino que adivina usted algo de lo que estoy pensando, señor Cusins. *(Cusins florea los palillos en el aire como si tocara un animado rataplán, pero sin emitir sonido alguno.)* Exactamente. ¡Pero imagínese que Bárbara lo descubra!

CUSINS. -No le admito que yo esté engañando a Bárbara. Estoy sinceramente interesado en las ideas del Ejército de Salvación. A decir verdad, soy una especie de coleccionista de religiones; lo curioso del caso es que podría creer en todas ellas. Y usted, ¿posee alguna religión?

UNDERSHAFT. - Sí.

CUSINS. -¿Algo fuera de lo común?

UNDERSHAFT. - La de que sólo se necesitan dos cosas para la salvación.

CUSINS *(desilusionado, aunque cortés).* - Ah, el catecismo de la iglesia. También Charles Lomax pertenece a la iglesia oficial.

UNDERSHAFT. -Esas dos cosas son...

CUSINS. -Bautismo y .. .

UNDERSHAFT. -No. Dinero y pólvora.

CUSINS *(asombrado, con repentino interés).* - Es la opinión general de nuestras clases regentes, pero lo original es oírselo confesar a alguien.

UNDERSHAFT. - Precisamente.

CUSINS. - Disculpe la pregunta, pero ¿hay lugar en su religión para el honor, la justicia, la verdad, el amor, la bondad y todo lo demás... ?

UNDERSHAFT. -Sí; al fin y al cabo esos son privilegios de una vida holgada, fuerte, segura y despreocupada.

CUSINS. - Supóngase que tuviera usted que elegir entre el dinero más estos privilegios y la dinamita...

UNDERSHAFT. -Elegiría el dinero y la dinamita; porque sólo con esto puede alcanzarse lo otro.

CUSINS. -¿Es esa su religión?

UNDERSHAFT. - Sí.

La cadencia de esta respuesta pone fin a la conversación. Cusins menea la cabeza dubitativo y observa a Undershaft. A su vez, Undershaft contempla a Cusins.

CUSINS. - Bárbara no lo aceptará. Tendrá usted que elegir entre su religión y Bárbara.

UNDERSHAFT. -También usted, amigo mío. Ella descubrirá que ese tambor suyo es hueco.

CUSINS. - Papá Undershaft: usted se equivoca; soy un sincero salvacionista. Usted no comprende al Ejército de Salvación. Es el ejército de la alegría, del amor, de la valentía; ha abolido el temor, el remordimiento y la desesperación de las antiguas sectas evangélicas amenazadas con el infierno; marcha a derrocar al diablo con trompetas y tambores, con música y con danzas, con banderas y palmas, como una guarnición feliz que recorriera el cielo. Recoge al vicioso en las tabernas y le hace hombre; halla a un gusano retorciéndose en una cocina trasera y, ¡ved aquí: una mujer. Son hombres y mujeres de rango además, porque son hijos e hijas del Altísimo. Aparta de su plato de raíces al pobre profesor de griego, la más artificial y más introvertida de las criaturas humanas, y pone en libertad al rapsodista que hay en él; le revela la verdadera adoración de Dioniso y le impulsa a recorrer las calles públicas tamborileando ditirambos. *(Inicia un floreo atronador en el tambor.)*

UNDERSHAFT. -Asustará usted a todo el asilo.

CUSINS. - Oh, están acostumbrados a estos súbitos éxtasis de piedad. Claro que si el tambor le molesta... *(Introduce los palillos en su bolsillo, descuelga el tambor y lo apoya en el suelo frente al portón.)*

UNDERSHAFT. - Gracias.

CUSINS. - ¿Recuerda lo que dice Eurípides del dinero y la pólvora?

UNDERSHAFT. - No.

CUSINS *(recitando).* - Uno y otro, en dinero y armas, en felicidad y poder, pueden superar a sus hermanos; los hombres a millones pasarán o sobrevivirán, bullendo con fermentos de esperanzas. Los hay que plasman sus ambiciones, y quienes ven frustrados sus propósitos, los hay que conservan la esperanza y quienes la ven marchitar. Pero aquel que, en tanto que transcurre el largo día, sabe que es feliz la vida, habrá hallado su cielo. Es mi traducción, ¿qué le parece?

UNDERSHAFT. -Me parece, amigo mío, que si quiere usted saber, mientras transcurre el largo día, que es feliz la vida, antes debe reunir bastante dinero para una vida decente, y poder suficiente para ser su propio amo.

CUSINS. - Usted es tremendamente decepcionante. *(Reanuda su recitado.)* ¿Es cosa tan difícil de ver que en el espíritu divino, en toda forma, la ley que perdura y rige por siglos, lo eterno y lo que de la Naturaleza nace, se encuentra en toda grandeza contenida?

¿Qué es la Sabiduría, el supremo esfuerzo humano, o la gracia de Dios, excelsa y hermosa, sino estar libre del temor, para alentar y proseguir la espera, llevar sobre el Destino la diestra alzada, y ser siempre, siempre Bárbara la amada?

UNDERSHAFT. - ¿Eurípides menciona a Bárbara?

CUSINS. - En una buena traducción, Bárbara significa Belleza.

UNDERSHAFT. - ¿Puedo preguntarle, ya que soy el padre de Bárbara, por cuánto al año será amada en adelante?

CUSINS.-Ya que es usted el padre de Bárbara, ese es asunto suyo más que mío. Yo puedo alimentarla enseñando griego: y eso es casi todo.

UNDERSHAFT. - ¿Le parece bastante buena alianza para ella?

CUSINS *(con cortés obstinación).* -Señor Undershaft, yo soy en muchas formas una persona débil, tímida, ineficaz; y mi salud está lejos de ser satisfactoria. Pero cuando siento que debo lograr algo, tarde o temprano lo consigo. Eso es lo que siento respecto a Bárbara. No me gusta el casamiento: me aterroriza; y no sé qué haré con Bárbara o qué hará ella conmigo. Pero siento que yo y ningún otro debe casarse con ella. Así que, considérelo decidido... No deseo parecer despótico, ¿pero para qué perder el tiempo discutiendo lo inevitable?

UNDERSHAFT. - Quiere decir que no se detendrá usted ante nada; ni ante la conversión del Ejército al culto de Dioniso.

CUSINS. - La tarea del Ejército de Salvación es salvar almas y no discutir el nombre

del que halló la senda. Dioniso o algún otro: ¿eso qué importa?

UNDERSHAFT *(se incorpora y se aproxima a él).* - Profesor Cusins, ¡usted es un joven que siente las cosas como yo!

CUSINS. - Señor Undershaft, usted, por lo que veo, es un viejo bribón endiablado; pero atrae poderosamente mi sentido irónico del humor.

Undershaf t sin hablar le tiende la mano. Cusins la estrecha.

UNDERSHAFT *(concentrándose repentinamente).* - Y ahora, al asunto en cuestión.

CUSINS. - Dispénseme, pero estábamos discutiendo religión. ¿Por qué volver entonces a un tópico tan poco interesante y menos importante?

UNDERSHAFT. -Pues la religión es a lo que me refiero, porque sólo por la religión podremos conquistar a Bárbara.

CUSINS. - ¿Acaso usted también se ha enamorado de Bárbara?

UNDERSHAFT. -Sí, con el amor de un padre.

CUSINS. -El amor de un padre por una hija crecida es el más peligroso de los apasionamientos. Pido disculpas por mencionar mi pálido, esquivo y desconfiado amor en un mismo aliento con el suyo.

UNDERSHAFT. -Aténgase al asunto. Nosotros tenemos que catequizar a Bárbara; y ninguno de los dos es metodista.

CUSINS. - Eso no cuenta. El poder que Bárbara esgrime aquí -el poder que aquí domina a Bárbara- no es el calvinismo, ni el presbiterianismo, ni el metodismo...

UNDERSHAFT. - Tampoco el paganismo griego, convengamos.

CUSINS. - Lo admito. Bárbara es original en su religión.

UNDERSHAFT *(triunfante).*- ¡Ajá! Tenía que ser Bárbara Undershaft. Su inspiración brota de algo muy profundo en ella.

CUSINS. - ¿Y cómo supone que eso llegó allí?

UNDERSHAFT *(con creciente vehemencia).*-Es la herencia de los Undershaft. Entregaré mi antorcha a mi hija. Ella convertirá a mis conversos y predicará mi evangelio...

CUSINS. - ¿Cuál... ? ¡Dinero y pólvora!

UNDERSHAFT. - Sí, dinero y pólvora; libertad y poder; el imperio de la vida y el imperio de la muerte.

CUSINS *(urbanamente; intentando volverlo a la tierra).* -Esto es extraordinariamente interesante, señor Undershaft. Claro que usted sabe que está loco.

UNDERSHAFT *(con redoblada energía).* - ¿Y usted?

CUSINS. - Oh, loco como una cabra. Bienvenido sea usted a mi secreto, puesto que yo he descubierto el suyo. Pero me deja perplejo. ¿Acaso un loco puede fabricar cañones?

UNDERSHAFT. - ¿Podría hacerlo acaso quien no lo fuera? Y ahora *(con embravecida energía),* pregunta por pregunta. ¿Acaso un hombre cuerdo podría traducir a Eurípides?

CUSINS. - No.

UNDERSHAFT *(asiéndole por un hombro).* - ¿Puede una mujer cuerda hacer un hombre de un vicioso y una mujer de un gusano?

CUSINS (tambaleándose antes de la tormenta). –Padre Coloso... Mamut Millonario...

UNDERSHAFT *(presionándole).* - ¿Hay dos o tres locos entonces en este refugio salvacionista?

CUSINS. - ¡Quiere decir que Bárbara es tan loca como nosotros!

UNDERSHAFT *(apartándose inadvertidamente y volviendo de pronto a su ecuanimidad).* - ¡Vaya, Profesor! Llamemos a las cosas por su nombre. Yo soy millonario; usted es poeta; Bárbara es salvadora de almas. ¿Qué tenemos nosotros en común con las multitudes de vulgares esclavos idólatras? *(Vuelve a sentarse, con un ademán de desdén a la multitud.)*

CUSINS. - ¡Cuidado! Bárbara ama al común de las :-entes. Y también yo. ¿No ha sentido usted alguna vez el encanto de esa emoción?

UNDERSHAFT *(frío y sardónico).* - ¿Ha estado alguna vez enamorado de la Pobreza, como San Francisco? ¿Ha estado alguna vez enamorado de la inmundicia, como San Simón? ¿Ha estado alguna vez enamorado de la enfermedad y el sufrimiento, como nuestras modernas enfermeras y filántropos? Tales pasiones no son virtudes, sino los vicios más antinaturales. Este amor por la gente vulgar puede satisfacer a la nieta de un conde y a un profesor universitario; pero yo he sido un hombre pobre, vulgar, y para mí no tiene encanto. Deje que el pobre finja que la pobreza es una bendición; deje que el cobarde haga de su cobardía una religión, predicando la sumisión; nosotros podemos mucho más. Nosotros tres unidos, por encima de la gente vulgar, podremos ayudar a los demás a ascender con nosotros. Bárbara debe pertenecernos; a nosotros y no al Ejército de Salvación.

CUSINS. -Pues sólo puedo decirle que si pretende usted apartarla del Ejército de

Salvación con sólo hablarle a ello como me hablara a mí, no conoce usted a Bárbara.

UNDERSHAFT. - Amigo mío, jamás he pedido que se me regale lo que he podido comprar.

CUSINS *(lívido de ira).* - ¿Debo suponer que se propone usted comprar a Bárbara?

UNDERSHAFT. -No, pero puedo comprar el Ejército de Salvación.

CUSINS. - Imposible.

UNDERSHAFT. -Pues ya verá. Todas las organizaciones religiosas se venden a los ricos para poder subsistir.

CUSINS. - Pero no el Ejército. Esta es la iglesia del pobre.

UNDERSHAFT. -Razón de más para comprarla.

CUSINS. - No creo que conozca usted la obra que realiza el Ejército a favor de los pobres.

UNDERSHAFT. - ¡Oh, si la conozco...! Les arranca los dientes: eso a mí, hombre de negocios, me beneficia…

CUSINS. - ¡De ningún modo! Los induce a la sobriedad...

UNDERSHAFT. -Yo los prefiero así. Las ganancias son mayores.

CUSINS.- …a ser honrados...

UNDERSHAFT. - Los obreros honrados son los más económicos.

CUSINS.-…fieles a sus hogares...

UNDERSHAFT. - Tanto mejor; soportarían cualquier cosa con tal de no cambiar de empleo.

CUSINS.-…felices...

UNDERSHAFT. -Valiosa defensa contra la revolución.

CUSINS.-…generosos...

UNDERSHAFT. -No les importan sus propios intereses; nada me conviene más.

CUSINS.-…con el pensamiento puesto en lo divino..

UNDERSHAFT. - En vez de los sindicatos y el socialismo. ¡Excelente!

CUSINS *(sublevándose).* - ¡Usted es un viejo pícaro en diablado!

UNDERSHAFT *(señalando a Peter Shirley, que sale del refugio y abatido recorre el patio, pasando entre ellos).* -¡Y este es un hombre honrado!

SHIRLEY. -Para lo que gano yo con ello... *(Amargado, pasa a su lado y ocupa un banco, en el rincón del cobertizo.)*

Snobby Price, sonriendo taimadamente, y Jenny Hill, con una pandereta cubierta de

cobres, llegan del refugio y se aproximan al tambor, donde Jenny empieza a contar el dinero.

UNDERSHAFT *(en respuesta a Shirley).*-Oh... sus patrones habrán ganado bastante, desde el primero al último. (Se sienta en la mesa, apoyando un pie en el banco. Cusins, agobiado, se sienta en el mismo banco, más cerca del cobertizo. Bárbara sale del refugio hasta el centro del patio; está excitada y hasta un poquito sobreexcitada.)

BÁRBARA. - Hemos tenido una espléndida reunión experimental en el portón de Cripps Lane. Jamás los he visto tan conmovidos como con su confesión, señor Price.

PRICE. - Casi me alegraría de mi pasada perversidad si pudiera creer que ayudará a otros a seguir la buena senda.

BÁRBARA. - Y así será, Snobby. ¿Cuánto es, Jenny?

JENNY. -Cuatro y diez peniques, Comandante.

BÁRBARA. - Oh, Snobby, con un solo golpe más a tu pobre madre habríamos llegado a los cinco chelines!

PRICE. -Si ella le oyera decir eso, señorita, lamentaría no haberlos recibido. Pero yo no. ¡Oh, qué alegría tendrá ella cuando sepa que me he salvado!

UNDERSHAFT. - ¿Puedo aportar los dos peniques faltantes, Bárbara? Será el óbolo del millonario, ¿eh? *(Extrae dos peniques de su bolsillo.)*

BÁRBARA. - ¿Cómo ganaste esos dos peniques?

UNDERSHAFT. - Como todos. Vendiendo cañones, torpedos, submarinos y mi nueva granada de mano patentada "Gran Duque".

BÁRBARA. -Vuélvelos a tu bolsillo, entonces. Aquí no puedes comprar tu salvación con dos peniques: tienes que labrarla.

UNDERSHAFT. - ¿No alcanzan dos peniques? Puedo permitirme un poquito más, si insistes.

BÁRBARA. - No alcanzarían dos millones de millones. Hay sangre impura en tus manos; y nada sino la sangre digna puede limpiarlas. El dinero de nada sirve aquí. Llévatelo. Guárdalo. *(Se vuelve hacia Cusins.)* Dolly, tienes que escribirme otra carta para los periódicos. *(Él hace un gesto de disgusto.)* Sí, ya sé que no te gusta; pero tiene que hacerse. El hambre nos está rondando este invierno; todos están sin trabajo. Dice el General que tendremos que cerrar este refugio si no podemos conseguir más dinero. En las reuniones tengo que arrancar las monedas a la fuerza casi; ¿no es verdad, Snobby? Ya me da vergüenza.

PRICE. - ¡Es una maravilla verla actuar, señorita! Hay que ver cómo los hizo subir de tres-y-seis a cuatro-y-diez con ese himno, penique a penique y verso a verso. Ningún vendedor de baratijas en Mile End lo haría mejor que usted.

BÁRBARA. -Sí, pero preferiría que no tuviéramos que recurrir a eso. Estoy empezando a pensar más en la colecta que en las almas de la gente. ¿Qué son esos sombreros de peniques y medios peniques? ¡Queremos miles, decenas de miles, cientos de miles! Yo quiero convertir a la gente, y no estar suplicando dinero para el Ejército, de un modo que preferiría morir, antes de hacerlo por mí.

UNDERSHAFT *(con profunda ironía).* -Toda legítima abnegación es capaz de todo, querida mía.

BÁRBARA *(confiada, mientras se vuelve para recoger el dinero depositado en el tambor y guardarlo en una bolsa que lleva consigo).*- ¿No es así? *(Undershaft mira sardónico a Cusins.)*

CUSINS *(aparte, a Undershaft).* - ¡Mefistófeles! ¡Maquiavelo!

BÁRBARA *(las lágrimas asoman a sus ojos al atar el bolso y guardarlo en su cartera*). - ¿Pero cómo los alimentaremos? No puedo hablar de religión al hombre que me mira con hambre en los ojos. *(A punto de estallar en llanto.)* Es espantoso...

JENNY *(corriendo hacia ella).* - Comandante querida...

BÁRBARA *(rechazándola).* - No, no me consueles. Todo irá bien. Obtendremos el dinero.

UNDERSHAFT. - ¿Cómo?

JENNY. -Rezando, por supuesto. La señora Baines lo pidió anoche en sus oraciones; y ella nunca ha rezado en vano. *(Se aproxima al portón y mira hacia la calle.)*

BÁRBARA (que ha enjugado sus lágrimas y recuperado su firmeza). - A propósito, papá, esta tarde viene la señora Baines para marchar con nosotros a nuestra gran reunión. Ella está impaciente por conocerte, no sé por qué. Quizás ella puede convertirte.

UNDERSHAFT. - Será un placer, querida mía.

JENNY *(desde el portón, muy excitada).* - ¡Comandante! ¡Comandante!, allí vuelve ese hombre otra vez.

BÁRBARA. -¿Qué hombre?

JENNY. -El que me golpeó. Oh, cómo quisiera que su vuelta fuera para quedarse entre nosotros.

Bill Walker traspone el portón, el saco cubierto de escarcha, las manos profundamente introducidas en los bolsillos y la barbilla hundida en el pecho, como un jugador desplumado. Se detiene entre Bárbara y el tambor.

BÁRBARA. - ¡Qué tal, Bill! ¡De vuelta ya!

BILL *(regañándola).*- Ha estado hablando desde que me fui, ¿eh?

BÁRBARA. -Casi. ¿y... has conseguido que Todger te pegara en la mandíbula por la pobrecita Jenny?

BILL. -No, no quiso.

BÁRBARA. - Me pareció que tenias el saco cubierto de escarcha.

BILL. - Y es verdad. ¿Quiere saber de dónde viene, eh?

BÁRBARA. - Sí.

BILL. - Pues del suelo de la esquina Parkinses, en Canning Town. Esto es de restregar el suelo con los hombros.

BÁRBARA. - ¡Lástima que no lo hicieras con las rodillas, Bill! Eso te habría hecho tanto bien...

BILL *(con talante amargado y abatido).* - Yo cuidaba de las rodillas de otro, por el momento. Él se arrodilló sobre mi cabeza, así fue.

JENNY. - ¿Quién se arrodilló sobre tu cabeza?

BILL. - Todger fue. Él rezó por mi: rezó muy cómodo usándome de alfombra. Y Mog hizo lo mismo. Y toda la animada reunión. Mog dijo: "Oh, Señor, ablanda su alma obstinada; pero no lastimes su buen corazón." Eso fue lo que ella dijo. "¡No lastimes su buen corazón!" Y su amigo... ¡noventa y cuatro kilos!, arrodillado con todo el peso encima mío. ¿Gracioso, eh?

JENNY. - Oh, no. Lo lamentamos mucho, señor Walker.

BÁRBARA (divirtiéndose francamente). - ¡Tonterías! Claro que es muy gracioso. ¡Bien te lo mereces, Bill! Algo le habrás hecho tú primero.

BILL *(tenaz).*-Hice lo que dije que haría. Le escupí en un ojo. Y él mira hacia el cielo y dice, "Oh, me creen merecedor de que me escupan encima, por amor al evangelio!", dice él; y Mog dice "¡Gloria Aleluya!"; y entonces él me llama Hermano y me trata como si yo fuera un niño y él fuera mi madre bañándome en sábado por la noche. Así que yo no tenía nada que hacer con él. La mitad de la calle rezaba; y la otra mitad se reía que parecía que se morían. *(A Bárbara.)* ¡Ahí está! ¿Está satisfecha ahora?

BÁRBARA (los ojos le bailan de contento). - Me hubiera gustado estar allí, Bill.

BILL. - Sí, así me hubiera repartido una buena ración de palabras, ¿no es eso?

JENNY. - Lo siento tanto, señor Walker.

BILL *(furiosamente).*-No lo sienta por mí; no tiene ningún derecho. Escúcheme... yo le pegué en la cara.

JENNY. -No, a mí no me dolió: le aseguro que no; un momento, nada más. Lo que sucedió fue que tuve miedo.

BILL. -No quiero que me disculpen, ni usted ni nadie. Voy a pagar por lo que hice. Traté de que me pegaran un bofetón para quedar a mano con usted...

JENNY *(afligida)* Oh, no...

BILL *(impaciente).*-Le digo que sí. ¿No quiere oír lo que le digo? Todo lo que conseguí fue servir de espectáculo en la calle por mis sufrimientos. Bueno, si no puedo arreglarla a usted de un modo, puedo de otro. ¡Mire! Yo tenía ahorradas dos esterlinas para el frío; y me queda una. Un amigo mío la semana pasada tuvo un cambio de palabras con la muchacha con quien se iba a casar. Él le dio lo que se merecía... y lo multaron en quince chelines. É1 tenía derecho a pegarle porque se iban a casar; pero yo no tenía derecho de golpearla a usted, así que súmele otro cinco chelines y estamos a mano por una esterlina. (Le tiende una libra esterlina.) Aquí está el dinero. Tómelo; y déjese de perdones y rezos y que su comandante no me diga nada más. Lo hecho, hecho y pagado está; ¡que se termine esto de una vez!

JENNY. - Oh, yo no podría aceptarlo, señor Walker. ¡Pero si quisiera darle uno o dos chelines a la pobre Rummy Mitchens! Usted la golpeo; y ella es vieja.

BILL *(desdeñoso).* -Eso sí que no. Yo le daría otra buena en cuanto la vea. ¡Que me eche la ley, ya que dijo! Ella no me ha perdonado: no mucho. Lo que le hice a esa no me molesta en la cabeza... la conciencia, como diría ella (indicando a Bárbara) ... más que matar a un puerco. Pero lo que no quiero que se me haga es este juego cristiano, todo ese cargoseante perdón y sermón que le hace pensar a uno que la vida es una carga para él. Yo no lo admito, se lo digo; así que acepte su dinero y déjese de mostrarme esa cara tonta y lastimada.

JENNY. - Comandante, ¿puedo aceptar un poquito para el Ejército?

BÁRBARA.-No, el Ejército no se vende. Queremos tu alma, Bill, y no aceptaremos nada menos.

BILL *(amargamente).* -Ya sabía. No es bastante. Yo y mis pocos chelines no somos

Librodot

bastante para usted. Usted es la nieta de un marqués, claro. Para usted no hay menos que cien libras.

UNDERSHAFT. - ¡Vamos, Bárbara!, podrías hacer mucho bien con cien esterlinas. Si quieres dejar en paz la mente de este caballero, yo pondré las otras noventa y nueve. *(Bill, pasmado ante tamaña opulencia, instintivamente se lleva dos dedos a la gorra.)*

BÁRBARA. - Eres demasiado extravagante, papá. Bill ofrece veinte chelines. Todo lo que tienes que ofrecer son otros diez. Es el precio uniforme para comprar a cualquie ra que quiera venderse. Pero yo no quiero, y tampoco el Ejército. *(A Bill.)* Nunca volverás a tener un momento de tranquilidad, Bill... hasta que vuelvas a nosotros. No puedes luchar contra tu propia salvación.

BILL *(de mala gana).* - No puedo luchar contra luchadores de variedades ni mujeres de lenguas arteras. Ofrecí pagar. No puedo hacer más. Acepten o no acepten ... ahí está. *(Arroja la esterlina sobre el tambor y se sienta en el bebedero de piedra. La moneda fascina a Snobby Price, que aprovecha la primera oportunidad para echarle encima su gorra.)*

La señora Baines aparece a la puerta del refugio. Viste el traje de un oficial del Ejército de Salvación. Es una mujer de apariencia formal que anda rondando los 40, tiene voz acariciadora, apremiante y modales simpáticos.

BÁRBARA. - Le presento a mi padre, señora Baines. *(Undershaft se aparta de la mesa, quitándose el sombrero con marcada cortesía.)* Vea qué puede hacer por él. A mí no me quiere escuchar... ¡debe acordarse de lo tonta que fui de niña! *(Les deja conversar y se aproxima para hablar con Jenny.)*

SEÑORA BAINES. - ¿Le han mostrado el refugio, señor Undershaft? Usted debe conocer la obra que realizamos, por supuesto.

UNDERSHAFT *(muy cortés).* - Toda la nación la conoce, señora Baines.

SEÑORA BAINES. -No, señor; toda la nación no la conoce, o no estaríamos tan desamparados como estamos por falta de dinero para continuar nuestra labor a lo largo y a lo ancho del país. Permítame decirle que, a no ser por nosotros, se hubiera producido más de un levantamiento obrero en Londres durante este invierno.

UNDERSHAFT. - ¿Lo cree sinceramente?

SEÑORA BAINES. -Lo sé. En 1886, cuando ustedes los ricos cerraron sus corazones a los gritos del pobre, recuerdo que hicieron añicos las ventanas de los clubs de Pall Mall.

UNDERSHAFT *(sonriendo en aprobación del método*). -¡Y al día siguiente el fondo de la "Mansion House" subió de treinta mil a setenta y nueve mil libras esterlinas! Sí, recuerdo muy bien.

SEÑORA BAINES. - ¿Y no me ayudará usted a contentar a las gentes, para que dejen de romper ventanas? Oye, Price. Quiero mostrarte a este caballero. *(Price se acerca para ser inspeccionado.)* ¿Recuerdas aquella vez que salieron a romper ventanas?

PRICE. -Mi viejo pensó que era la revolución, señora.

SEÑORA BAINES - ¿Saldrías ahora a romper ventanas?

PRICE. - ¡Oh, no, señora! Las ventanas del cielo se han abierto para mí. Ahora sé que el rico es tan pecador como yo.

RUMMY *(aparece a la puerta del desván).* - ¡Snobby Price!

SNOBBY. -¿Qué hay?

RUMMY. - Tu madre te busca por el portón de Cripps Lane. Se enteró de tu confesión. *(Price empalidece.)*

SEÑORA BAINES. - Vé, Price; vé a rezar con ella.

JENNY. - Puedes cruzar por el refugio, Snobby.

PRICE *(a la señora Baines).* -Yo no podría verla ahora, señora, con el peso de mis pecados todavía fresco dentro de mí. Díganle que hallará a su hijo en casa, esperándola, en sus plegarias. *(Se evade por el portón y, cuando recoge su gorra de encima del tambor, se lleva también la esterlina.)*

SEÑORA BAINES *(con los ojos anegados en lágrimas).* - Ya ve cómo quitamos de sus corazones la ira y la amargura que abrigaban contra ustedes, señor Undershaft.

UNDERSHAFT. - Por cierto, señora Baines, que eso es sumamente conveniente y recompensable para aquellos que empleamos gran número de obreros.

SEÑORA BAINES. - ¡Bárbara! ¡Jenny! Tengo buenas noticias, excelentes noticias. (*Jenny corre hacia ella.)* Mis oraciones fueron oídas. Te dije que así sería, ¿verdad, Jenny?

JENNY. -Sí, Sí.

BÁRBARA *(acercándose un poco más al tambor).* - ¿Tetemos dinero para mantener el refugio?

SEÑORA BAINES. -Espero que tendremos suficiente para mantener todos los refugios. Lord Saxmundhem nos ha prometido cinco mil esterlinas...

BÁRBARA. - ¡Hurra!

JENNY. - ¡Gloria!

SEÑORA BAINES. -Si ...

BÁRBARA. - ¿Si qué? ...

SEÑORA BAINES Si otros cinco caballeros aportan mil esterlinas cada uno para completar las diez mil.

BÁRBARA. - ¿Quién es Lord Saxmundham? Nunca he oído hablar de él.

UNDERSHAFT *(que ha aguzado el oído al escuchar el nombre del par y observa a Bárbara con curiosidad).* - Es un nuevo título, hija mía. ¿Has oído nombrar a Sir Horace Bodger?

BÁRBARA.- ¡Bodger! ¿El de la destilería? ¡Whisky Bodger!

UNDERSHAFT. -El mismo. Es uno de nuestros más grandes filántropos. Restauró la catedral de Hakington. Y le nombraron baronet a causa de ello. Ofreció medio millón de esterlinas a los fondos de su partido y le nombraron barón por esa causa.

SHIRLEY. - ¿Qué le darán ahora por estas cinco mil?

UNDERSHAFT. -No queda nada por darle. De modo que estas cinco mil supongo que serán para salvar su alma.

SEÑORA BAINES. - ¡Que el Cielo lo permita! ¡Oh, señor Undershaft! Usted tiene amigos muy ricos. ¿No puede ayudarnos a conseguir las otras cinco mil? Esta tarde realizaremos una gran reunión en el Salón de Asambleas de Mile End Road. Si yo pudiera anunciar que un caballero ha salido en apoyo de Lord Saxmundham, otros le seguirían. ¿Conoce usted a alguien? ... ¿No podría usted? ... ¿No querría usted? ... *(Sus ojos se inundan de lágrimas.)* ¡Oh!, piense en esa pobre gente, señor Undershaft; piense en todo lo que significaría para ellos, en lo poco que representa para un gran hombre como usted.

UNDERSHAFT *(cortés y sardónico).* -Señora Baines, es usted irresistible. No puedo desilusionarla, y no puedo negarme la satisfacción de obligar a Bodger a pagar. Tendrá usted sus cinco mil esterlinas.

SEÑORA BAINES. - ¡Gracias a Dios!

UNDERSHAFT. - ¿No son las gracias para mí?

SEÑORA BAINES. - Oh, señor, no trate de aparentar cinismo, no se avergüence de ser un buen hombre. El Señor le bendecirá con abundancia y nuestras plegarias serán como un baluarte que le protegerá durante todos los días de su vida. *(Con un toque de cautela.) Me entregará usted el cheque para poderlo mostrar en la reunión, ¿no es*

así? Jenny, vé y tráeme pluma y tinta. (Jenny corre hacia la puerta del refugio.)

UNDERSHAFT. - No incomode a la señorita Hill; yo tengo lapicera fuente. *(Jenny se detiene. l se sienta a la mesa y escribe el cheque. Cusins se incorpora para ofrecerle más lugar. Todos le observan en silencio.)*

BILL *(cínico, a Bárbara, con voz y expresión envilecidas.)* ¡A qué precio la salvación!

BÁRBARA. - ¡Alto! *(Undershaft deja de escribir. Todos se vuelven hacia ella sorprendidos.)* Señora Baines*, ¿va usted a aceptar ese dinero?*

SEÑORA BAINES (perpleja). - ¿Por qué no, querida?

BÁRBARA. - ¡Porque no! ¿Sabe usted quién es mi padre? ¿Ha olvidado acaso que Lord Saxmundham es Bodger, el fabricante de whisky? ¿No recuerda cuánto imploramos al Consejo del Distrito que prohibiera escribir "Whisky Bodger" en el cielo con letras de fuego... porque esa perversa señal del cielo despertaba de sus jirones de sueño a las pobres criaturas del muelle, enviciadas por el alcohol, para recordarles su mortífera sed? ¿No sabe que la peor lucha que he tenido que entablar aquí no ha sido con el diablo, sino con Bodger, Bodger, Bodger, con su whisky, sus destilerías y sus tabernas? ¿Quiere usted convertir nuestro refugio en otra de sus tabernas? ¿Me permitirá luego que yo me haga cargo de ella?

BILL. - Y mal whisky que es, además.

SEÑORA BAINES. - Bárbara, querida, Lord Saxmundham tiene un alma que salvar, igual que nosotros. Si el cielo ha hallado el modo de poner a buen uso su dinero, ¿vamos a ser nosotros los que rechacemos la respuesta a nuestras plegarias?

BÁRBARA. - Sé muy bien que tiene un alma que salvar. Que venga aquí, entonces, y haré todo lo que pueda por su salvación. Pero él se conforma con enviar su cheque, comprarnos y continuar tan perverso como siempre.

UNDERSHAFT *(de un modo tan lógico que sólo Cusins advierte la ironía).* -Mi querida Bárbara, el alcohol es un artículo muy necesario. Cura al enfermo...

BÁRBARA. -No hay tal cosa.

UNDERSHAFT. - Pues ayuda al médico; quizá sea esa una forma menos objetable de presentarlo. Hace la vida más llevadera para los millones de personas que no podrían soportar su existencia estando sobrios. Permite al Parlamento realizar a las once de la noche una tarea que ninguna otra persona en su sano juicio podría cumplir a las once de la mañana. ¿Es culpa de Bodger si menos del uno por ciento de los pobres abusa

deplorablemente de este don inestimable*? (Se vuelve hacia la mesa, firma el cheque y lo cruza.)*

SEÑORA BAINES. -Bárbara, ¿se beberá más o menos si estas pobres almas que estamos salvando llegan mañana y hallan las puertas de este refugio cerradas en sus narices? Lord Saxmundham nos está dando el dinero para impedir que se beba... para arruinar su propio negocio.

CUSINS *(travieso).* - ¡Es puro sacrificio por parte de Bodger, es evidente! ¡Bendito sea el querido Bodger! *(Bárbara está a punto de estallar en sollozos cuando Adolphus también la abandona.)*

UNDERSHAFT *(arranca el cheque y guarda la libreta, en tanto que se pone de pie y, pasando junto a Cusins, se dirige a la señora Baines.)* También yo, señora Baines, puedo pretender cierto desinterés. ¡Piense usted en mi negocio! ¡Piense en las viudas y en los huérfanos... en los hombres y en los muchachos destrozados por la metralla y envenenados por la lidita! *(La señora Baines se estremece, pero él continúa implacable.)* ¡Los mares de sangre en que ni una sola gota ha sido derramada por una causa verdaderamente justa, las cosechas asoladas; los tranquilos campesinos obligados, mujeres y hombres, a labrar sus campos bajo el fuego de ejércitos combatientes, so pena de morirse de hambre; la sangre impura de los feroces cobardes de la patria que incitan a los otros a pelear en defensa de su vanidad nacional! Todo esto me produce dinero; nunca soy más rico, nunca más activo que cuando los periódicos están atiborrados de todo eso. Pues bien, es obra vuestra la de predicar la paz en la tierra y la buena voluntad entre los hombres. *(El rostro de la señora Baines vuelve a iluminarse.)* Cada converso que hacen es un voto contra la guerra. *(Los labios de ella murmuran una plegaria.)* Y, sin embargo, yo le doy ese dinero para provocar mi propia ruina comercial. *(Le tiende el cheque.)*

CUSINS *(subiéndose al banquillo en un travieso arrebato).* - El milenio será celebrado gracias a la generosidad de Undershaft y Bodger. ¡Oh, alegrémonos! *(Extrae los palillos de su bolsillo y los florea en el aire.)*

SEÑORA BAINES *(aceptando el cheque).* -Cuanto más vivo, mayor prueba tengo de que hay una Merced Infinita que todo lo acerca, tarde o temprano, a la obra de salvación. ¿Quién hubiera pensado que podía brotar algún bien de la guerra y del alcohol? Y, sin embargo, hoy han puesto sus ganancias a los pies de la Salvación, para que continúe su obra bendita. *(La acometen los sollozos.)*

JENNY *(corriendo hacia la señora Baines y echándole los brazos al cuello).* - ¡Oh, querida! ¡Qué bendito, qué glorioso es esto!

CUSINS *(en una convulsión de ironía).* -Apresemos este momento indescriptible. Marchemos inmediatamente hacia la gran reunión. Perdónenme un segundo. *(Corre hacia el refugio. Jenny recoge la pandereta que había dejado apoyada sobre el tambor.)*

SEÑORA BAINES. -Señor Undershaft, ¿ha visto alguna vez mil personas que se arrodillaran en un solo impulso para rezar? Venga con nosotros a la reunión. Bárbara les dirá que el Ejército se ha salvado, y que se ha salvado por ustedes.

CUSINS *(regresa impetuosamente del refugio trayendo una bandera y un trombón, y se interpone entre la señora Baines y Undershaft).* -Usted llevará la bandera por la primera calle que recorramos, señora Baines. *(Se la entrega.)* El señor Undershaft es un talentoso intérprete del trombón: él entonará un diapasón olímpico a la música de la Marcha Salvacionista de West Ham. *(Aparte, a Undershaft, mientras insiste en que reciba el trombón.)* ¡Sopla, Maquiavelo, sopla!

UNDERSHAFT *(aparte, a Cusins, y aceptando el trombón).* ¡La trompeta de Sión! *(Cusins corre hacia el tambor, lo alza y se lo cuelga al cuello. Undershaft continúa en voz alta.)* Haré lo mejor que pueda. Podría improvisar un grave si supiera la tonada.

CUSINS. -Es el coro nupcial de una ópera de Donizetti; pero lo hemos convertido. Aquí todo lo convertimos al bien, incluso a Bodger. Usted recordará el coro, ¿verdad? "Para ti, inmenso júbilo... inmenso giubilo... inmenso giubilo." *(Con redobles de tambor.)* Ram-tam-titam-tam, tam-tam-ti-ta.. .

BÁRBARA. - Dolly, estás destrozando mi corazón.

CUSINS. - ¿Qué significa un corazón destrozado? Dioniso Undershaft ha descendido a la tierra. ¡Estoy poseído!

SEÑORA BAINES. -Vamos, Bárbara; quiero que mi querida comandante lleve la bandera conmigo.

JENNY. -Sí, sí, querida comandante.

Cusins toma la pandereta de manos de Jenny y la ofrece a Bárbara sin una palabra.

BÁRBARA *(adelantándose un poquito, desdeña estremecida el ofrecimiento, en tanto que Cusins, indiferente, devuelve la pandereta a Jenny y se encamina hacia el portón.)* No puedo ir.

JENNY. - ¡Qué! ...

SEÑORA BAINES *(con lágrimas en los ojos).* -Bárbara, ¿crees que procedo mal aceptando el dinero?

BÁRBARA *(se le acerca impulsiva y la besa).* - No, no. Dios la ayude, querida, usted tiene que aceptar; salvará al Ejército. Vayan, ¡y que tengan una reunión gloriosa!

JENNY. - ¡Pero usted no viene!

BÁRBARA. - No. *(Comienza a quitarse las "S" de plata que lleva prendidas al cuello del saco.)*

SEÑORA BAINES. - ¡Bárbara! ¿Qué haces?

JENNY. - ¿Por qué se quita el distintivo? No puede abandonarnos, comandante.

BÁRBARA *(con calma).*-Papá, acércate.

UNDERSHAET *(se acerca a ella).*- ¡Querida mía! *(Viendo que ella se dispone a prender el distintivo en su saco, retrocede alarmado hacia el cobertizo.)*

BÁRBARA *(siguiéndole).* -No te asustes. *(Le prende el distintivo y retrocede hacia la mesa, mientras lo señala a los demás.)* ¡Ahí está! Aunque no es gran cosa por cinco mil esterlinas, ¿verdad?

SEÑORA BAINES. -Bárbara, si no vienes a rezar con nosotros, prométeme que rezarás por nosotros.

BÁRBARA. -No puedo rezar. Quizá jamás pueda volver a rezar.

SEÑORA BAINES. -¡Bárbara!

JENNY. - ¡Comandante!

BÁRBARA *(casi delirante).* - No puedo soportarlo más. ¡Marchen!

CUSINS *(a la procesión que aguarda en la calle*). - ¡Vamos! ¡Tocad, más! Immenso giubilo! *(Marca los tiempos con su tambor y la banda entona la marcha, que se va perdiendo mientras la procesión avanza rápidamente.)*

SEÑORA BAINES. - Debo ir con ellos, querida. Tú estás rendida; mañana estarás mejor. Nunca te perderemos. Vamos, Jenny: adelante con la vieja bandera. ¡Sangre y fuego! ... *(Sale marchando con la bandera.)*

JENNY. - ¡Gloria! ¡Aleluya! *(Sale marchando y floreando su pandereta.)*

UNDERSHAFT *(a Cusins, que marcha a su lado mientras va apianando el sonido del trombón).*-¡Mis ducados y mi hija!"

CUSINS *(siguiéndole).* - ¡Dinero y pólvora!

BÁRBARA. - ¡Embriaguez y muerte! Dios mío, ¿por qué me desamparas?

Se hunde en el banquillo, con el rostro sepultado entre las manos. La marcha se funde

en el silencio. Bill Walker se acerca a ella a hurtadillas.

BILL *(insultante).* - ¿A qué precio la salvación?

SHIRLEY. -No le pegues cuando está en el suelo.

BILL. -Ella me pegó cuando yo estaba perdido. ¿Por qué no voy a recobrar lo que es mío?

BÁRBARA *(alzando la cabeza).* -Yo no acepté tu dinero, Bill. *(Cruza el patio hacia el portón y vuelve la espalda a los dos hombres para ocultarles su rostro.)*

BILL *(despectivo, a sus espaldas).* -Claro, no era bastante para ella. *(Al volverse hacia el tambor, descubre la falta de la moneda.)* ¡Eh! Si usted no se la llevó, alguno la habrá alzado. ¿Adónde ha ido a parar? ¡Y ahora que nos cuenten que Jenny Hill no se la llevó, después de todo!

RUMMY *(chillando desde el desván).* - ¡Mientes tú, roñoso, tunante! Snobby Price la alzó del tambor cuando se llevó la gorra. Yo estuve aquí todo el tiempo y le vi cuando se iba.

BILL. - ¿Qué? ¡Robó mi dinero! ¿Por qué no le gritaste ladrón, vieja estúpida, basura?

RUMMY. -Para darte tu merecido por pegarme en la cara. Te costó una libra, eso es. *(Alzando un grito de escuálido triunfo*.) ¡Me la cobré! Ahora estoy a mano contigo. Ya pude vengarme... *(Bill arranca el tazón de manos de Shirley y lo arroja a Rummy. Ella cierra la puerta del desván y desaparece. El tazón golpea contra la puerta y cae hecho añicos.)*

BILL *(empieza a reírse).* - Dínos, viejo, ¿qué hora era esta mañana cuando ese que llaman Snobby Price fue salvado?

BÁRBARA *(volviéndose hacia él más sosegada, y con inquebrantable dulzura).*- Cerca de las doce y media, Bill. Y te quitó la esterlina a las dos menos cuarto. Yo lo sé. Pero tú no puedes perderla. Yo te la enviaré.

BILL *(su voz y expresión mejoran súbitamente).* -Ni aunque estuviera muriéndome de hambre. Yo no me vendo.

SHIRLEY. - ¿Que no? Te venderías al diablo por una botella de cerveza; sólo que no hay diablo que te la ofrezca.

BILL *(sin vergüenza).* -Eso haría, amigo, y a menudo lo hice, con toda alegría. Pero a ella no me vendo. *(Acercándose a Bárbara.)* ¿Quería mi alma, eh? Pues no la tiene.

BÁRBARA. -Casi la tuve, Bill. Pero te la hemos devuelto por diez mil libras esterlinas.

SHIRLEY. - ¡Más vale el dinero!

BÁRBARA. - No, Peter, su alma vale más que el dinero.

BILL *(a prueba de salvación).* - Es inútil; ahora no podrá dar vuelta las cosas. Yo no creo en todo eso; y hoy he visto que tenía razón. *(Se va.)* ¡Adiós, viejo pordiosero! ¡Ta, ta, comandante... Nieta de conde! *(Volviéndose desde el portón.)* ¿A qué precio la salvación? ¡Snobby Price! ... ¡Ja, ja!

BÁRBARA *(tendiéndole la mano).* - Adiós, Bill.

BILL *(turbado, casi se quita la gorra; en seguida se arrepiente, desafiante).* - Déjese... *(Bárbara deja caer la mano, desalentada. Él siente una punzada de remordimiento.)* Pero todo va bien, ¿sabe? Nada personal; ningún rencor. Adiós, muchacha. *(Él sale.)*

BÁRBARA.-Ningún rencor. Adiós, Bill.

SHIRLEY *(meneando la cabeza).* -Usted, en su inocencia, señorita, cree demasiado en él.

BÁRBARA *(acercándose a Shirley).* - Peter, ahora estoy igual que tú. Despojada y sin empleo.

SHIRLEY.-Usted tiene juventud y esperanza. Van dos a su favor.

BÁRBARA. - Yo te conseguiré trabajo, Peter. Esa será una esperanza para ti; a mí, la juventud tendrá que bastarme. *(Cuenta su dinero.)* Me queda bastante para dos tazas de té en Lockharts, una dosis de Rowton para ti y el tranvía y el ómnibus a casa. *(Él frunce el ceño y se incorpora, herido en su orgullo. Ella le toma de un brazo.)* No seas orgulloso, Peter; hay que dividirse con los amigos. Y prométeme que me hablarás y no me dejarás llorar. *(Le conduce hacia el portón.)*

SHIRLEY. - Yo no estoy acostumbrado a hablar con gente como usted...

BÁRBARA *(apremiante).* - Sí, sí; tienes que hablarme. Cuéntame de los libros de Tom Paine y las conferencias de Bradlaugh. Ven.

SHIRLEY. - ¡Ah, si usted leyera a Tom Paine con verdadera vocación, señorita! (Salen juntos por el portón.)

FIN DEL ACTO 2

ACTO 3

Al día siguiente, después del almuerzo, Lady Britomart se ha sentado a escribir en la biblioteca de Wilton Crescent. Sarah, en el sillón más próximo a la ventana, lee. Bárbara, en traje de calle, pálida y meditativa, se ha sentado en el sofá. Entra Charles Lomax. Adelantándose por entre el sofá y el escritorio, se sobresalta al ver a Bárbara con vestido moderno y tan abatida.

LOMAX. - ¡Has abandonado tu uniforme!

Bárbara no responde, pero muestra una expresión de pena.

LADY BRITOMART *(advirtiéndole en voz baja que proceda con cautela).* - ¡Charles!

LOMAX *(muy preocupado, se sienta benévolo en el sofá, junto a Bárbara).* - Lo lamento mucho, Bárbara. Sabes que yo te ayudé en todo lo que pude, con la concertina y lo demás. *(Trascendental.)* Sin embargo, nunca he cerrado mis ojos al hecho de que hay una dosis excesiva de necia charlatanería en el Ejército de Salvación. En cambio, en la Iglesia anglicana...

LADY BRITOMART. - Con eso basta, Charles. Diga algo más apropiado a su capacidad mental.

LOMAX. -Pero no cabe duda de que la Iglesia anglicana está a la altura de la capacidad general.

BÁRBARA *(oprimiéndole la mano.).* - Gracias por tu simpatía, Cholly. Ahora véte a mimar a Sarah.

LOMAX *(incorporándose y acercándose a Sarah).* -,Cómo está hoy mi queridísima?

SARAH. -Preferiría que no le dijeras a Cholly lo que tiene que hacer, Bárbara. Siempre va derechito a hacer lo que le dices. Cholly, esta tarde iremos al establecimiento en Perivale St. Andrew.

LOMAX. - , Que establecimiento?

SARAH. - La fundición de cañones.

LOMAX. - ¡Qué. .. ! ¿A la fábrica de tu progenitor?

SARAH. - Sí.

LOMAX. - ¡Quién diría!

Entra Cusins; trae mal aspecto. También él se sobresalta visiblemente al ver a Bárbara sin uniforme.

BÁRBARA. -Te esperaba esta mañana, Dolly. ¿No lo adivinaste?

CUSINS *(sentándose a su lado).* - Lo lamento. Pero acabo de desayunarme.

SARAH. - Nosotros acabamos de almorzar.

BÁRBARA. - ¿Has tenido una de tus noches blancas?

CUSINS. -No; pase una noche muy buena. En realidad, una de las noches más extraordinarias que he vivido.

BÁRBARA. - ¿En la reunión? CUSINS.-No; después de la reunión.

LADY BRITOMART. -Usted debía irse a la cama des

pués de la reunión. ¿Que anduvo haciendo?

CUSINS. - Bebiendo.

LADY BRITOMART. ¡Adolphus!

SARAH.- ¡Dolly!

BÁRBARA.-¡Dolly!

LOMAX.-¡Quien lo diría!

LADY BRITOMART. -¿Puedo preguntarle que anduvo bebiendo?

CUSINS. - Una especie diabólica de borgoña español, sin adición de alcohol; un borgoña abstemio, como si dijera. Es tan rico en alcohol natural, que hace superflua toda adición.

BÁRBARA. - ¿Estás bromeando, Dolly?

CUSINS *(paciente).*-No. He pasado la noche con el jefe nominal de esta familia: eso es todo.

LADY BRITOMART. - ¡Andrew le emborrachó!

CUSINS.-No; el sólo proveyó el vino. Creo que fue Dioniso quien me embriagó. *(A Bárbara)* Te dije que estaba poseído.

LADY BRITOMART. -No creo que este sobrio tampoco ahora. Váyase a su casa, derechamente a la cama.

CUSINS.-Nunca me aventure a hacerle ningún reproche, Lady Brit; pero, explíqueme, ¿cómo pudo casarse con el Príncipe de las Tinieblas?

LADY BRITOMART. - Es mucho más perdonable casarse con él que embriagarse con el. Debo confesar que esta es una nueva hazaña de Andrew. No acostumbraba a beber.

CUSINS. - Tampoco ahora. Él permaneció sentado frente a mí, completando la ruina de mi conciencia, el quebrantamiento de mis convicciones, la entrega de mi alma. Él te quiere, Bárbara. ¡Y eso le hace tan peligroso para mí!

BÁRBARA. - Eso no tiene nada que ver, Dolly. Hay amores más intensos y ensueños más divinos que los que se alimentan al calor del hogar. ¿Tú sabes eso, no es verdad?

CUSINS. - Sí; ese es nuestro mutuo acuerdo. Lo se. Lo mantengo. A menos que él pueda conquistarme en ese terreno sagrado, sólo podrá divertirme por un rato; pero no podrá asirme más hondamente, aun fuerte como es.

BÁRBARA. -Si a ello te atienes, el desenlace será feliz. . Cuéntame ahora lo que sucedió en la reunión.

CUSINS. - Fue una reunión sorprendente. La señora Baines casi se muere de la emoción. Jenny Hill se puso completamente histérica. El Príncipe de las Tinieblas tocó su trombón como un demente; sus rugidos de bronce eran las risas de los malditos. Y allí mismo se hicieron ciento diecisiete conversos. Rezaron con la más conmovedora sinceridad y gratitud a Bodger y al anónimo donante de las cinco mil libras. Tu padre no permitió que se mencionara su nombre.

LOMAX. -Eso habla en favor del viejo, ¿sabes? La mayoría hubiera aprovechado la propaganda.

CUSINS. - Él opuso que, si se conociera su nombre, todas las instituciones de caridad se le echarían encima como aves de rapiña.

LADY BRITOMART. -Ese es Andrew por donde se lo busque. Nunca hace una cosa decente sin dar para ello una razón indecente.

CUSINS.- Pues él, en cambio, me convenció de que en toda mi vida había cometido actos indecentes por razones decentes.

LADY BRITOMART. - Adolphus, ahora que Bárbara ha abandonado el Ejército de Salvación, mejor será que usted también se retire. No permitiré que siga tocando ese tambor por las calles.

CUSINS. - Sus órdenes ya han sido obedecidas, Lady Brit.

BÁRBARA. - ¿Obraste por lo menos de buena fe? ¿Te habrías convertido si nunca me hubieras visto?

CUSINS *(con falsedad).* -Pues... este ... bien, posiblemente como coleccionista de religiones ...

LOMAX *(ladino).* - Pero no como tambor, ya ves. Eres un sujeto muy inteligente y capaz, Dolly, y debes haber comprendido que hay una dosis excesiva de necia charlata nería en...

LADY BRITOMART. - Charles, si tiene usted que chochear, hágalo como un hombre crecido y no como un colegial.

LOMAX *(desconcertado).* - Pues chochear es chochear a cualquier edad del hombre. ¿No lo sabía?

LADY BRITOMART. - En la mejor sociedad de Inglaterra, Charles, los hombres chochean a toda edad repitiendo frases hechas, con aire de sabiduría. Los colegiales como usted fabrican sus propias frases hechas en una incomprensible jerigonza. Pero cuando llegan a su edad y obtienen puestos públicos y cosas por el estilo, abandonan ese lenguaje y se proveen de nuevas fórmulas en "The Spectator" o en el "Times". Mejor será que se limite al "Times". Hallará una dosis excesiva de necia charlatanería en el "Times", pero por lo menos su lenguaje es intachable.

LOMAX *(abrumado).* - Es usted tan terriblemente vigorosa en sus ideas, Lady Brit...

LADY BRITOMART. - ¡Tonterías! *(Entra Morrison.)* ¿Qué hay?

MORRISON. - Si me permite, milady, el señor Undershaft acaba de llegar a la puerta en su auto.

LADY BRITOMART. - Pues que pase. *(Morrison titubea.)* ¿Que te sucede?

MORRISON. - ¿Debo anunciarlo, señora... o está él aquí en su casa, por así decir, señora?

LADY BRITOMART. - Anúnciale.

MORRISON. - Gracias, milady. Espero que no la molestará mi pregunta, señora. La ocasión es, por así decir, nueva para mí.

LADY BRITOMART. -Tienes razón. Vé y hazle pasar.

MORRISON. -Gracias, milady. *(Se retira.)*

LADY BRITOMART. -Niños, a alistarse. *(Sarah y Bárbara se dirigen al piso alto en busca de sus abrigos).*

Charles, vé a decirle a Stephen que esté abajo dentro de cinco minutos; le hallarás en la sala. *(Sale Charles.)* Adolphus, dígales que tengan el carruaje a la puerta dentro de quince minutos. *(Sale Adolphus.)*

MORRISON *(desde la puerta).* - El señor Undershaft.

Entra Undershaft. Sale Morrison.

UNDERSHAFT. - ¡Sola! ... ¡Qué afortunado soy!

LADY BRITOMART *(incorporándose).* -No te pongas sentimental, Andrew. Siéntate. (Ella toma asiento en el sofá; él está al lado suyo, a su izquierda. Ella va derechamente al asunto antes de que él tenga tiempo siquiera de respirar.) Sarah necesitará recibir ochocientas esterlinas al año, hasta que Charles Lomax entre en posesión de su herencia. Bárbara necesitará algo más, y lo necesitará permanentemente, porque Adolphus no posee absolutamente nada.

UNDERSHAFT *(resignado).* - Sí, querida mía; yo cuidaré de ello. ¿Alguna otra cosa? ¿Para ti, por ejemplo?

LADY BRITOMART. -Quiero hablarte a propósito de Stephen.

UNDERSHAFT *(fastidiado).* -No, querida mía. Stephen no me interesa.

LADY BRITOMART. -Pues a mí, sí. Es nuestro hijo.

UNDERSHAFT. - ¿Lo crees sinceramente? Es verdad que él nos indujo a traerlo al mundo; pero me parece que ha elegido a sus padres incongruentemente. No veo nada de mí y muchos menos de ti en él.

LADY BRITOMART. - Andrew, Stephen es un hijo excelente y un hombre firme, capaz, magnánimo. Sólo que tú estás tratando de hallar una excusa para desheredarlo.

UNDERSHAFT. - Mi querida Biddy, quien lo deshereda es la tradición Undershaft. Sería deshonesto de mi parte dejarle la fundición de cañones a mi hijo.

LADY BRITOMART. - Sería absolutamente antinatural e indecoroso de tu parte dejársela a cualquier otro, Andrew. ¿Supones que esta perversa e inmoral tradición podrá mantenerse siempre? ¿Pretendes hacerme creer que Stephen no podría estar al frente de la fundición como tantos otros hijos de grandes empresas?

UNDERSHAFT. - Sí, Stephen podría aprender la rutina administrativa sin entender jamás el negocio, como tantos otros hijos; y la firma continuaría por su propio impulso hasta que el verdadero Undershaft -un italiano o un alemán probablemente- inventara un nuevo método y le suplantara definitivamente.

LADY BRITOMART. - No hay nada que puedan hacer un italiano o un alemán que Stephen no pueda hacerlo. Y Stephen es de buen linaje, por lo menos.

UNDERSHAFT. - ¡Vamos... el hijo de un expósito!

LADY BRITOMART. - ¡Es mi hijo, Andrew! ¡Y hasta tú podrías tener buena sangre

Librodot

en tus venas, por lo que sabes.

UNDERSHAFT. - Es verdad. Probablemente sea así. Ese es otro argumento a favor del expósito.

LADY BRITOMART. - Andrew, no seas irritante. Y no seas perverso. En este momento eres ambas cosas a la vez.

UNDERSHAFT. -Esta conversación forma parte de la tradición Undershaft, Biddy. No ha habido una sola esposa de un Undershaft que no le propinara este discurso desde que la casa existe. Pero insistir en esto es desperdiciar energías inútilmente. Si la tradición se rompiera alguna vez, sería a causa de un hombre mucho más hábil que Stephen.

LADY BRITOMART *(enfurruñada).* - Véte, entonces.

UNDERSHAFT *(con desaprobación).* - ¡Que me vaya! ...

LADY BRITOMART. - Sí, véte. Si no quieres hacer nada por Stephen, no tienes nada que hacer aquí. Véte con tu expósito, sea quien sea; y cuida de él.

UNDERSHAFT. -La verdad es, Biddy.. .

LADY BRITOMART. -No me llames Biddy. Yo no te llamo Andy.

UNDERSHAFT. -Pues no llamaré Britomart a mi propia esposa; no tiene sentido común. Seriamente, amor mío, la tradición Undershaft me ha puesto en grandes dificultades. Ya estoy entrado en años y mi socio Lazarus me ha planteado la situación e insiste en que decida la sucesión de uno u otro modo; por supuesto, tiene toda la razón. En fin, que aún no he hallado al sucesor.

LADY BRITOMART *(obstinada).* -Tienes a Stephen.

UNDERSHAFT. -Eso es lo más terrible: todos los expósitos que encuentro son exactamente iguales a Stephen.

LADY BRITOMART. - ¡Andrew!

UNDERSHAFT. -Quisiera un hombre sin familiares y sin instrucción: un hombre que no contara con nada salvo su fuerza. Y no puedo hallarle. Hoy en día todo bendito expósito es arrebatado desde su infancia por los hogares Barnardo[13], los Consejos de Educación, los Tribunales de Menores. Si demuestra la menor habilidad, entonces es presa segura de los maestros; le entrenan para ganar becas como si fuera un caballo de

[13] Hogares fundados por el Dr. Thomas John Barnardo (18451905) para niños expósitos. Esta institución filantrópica existe aun en nuestros días; se conocen varios volúmenes debidos al Dr. Barnardo acerca de la obra caritativa a que dedicó su vida.

carreras; le saturan de ideas de segunda mano, le ejercitan y disciplinan en la docilidad y lo que ellos llaman el buen gusto y le dejan lisiado para toda la vida de modo que ya no sirva sino para enseñar. Si quieres conservar la fundición en la familia, busca un expósito con esas condiciones y haz que se case con Bárbara.

LADY BRITOMART. - Ah... Bárbara! ¡Tu favorita! Sacrificarías a Stephen por Bárbara.

UNDERSHAFT. -Alegremente. Y tú, querida mía, cocinarías a Bárbara para darle la sopita a Stephen.

LADY BRITOMART. - Andrew, esta no es cuestión de preferencias; es cuestión de deber. Es tu deber nombrar a Stephen tu sucesor.

UNDERSHAFT. - Así como es tu deber someterte a tu marido. ¡Vamos, Biddy! Esas artimañas de la clase regente son inútiles conmigo. Yo también pertenezco a esa clase y es inútil predicar el evangelio a un misionero. Yo esgrimo el poder en este asunto; y no me dejaré engañar ni me dejaré usar para tus propósitos.

LADY BRITOMART. - Andrew, podrás discutir el tema hasta marearme; pero no podrás transformar el mal en bien. Y tienes la corbata torcida. Enderézala.

UNDERSHAFT *(desconcertado).* -No se queda en su lugar a menos que la sujete con un alfiler. *(Manosea la corbata con gestos infantiles. Entra Stephen.)*

STEPHEN *(desde la puerta)*.-Mil perdones. *(Está a punto de marcharse.)*

LADY BRITOMART. -Entra, Stephen. *(Stephen se adelanta hacia la mesa de escribir.)*

UNDERSHAFT *(poco cordial).* -Buenas tardes.

STEPHEN (*fríamente*). -Buenas tardes.

UNDERSHAFT *(a Lady Britomart).* - ¿Supongo que él conocerá muy bien la tradición?

LADY BRITOMART. -Sí. *(A Stephen.)* Tu padre se refiere a lo que conversamos anoche, Stephen.

UNDERSHAFT *(malhumorado).* -Tengo entendido que quieres dedicarte a fabricar cañones.

STEPHEN. - ¡Yo... ! ¡Yo dedicarme al comercio! ¡Jamás!

UNDERSHAFT *(abriendo los ojos, aclarada la mente y aliviada la expresión).* - ¡Oh, en ese caso... !

LADY BRITOMART. - Los cañones no significan un comercio, Stephen, sino una

empresa.

STEPHEN. -No tengo ninguna intención de convertirme en hombre de negocios. No tengo ninguna capacidad y ninguna inclinación. Quiero dedicarme a la política.

UNDERSHAFT *(incorporándose).* - Hijo mío, lo que acabas de decir representa un alivio inmenso para mí. Y confío en que probará ser igualmente provechoso para el país. Temía que te consideraras desairado y menospreciado. *(Se aproxima a Stephen queriendo estrechar su mano.)*

LADY BRITOMART *(se incorpora para interponerse entre ellos).* - Stephen, no puedo permitir que desdeñes una propiedad inmensa como ésa.

STEPHEN *(obstinado).* -Mamá, ¡basta de tratarme como a un niño! (Lady Britomart se aparta, profundamente herida por el tono de su voz.) Anoche no consideré seriamente tu actitud, porque no creí que tuvieras serias intenciones de cumplirla. Pero descubro ahora que siempre me has dejado en la oscuridad, aun en asuntos que debías haberme explicado hace años. Estoy profundamente herido y ofendido. Cualquier discusión posterior de mis propósitos será mejor mantenerla con mi padre, de hombre a hombre.

LADY BRITOMART. - ¡Stephen! (*Ella vuelve a sentarse y sus ojos se inundan de lágrimas.)*

UNDERSHAFT *(con profunda compasión).* - ¿Ves, querida mía?, sólo los grandes hombres pueden ser tratados como niños.

STEPHEN. - Lamento, mamá, que me hayas obligado...

UNDERSHAFT *(deteniéndole).* -Sí, sí, sí; todo eso está muy bien, Stephen. Ya no volverá a inmiscuirse en tus cosas; has conquistado tu independencia, has ganado tu llave. Ahora no insistas; y por sobre todas las cosas, no pidas disculpas. (Vuelve a su asiento.) En cuanto a tu futuro, de hombre a hombre... perdóname, Biddy, quise decir entre dos hombres y una mujer...

LADY BRITOMART *(que ha recobrado su calma completamente).*-Yo te comprendo, Stephen. Debes seguir tu propio camino, si te sientes con fuerza para ello. *(Stephen se acomoda magistralmente en la silla más próxima al escritorio, con ademán de afirmar su mayoría de edad.)*

UNDERSHAFT. -Queda decidido, entonces, que no deseas sucederme en la fundición.

STEPHEN. - Espero que se entienda definitivamente que repudio la fabricación de

cañones.

UNDERSHAFT. - ¡Vaya, vaya! No seas tan endiabladamente serio; eso es pueril. La libertad ha de ser generosa. Además, puesto que te desheredo, te debo un buen comienzo en la vida. Así, de pronto, no puedes llegar a primer ministro. ¿No sientes inclinación por otra cosa? ¿La literatura, el arte, o lo demás?

STEPHEN. -No hay nada del artista en mí, ni en aptitud ni en carácter, ¡gracias al cielo!

UNDERSHAFT. -¿Serás un filósofo? ¿Eh... ?

STEPHEN. -No tengo pretensión tan ridícula.

UNDERSHAFT. - Perfectamente. Aún te queda el ejército, la marina, la iglesia, la abogacía... La abogacía requiere alguna habilidad. ¿Qué te parecería?

STEPHEN. -No he estudiado leyes. Y me temo que no tenga suficiente empuje... - creo que ese es el nombre que dan los abogados a la vulgaridad de que hacen gala para poder abogar con éxito.

UNDERSHAFT. - Eres un caso complicado, Stephen. Difícilmente quede algo más... salvo el teatro, ¿verdad? *(Stephen hace un ademán impaciente.)* ¡Pues, vamos! ¿Hay algo que sepas o que te guste?

STEPHEN *(incorporándose y mirándole fijamente)* -.Conozco la diferencia entre el bien y el mal.

UNDERSHAFT *(enormemente divertido).* - ¡No me digas! ¡Qué! Ninguna capacidad para los negocios, ningún conocimiento de la ley, ninguna afición por el arte, ninguna pretensión a la filosofía; sólo el simple conocimiento del secreto que ha preocupado a todos los filósofos, desconcertado a todos los abogados, confundido a todos los negociantes y arruinado a casi todos los artistas: el secreto del bien y del mal. ¡Pero hombre, eres un genio, un maestro de maestros, un dios! ¡Y a los veinticuatro años, además!

STEPHEN *(conservando a duras penas su sangre fría).* - ¡Te encanta ser ocurrente! Yo no pretendo tener otra cosa que lo que todo caballero inglés honorable posee por herencia natural. *(Enfadado, se sienta.)*

UNDERSHAFT. - Oh, eso lo tenemos todos. ¡Mira si no a la pobrecita Jenny Hill, la muchacha salvacionista! Creerías que te estás riendo de ella si le pidieras que se parara en mitad de la calle a enseñar gramática, geografía, matemáticas y hasta bailes de salón; pero nunca se le ocurriría dudar que ella puede enseñar moral y religión.

Ustedes, la gente respetable, son todos iguales. Tú no sabrías decirme cuál es el límite de resistencia de un arma de fuego de veinticuatro centímetros, que es cosa muy sencilla; pero todos pretenden saber cuál es el límite de resistencia del hombre en la tentación. No se atreven a manejar explosivos; pero todos están dispuestos a manejar la honestidad, la verdad, la justicia y todos los deberes del hombre, aunque se maten unos a otros en el juego. ¡Qué país! ¡Qué mundo! ...

LADY BRITOMART *(incómoda).* - ¿Qué te parece que él debiera hacer, Andrés?

UNDERSHAFT. - Ah, lo que quiera. No sabe nada y cree que lo sabe todo. Eso señala indiscutiblemente hacia una carrera política. Consíguele un secretariado privado con alguien que pueda ascenderle luego a un subsecretariado; y luego déjalo solo. Hallará el lugar a que está predestinado cuando llegue por fin a su Cartera de Hacienda.

STEPHEN *(poniéndose de pie de un salto).* -Lamento, señor, que usted me obligue a olvidar el respeto que debo a mi padre. Soy inglés y no permitiré que se insulte al gobierno de mi país. *(Introduce las manos en los bolsillos y se encamina colérico hacia la ventana.)*

UNDERSHAFT *(con un matiz de rudeza).* - ¡El Gobierno de tu país! Yo soy el gobierno de tu país: yo y Lazarus. ¿Supones que tú y una media docena de improvisados como tú, sentados en fila en ese recinto de necia charlatanería, podéis gobernar a Undershaft y Lazarus? No, amigo mío: ustedes harán lo que a nosotros nos convenga. Harán la guerra y mantendrán la paz cuando a nosotros nos convenga. Comprenderán que el comercio exige ciertas medidas de gobierno, cuando nosotros decidamos esas medidas. Cuando yo necesite algo para elevar mis dividendos, descubrirán que mi deseo es una necesidad nacional. Cuando otros pretendan reducir mis dividendos, recurrirán ustedes a la policía y al ejército. Y a cambio de esto obtendrán el apoyo y el aplauso de mis periódicos, y la alegría de imaginar que son grandes estadistas. ¡El gobierno de tu país...! Vé, hijo mío, vé a jugar con tus juntas secretas, tus editoriales y tus partidos históricos, tus líderes prominentes, tus problemas candentes y todos los demás juegos. Yo volveré a mi despacho; yo soy quien paga a los músicos y quien ordena la música.

STEPHEN *(casi sonriente y apoyando una mano en el hombro de su padre con indulgencia).* -Vaya, querido papá, es imposible enfadarse contigo. No te imaginas qué absurdo me parece lo que dices. Tú estás justamente orgulloso de haber ganado

dinero en tus actividades; y reconozco que es un punto a tu favor haber ganado tanto. Pero eso ha ceñido tu vida a ciertos círculos donde eres apreciado y consentido únicamente por tu dinero, en vez de las escuelas públicas y las universidades -indudablemente muy anticuadas y atrasadas- en que yo he formado mi manera de pensar. Es natural que tú creas que el dinero gobierna a Inglaterra; pero permíteme opinar que yo sé más que tú.

UNDERSHAFT. - ¿Y qué es lo que gobierna a Inglaterra, entonces?

STEPHEN. - El carácter, papá, el carácter.

UNDERSHAFT. - ¿El carácter de quién? ¿El tuyo o el mío?

STEPHEN. - Ni el tuyo ni el mío, papá, sino el de los mejores elementos del carácter nacional inglés.

UNDERSHAFT. - Stephen, he hallado la profesión ideal para ti. Eres un periodista de nacimiento. Te iniciaré con una revista semanal muy aristocrática. ¡Eso es!

Stephen se acerca al escritorio y pasa revista a su correspondencia. Llegan Sarah, Bárbara, Lomax y Cusins dispuestos a partir. Bárbara cruza la habitación en dirección a la ventana y se queda mirando hacia afuera. Cusins vaga afablemente hacia el sillón y Lomax permanece cerca de la puerta, mientras Sarah se aproxima a su madre.

SARAH. - Vé a alistarte, mamá; el carruaje espera. *(Lady Britomart abandona la habitación.)*

UNDERSHAFT *(a Sarah).* - Buen día, querida. Buenas tardes, señor Lomax.

LOMAX *(lánguidamente).* - ¿Cómo está?

UNDERSHAFT *(A Cusins).* - Bastante bien después de lo de anoche, ¿eh, Eurípides?

CUSINS. -Tanto como era de esperarse.

UNDERSHAFT. -Muy bien. *(A Bárbara.)* ¿De modo que vas a visitar mi fábrica de muerte y devastación, Bárbara?

BÁRBARA *(desde la ventana).* -Ayer viniste a conocer mi fábrica de salvación. Te prometí devolverte la visita.

LOMAX *(adelantándose por entre Sarah y Undershaft).* - Te resultará sumamente interesante, Bárbara. Yo he visitado el Arsenal Woolwich; proporciona una estupenda sensación de seguridad, ¿sabes?, pensar en los miles de miserables que podríamos matar si se llegara a las armas. *(A Undershaft, con repentina solemnidad.)* Sin embargo, para usted ha de ser una reflexión horrenda, desde el punto de vista

religioso, como quien dice. Usted está envejeciendo y todo eso...

SARAH. - ¿Te molesta la imbecilidad de Cholly, papá?

LOMAX *(asombrado).* - ¡Quién lo diría... !

UNDERSHAFT. - El señor Lomax estudia el problema con el ánimo adecuado, querida.

LOMAX. -Eso es. Fue todo lo que quise decir, se lo aseguro.

SARAH. - ¿Vienes, Stephen?

STEPHEN. - Estoy algo ocupado... *(Magnánimo.)* Oh, bueno, sí: iré. Es decir, si hay lugar para mí.

UNDERSHAFT. - Dos pueden ir conmigo en un autito que estoy ensayando para usar en campaña. Si no les importa su aspecto... No lo han pintado aún; pero es a prueba de balas.

LOMAX *(aterrado ante la idea de pasar por Wilton Crescent en un auto sin pintar).* - ¡Quién diría... !

SARAH. -Para mí el carruaje, gracias. A Bárbara no le importa que la vean como sea.

LOMAX. - Dime, Dolly, ¿te importaría mucho viajar en un mamarracho? Porque claro, si te importa, yo... Pero...

CUSINS. -Casi prefiero.

LOMAX. - Gracias, viejo. Vamos, Sarah. *(Se apresura a ocupar un lugar en el carruaje. Sarah le sigue.)*

CUSINS *(encaminándose meditabundo hacia la mesa de trabajo de Lady Britomart).* -¿Por qué vamos nosotros dos a conocer la sala de máquinas del infierno? Me pregunto. No sé contestarme.

BÁRBARA. -Siempre me lo he imaginado como un foso tenebroso donde criaturas extraviadas, de rostros ennegrecidos, removían humeantes fogatas y eran dirigidas atormentadas por mi padre. ¿Es así, papito?

UNDERSHAFT *(escandalizado).* - ¡Hija mía! Es un pueblo inmaculadamente limpio y hermoso.

CUSINS. - ¿Con una capilla metodista? Sí, diga que tiene una capilla metodista...

UNDERSHAFT. - Dos: una de la Secta Primitiva y otra de la sofisticada. Hasta existe una sociedad ética; pero no tiene mucho arraigo porque mis hombres son todos profundamente religiosos. En los depósitos de explosivos protestan contra la presencia de agnósticos porque lo consideran peligroso.

CUSINS. - ¡Y no protestan por su presencia!

BÁRBARA. - ¿Obedecen todas tus órdenes?

UNDERSHAFT. -Jamás doy una orden. Cuando hablo con alguno no es más que un "¿Qué tal, Jones, cómo va el hijo?" y "Ya está mejor la señora Jones?" "Van bien, gracias, señor". Y nada más.

CUSINS. - Pero Jones tiene que cumplir con su trabajo. ¿Cómo mantiene usted la disciplina entre los obreros?

UNDERSHAFT. - Yo no tengo nada que hacer. Todo lo hacen ellos. Verá usted, lo único que Jones no soportaría es la indisciplina del obrero que está por debajo de él, o cualquier aseveración de igualdad social entre la señora Jones y la mujer del obrero que gana cuatro chelines semanales menos que él. ¡Claro que todos se rebelan contra mí... teóricamente! Prácticamente, cada uno de ellos mantiene en su lugar al que está en el puesto inferior al suyo. Yo nunca me entrometo con ellos. Jamás les doy órdenes. Ni siquiera a Lazarus. Digo que tienen que hacerse ciertas cosas; pero no ordeno a nadie que las haga. No quiero decir con esto, fíjense bien, que no se den órdenes o que falten los vanidosos y los despreciados. Los obreros desprecian y mandan a los aprendices; los carreteros desprecian a los barrenderos; los artesanos desprecian a los peones; los capataces ordenan y amedrentan a peones y artesanos; los ayudantes de ingenieros se quejan de los capataces; los ingenieros en jefe reprenden a sus ayudantes; los jefes departamentales molestan a los jefes de sección y los oficinistas usan sombrero de copa y libro de himnos bajo el brazo y mantienen el tono social rehusando asociarse con nadie en términos de igualdad. El resultado de todo esto es una ganancia colosal, que va a parar a mis bolsillos.

CUSINS *(sublevándose).* -Usted es... bueno, lo que decía yo ayer.

BÁRBARA. - ¿Qué te decía él ayer?

UNDERSHAFT.-No te importe, querida. Él cree que, te he hecho infeliz. ¿Es así?

BÁRBARA. - ¿Crees que puedo ser feliz en este vulgar vestido? ¡Yo... que he usado el uniforme! ¿No comprendes lo que me has hecho? Ayer tenía un alma humana en mis manos. La ponía en camino a la vida con el rostro vuelto hacia la salvación. Pero, en cuanto se aceptó tu dinero, volvió a la embriaguez y a la perdición. *(Con intensa convicción.)* Nunca te lo perdonaré. Si yo tuviera un hijo y tú destruyeras su cuerpo con tus explosivos, si mataras a Dolly con tus espantosas armas, yo te perdonaría... si mi perdón sirviera para abrirte las puertas del cielo. Pero quitarme un alma

Librodot

humana para convertirla en alma felina... ¡eso es peor que cualquier asesinato!

UNDERSHAFT. - ¿Y es mi hija quien desespera tan fácilmente? ¿Puedes llegar al corazón de un hombre y dejarle sin una señal?

BÁRBARA *(su rostro se ilumina).* - Oh, tienes razón: él no está perdido; ¿dónde estaba mi fe?

CUSINS. - ¡Oh, pícaro, pícaro endiablado!

BÁRBARA. - Podrás ser el diablo; pero Dios habla por tu boca alguna vez. *(Toma las manos de su padre y las besa.)* Me has devuelto mi felicidad; aunque mi espíritu esté convulsionado, lo siento profundamente.

UNDERSHAFT. - Has aprendido algo. Y siempre al principio se siente como si se hubiera perdido algo.

BÁRBARA. -Llévame entonces a las fábricas de la muerte y déjame aprender algo más. Debe haber alguna verdad tras esta espantosa ironía. Ven, Dolly. *(Ella sale.)*

CUSINS. - ¡Mi ángel guardián! *(A Undershaft.)* ¡Atrás! *(Sale detrás de Bárbara.)*

STEPHEN *(tranquilamente, desde el escritorio).* - No debes preocuparte por Cusins, padre. Es un muchacho bueno y afable; pero es un erudito en griego y, por lo tanto, bastante excéntrico.

UNDERSHAFT. - Ah, precisamente.. Gracias, Stephen. Gracias. *(Sale.)*

Stephen sonríe condescendiente, se abotona el abrigo con suma seriedad y cruza la habitación hacia la puerta. Lady Britomart, ataviada como para salir, la abre antes de que él le dé alcance. Mira a su alrededor buscando a los demás, mira a Stephen y se vuelve para irse sin pronunciar una palabra.

STEPHEN *(aturdido).* - Mamá...

LADY BRITOMART. -No te disculpes, Stephen. No olvides que has dejado de ser niño. *(Sale.)*

Perivale St. Andrew es una aldea ubicada entre dos colinas de Middlesex, casi recostada sobre la ladera septentrional. Sus casas de paredes blancas y techos de tejas rojas o angostas pizarras verdes, altos árboles, sus cúpulas, campanarios y delgadas chimeneas -en una población casi sin humo de fábricas- hacen de ella una aldea hermosa en sus líneas y su ubicación. El mejor panorama es el que se obtiene desde una loma situada a un kilómetro más hacia el este, donde se manipulan los explosivos de gran poder. La fundición descansa en el valle formado por ambas montañas, y los extremos de sus chimeneas surgen a la distancia como las piezas de

un enorme juego de bolos. Sobre esta loma se ha construido una plataforma de cemento, con un parapeto que semeja una fortificación, donde un enorme cañón del antiguo modelo "Woolwich Infant" apunta hacia la población. El cañón ha sido apostado sobre una cureña experimental; posiblemente sea este el modelo original del cañón de cureña ocultable marca Undershaft, a que antes aludiera Stephen. El parapeto contra incendios, que puede servir de asiento, está provisto, aquí y allá, de almohadones de paja redondos, y en cierto lugar ostenta el lujo adicional de una manta de piel.

Bárbara, inclinada sobre el parapeto, contempla la aldea. A su derecha está el cañón y a su izquierda el techo de un cobertizo construido sobre estacas, con tres o cuatro peldaños hasta la puerta que se abre hacia afuera; en el pequeño descanso de madera del umbral se ha colocado un cubo de arena. Varios peleles de uniforme, rellenos de paja, más o menos mutilados, con el relleno que se les sale por las cuchilladas, han sido apilados debajo del descanso. Dos o tres se hallan recostados contra el cobertizo y uno ha caído hacia adelante y yace, como un grotesco cadáver, sobre el parapeto. El parapeto termina a alguna distancia del cobertizo y entre ambos comienza el camino que desciende la colina, recorre la fundición y avanza hacia el pueblo. Detrás del cañón, un vehículo transporta una enorme granada cónica en que se ha pintado una banda roja. Se ha dispuesto una silla de tijera, próxima al parapeto, junto a la puerta de un despacho que, como los cobertizos, es una construcción extraordinariamente liviana.

Cusins sube por el camino, de regreso de la aldea.

BÁRBARA.- ¿Y ... ?

CUSINS.-Ni un rayo de esperanza. Todo tan perfecto, maravilloso, verdadero... Sólo necesitaría una catedral para ser una ciudad paradisíaca y no diabólica.

BÁRBARA. - ¿Averiguaste si han hecho algo por el viejo Peter Shirley?

CUSINS. - Lo emplearon como sereno. Pero se siente horriblemente desdichado. Se queja de que es trabajo cerebral y él no está acostumbrado a eso; además su vivienda es tan pulcra que le intimida usar las habitaciones y remolonea por el fregadero.

BÁRBARA. - ¡El pobre Peter! ...

Stephen llega del pueblo trayendo un anteojo de largavista.

STEPHEN *(entusiasmado).* - ¿Han recorrido todo? ¿Por qué se separaron?

CUSINS. -Yo quise ver lo que no querrían mostrarme. Bárbara quiso conversar a

solas con los obreros.

STEPHEN. - ¿Encontraron algo reprochable?

CUSINS.-Nada. Le llaman Dandy Andy, están orgullosos de que sea un pícaro redomado; pero todo es tan horrible, aterradora, inmoral, incontrovertiblemente perfecto...

Llega Sarah.

SARAH. -¡Cielos! ¡Qué sitio es éste! *(Cruza el escenario hacia el vehículo.)* ¿Vieron la sala de niños? *(Se sienta sobre la granada.)*

STEPHEN. -¿Las escuelas... las bibliotecas... ?

SARAH. -¿El salón de baile y la sala para banquetes del municipio?

STEPHEN. - ¿Se enteraron del fondo para seguros, para pensiones, la sociedad constructora, los varios ofrecimientos de cooperación?

Undersha f t sale de la oficina, con un fárrago de telegramas y cables en la mano.

UNDERSHAFT. - ¿Ya han visto todo? Lamento no haber podido acompañarles. *(Señalando los telegramas.)* Noticias de Manchuria.

STEPHEN. - Buenas noticias, espero.

UNDERSHAFT. - Mucho.

STEPHEN. - ¿Otra victoria japonesa?

UNDERSHAFT. -Eso no sé. A nosotros no nos importa quien gana. No, la buena noticia es que la flota aérea ha tenido un éxito tremendo. A la primera tentativa ha volado un fuerte con trescientos soldados.

CUSINS *(desde la plataforma).* - ¿Muñecos?

UNDERSHAFT. -No, estos son de verdad. *(Cusins y Bárbara se miran. Luego Cusins se sienta en el escalón y hunde la cara entre las manos. Bárbara, grave, apoya una mano consoladora en su hombro, y él alza su mirada hacia ella con violenta expresión desesperada.)* ¿Y bien, Stephen, qué te parece este sitio?

STEPHEN. - ¡Oh, magnífico! Un perfecto triunfo de organización. Francamente, querido papá, he sido un tonto; no tenía idea de lo que esto significaba... de la magnífica previsión, el poder de organización, la capacidad administrativa, el genio financiero, el capital colosal que esto representa. Me he dicho y repetido mientras recorría estas calles: "La Paz tiene sus victorias no menos gloriosas que la Guerra." *(Pausa.)* Pero tengo ciertos recelos hacia todo esto.

UNDERSHAFT. - Confiésalos.

STEPHEN. -Pues no puedo dejar de pensar que toda esta previsión por las necesidades de los obreros puede minar su independencia y debilitar su sentimiento de responsabilidad. Que así como paladeamos el té servido en ese espléndido restaurante -¡no me imagino cómo pueden servirnos con tanto lujo y toda esa torta con crema y mermelada por tres peniques!-, no debes olvidar que los restaurantes destruyen la vida familiar. ¡Mira lo que sucede en la Europa continental, por ejemplo! ¿Estás seguro de que tanto cuidado es realmente sano para el carácter de los hombres?

UNDERSHAFT. -Pues verás, hijo mío: cuando organizas una civilización tienes que decidir previamente si las dificultades y las preocupaciones son o no factores positivos. Si decides que lo son, entonces te abstienes simplemente de organizar la civilización y ahí te quedas; con bastantes dificultades y preocupaciones para convertir a todos en ángeles. Pero si decides lo contrario, más te vale realizarlo íntegramente. Sin embargo, Stephen, nuestro carácter está a salvo aquí. La suficiente dosis de preocupación la provee siempre el hecho de que podemos volar en añicos en cualquier momento.

SARAH. - A propósito, papá, ¿dónde fabrican los explosivos?

UNDERSHAFT. - En cobertizos separados como ése. Así, cuando uno de ellos estalla, cuesta muy poco; y sólo las personas más próximas pierden la vida.

Stephen, que está muy próximo al cobertizo, lo mira bastante asustado y se aparta rápidamente aproximándose al cañón. En el mismo momento la puerta del cobertizo se abre bruscamente y un capataz en overall y pantuflas sale al descanso y mantiene la puerta abierta para dar paso a Lomax, que sale al umbral.

LOMAX *(con estudiada indiferencia).* -Estimado amigo, no necesita ponerse nervioso. Nada le va a suceder; y supongo que no sería el fin del mundo si sucediese. Un poquito de valentía británica es lo que usted necesita, amigo. *(Desciende y se acerca lentamente a Sarah.)*

UNDERSHAFT *(al capataz).* - ¿Sucede algo, Bilton?

BILTON *(con tranquila ironía*). - El caballero entró en el cobertizo de explosivos y encendió un cigarrillo, señor; eso fue todo.

UNDERSHAFT. - Ah, nada más... *(A Lomax.)* ¿No recuerda por casualidad qué hizo con el fósforo?

LOMAX. - ¡Vamos! No me creerá un idiota. Tuve buen cuidado de extinguirlo antes de aplastarlo.

BILTON. - Por dentro estaba al rojo, señor.

LOMAX. -¡Y aunque lo estuviera! Yo no lo arrojé entre las masas.

UNDERSHAFT. -No se preocupe más, señor Lomax. ¿Me permite sus cerillas?

LOMAX *(ofreciéndole la cajetilla).* - Por supuesto.

UNDERSHAFT. - Gracias. *(La guarda en el bolsillo.)*

LOMAX *(instruyendo en general a los presentes).* - Sabrán ustedes que estos explosivos no estallan como la dinamita, salvo cuando se disponen dentro de un arma. Cuando el polvo está desparramado puede acercársele un fósforo sin el menor riesgo; y se quema tranquilamente como si fuera papel. *(Entusiasmándose con el interés científico del tema.)* ¿Lo sabía usted, Undershaft? ¿Ha probado alguna vez?

UNDERSHAFT. -Nunca en gran escala, señor Lomax. Pero Bilton le dará una muestra de algodón pólvora antes de que se vaya, si se lo pide. Podrá hacer la prueba en su casa. *(Bilton le observa, incrédulo.)*

SARAH. - Bilton no hará nada por el estilo, papá. Supongo que es asunto tuyo matar rusos y japoneses; pero bien puedes privarte de matar al pobre Cholly. *(Bilton se rinde y regresa al cobertizo.)*

LOMAX. - Adorada mía, no existe ningún peligro. *(Se sienta a su lado, encima de la granada.)*

Lady Britomart regresa del pueblo con un ramo de flores.

LADY BRITOMART *(situándose impetuosa entre Undershaft y la silla de tijera).* - Andrew, no debiste traerme a ver este sitio.

UNDERSHAFT. - ¿Por qué, querida?

LADY BRITOMART. -No preguntes por qué; no debiste y eso es todo. ¡Pensar que todo esto *(señala hacia el pueblo)* es tuyo! ¡Y que lo has guardado para ti todos estos años!

UNDERSHAFT. -No me pertenece. Yo le pertenezco. Es la herencia de los Undershaft.

LADY BRITOMART. -No es cierto. Tus ridículos cañones y esa estrepitosa fábrica bum-bum-beante podrán ser la herencia de los Undershaft. Pero la platería y la mantelería, todos esos muebles y esas casas con sus huertas y jardines nos pertenecen. Son nuestras. Me pertenecen a mí; no son cosas de hombres. Y yo no las cederé. Debes estar fuera de tus casillas para abandonar todo esto; y si persistes en esa locura, llamaré a un médico.

UNDERSHAFT *(inclinándose para aspirar la fragancia de las flores).* - ¿De dónde has sacado estas flores, querida?

LADY BRITOMART. -Tus obreros me las obsequiaron en la iglesia obrera William Morris.

CUSINS *(incorporándose de un salto).* - ¡Oh, eso es lo que faltaba! ¡Una iglesia obrera... !

LADY BRITOMART. -Sí, con la frase de Morris escrita en letras de azulejos de tres metros de altura, alrededor de la cúpula. "No hay hombre bastante bueno para ser el amo de otro hombre." ¡Qué cinismo!

UNDERSHAFT. -Al principio los obreros se asombraron un poco. Pero ahora no le prestan más atención que a los diez mandamientos.

LADY BRITOMART. - ¡Andrew! Estás tratando de alejarme del tema de la herencia con tus bromas profanas. Pues no lo conseguirás. Ya no te lo pido para Stephen; él ha heredado demasiado de tu perversidad para servir el propósito. Pero Bárbara tiene sus derechos igual que Stephen. ¿Por qué no puede Adolphus recibir la herencia? Yo podría administrar la aldea y él se ocuparía de los cañones, si son verdaderamente necesarios...

UNDERSHAFT. -No pediría nada mejor que Adolphus, si se tratara de un expósito. Es exactamente la clase de sangre nueva que necesitamos en las empresas inglesas. Pero él no es un expósito y no hay más que hablar.

CUSINS *(diplomático).* -Yo no estaría tan seguro. *(Todos se vuelven y le miran fijamente. Él desciende la plataforma, pasando el cobertizo y se aproxima a Undershaft.)*

Me parece... -vea que mi opinión no compromete en absoluto mi futura decisión- pero me parece que esa dificultad puede descartarse.

UNDERSHAFT. - ¿Qué quiere decir?

CUSINS. - Pues tengo algo que decirles que, en cierto modo, tiene el carácter de una confesión.

SARAH
LADY BRITOMART } ¡Una confesión...
BÁRBARA
STEPHEN

LOMAX. - ¿Quién lo diría ... !

CUSINS. - Sí, una confesión. Escúchenme, todos. Hasta que conocí a Bárbara me consideré en general un hombre honorable, sincero, porque ansiaba la aprobación de mi conciencia más que cualquier otra cosa. Pero en cuanto vi a Bárbara la deseé mucho más que la aprobación de mi conciencia.

LADY BRITOMART. - ¡Adolphus!

CUSINS. -Es verdad. Usted misma me acusó, Lady Brit, de enrolarme en el Ejército para adorar a Bárbara; y eso fue lo que hice. Ella compró mi alma como se compra una flor en una esquina; pero la compró para sí.

UNDERSHAFT. - ¿Qué? ¿No fue para Dioniso o algún otro?

CUSINS. - Dioniso y los otros están en ella. Yo la adoraba por lo que tenía de divino, y era por lo tanto un sincero devoto. Pero también me sentía románticamente atraído por ella. Yo la había creído una mujer de pueblo y pensaba que un casamiento con un profesor de griego estaría mucho más allá de las fantásticas aspiraciones de su rango.

LADY BRITOMART. - ¡Adolphus ... !

LOMAX. -¡Quién lo diría... !

CUSINS. - Cuando supe la horrible verdad...

LADY BRITOMART. -¿Qué quiere decir usted con la horrible verdad?, explíquese.

CUSINS. - Que era enormemente rica; que su abuelo era conde; que su padre era el Príncipe de las Tinieblas...

UNDERSHAFT. - ¡Vamos... !

CUSINS y que yo resultaba así un aventurero a la caza de una muchacha adinerada; entonces me rebajé a engañarla en lo que concernía a mi nacimiento.

LADY BRITOMART. -¡Su nacimiento! Vamos, Adolphus, no se atreva a inventar una mentira a causa de estos despreciables cañones. Recuerde que he visto fotografías de sus padres; y el Representante General de Australia meridional me dijo que los conoce personalmente y que son un matrimonio respetable.

CUSINS. - Eso será en Australia; aquí son proscritos. Allá su matrimonio será legal, no lo niego, pero no lo es en Inglaterra. Mi madre es la hermana de la difunta esposa de mi padre; y en estas islas soy por consiguiente un expósito. *(Sensación.)* ¿Le parece bastante bueno el subterfugio, Maquiavelo?

UNDERSHAFT *(pensativo).* - ¡Biddy... ! Esta puede ser la solución al problema.

LADY BRITOMART. -¡Tonterías! Un hombre no puede hacer mejores cañones sólo porque es su propio primo en vez de ser quien es. *(Se sienta en la silla tijera con un*

brinco que expresa su absoluto desdén por toda esta casuística.)

UNDERSHAFT *(a Cusins).* -Usted es un hombre culto. Eso va contra la tradición.

CUSINS. -Sólo una de cada diez mil veces resulta que el estudiante es maestro nato de lo que tratan de enseñarle. El griego no ha destruido mi mente: la ha fortificado. Además, no lo estudié en una escuela pública inglesa.

UNDERSHAFT. - ¡Hummm! Bueno, no puedo ser demasiado exigente; usted ha puesto en aprietos el mercado de expósitos. ¡Servirá! Eurípides, eres elegible.

BÁRBARA *(desciende de la plataforma y se sitúa entre Cusins y Undershaft).* - Dolly, ayer por la mañana, cuando Stephen nos explicaba esta tradición, tú estabas extrañamente silencioso; y has estado muy extraño e inquieto desde entonces. ¿Pensabas acaso en tu nacimiento?

CUSINS. -Cuando el índice del Destino repentinamente señala a un hombre en mitad de su desayuno, le torna pensativo. *(Bárbara se aleja tristemente y se acerca a su madre, mientras escucha perturbada la conversación.)*

UNDERSHAFT. - ¡Ajáaa! Conque le habías echado el ojo al negocio, ¿eh?

CUSINS. - ¡Cuidado! ... Existe un abismo de horror moral que me aparta de su detestable flota aérea.

UNDERSHAFT. -No te preocupe el abismo por ahora. Fijemos los detalles prácticos y luego vendrá la decisión final. Sabes que tendrás que cambiar tu nombre. ¿Hay algún inconveniente?

CUSINS. - ¿Puede un hombre que se llama Adolphus -¡un hombre a quien llaman Dolly!- objetar que lo llamen de cualquier otro modo?

UNDERSHAFT. - De acuerdo, entonces. ¡Y ahora, al dinero! Me propongo tratarte generosamente desde el principio. Comenzarás con mil al año.

CUSINS *(con repentina vehemencia, los anteojos titilando de picardía).* - ¡Mil! ¡Se atreve usted a ofrecer mil miserables esterlinas al hijo político de un millonario! Por los cielos... ¡no, Maquiavelo! ¡A mí no me va a estafar! Usted no podría arreglárselas sin mí; pero yo puedo seguir perfectamente sin usted. Necesito dos mil quinientas esterlinas al año durante los primeros dos años. Al final de ese período, si he fracasado, me retiro. Pero, si he triunfado, seguiré en la empresa y tendrá usted que entregarme otras cinco mil.

UNDERSHAFT. -¿Qué otras cinco mil?

CUSINS. -Las que faltan para que en esos dos años se me reconozcan cinco mil al

año. Las dos mil quinientas no son más que la mitad, por si resulto un fracaso. Y a partir del tercer año necesito el 10 % de las ganancias.

UNDERSHAFT *(sobresaltado).* - ¡El diez por ciento! Pero, hombre, ¿sabe a cuánto ascienden mis ganancias?

CUSINS. - Fabulosas, espero; porque de otro modo tendría que pedir el veinticinco por ciento.

UNDERSHAFT. - Pero, señor Cusins, este es un asunto financiero sumamente serio. Usted no aporta ningún capital a la empresa.

CUSINS. - ¿Qué? ¡Ningún capital! ¿Acaso ni dominio del griego no significa un capital? ¿Acaso mi acceso al pensamiento más espiritual, a la poesía más excelsa creada por la humanidad, no significa un capital? ¡Y mi carácter, mi intelecto, mi vida, mi carrera, lo que Bárbara llama mi alma!, ¿no significa un capital? Diga una palabra más y doblaré mi sueldo.

UNDERSHAFT. - Sea razonable...

CUSINS *(terminante).* -Señor Undershaft, esas son mis condiciones. Acéptelas o rechácelas.

UNDERSHAFT *(reponiéndose).* -Muy bien. He tomado nota de sus condiciones y le ofrezco la mitad.

CUSINS *(decepcionado*). -¡La mitad!

UNDERSHAFT *(firme).* -La mitad.

CUSINS. - Se considera usted un caballero; ¡y me ofrece la mitad!

UNDERSHAFT. -No me considero un caballero; pero le ofrezco la mitad.

CUSINS. - ¡Soy su futuro socio, su sucesor, su hijo político!

BÁRBARA.-Vende tu alma, Dolly, no la mía. Déjame fuera del contrato, te lo ruego.

UNDERSHAFT. - ¡Vaya!, iré un poco más lejos a causa de Bárbara. Le daré las tres quintas partes; pero es mi última palabra.

CUSINS. -¡Trato hecho!

LOMAX. - ¡Es una estafa! Yo apenas recibo ochocientas libras esterlinas.

CUSINS. - A propósito, Mac, yo soy un erudito clásico, pero no aritmético. ¿Tres quintos es más o menos que la mitad?

UNDERSHAFT. - Más, por supuesto.

CUSINS. - Yo hubiera aceptado doscientas cincuenta libras. ¡Cómo pudo usted triunfar en los negocios cuando está dispuesto a pagar tanto dinero a un profesor

universitario que, evidentemente, no merece ni el salario de un pinche de oficina! ¿Qué dirá Lazarus?

UNDERSHAFT. - Lazarus es un judío romántico a quien no se le importa de nada salvo de cuartetos de cuerdas y butacas en los teatros elegantes. A él le atribuirán los beneficios de su rapacidad en cuestión dinero, así como hasta ahora le han atribuído la mía. Es usted un tiburón de primer orden, Eurípides. ¡Tanto mejor para la firma!

BÁRBARA.- ¿Han cerrado el trato, Dolly? ¿Tu alma ya le pertenece?

CUSINS. -No, hemos decidido el precio; eso es todo. La verdadera contienda está aún por venir. ¿Y en cuanto a la cuestión moral?

LADY BRITOMART. -No existe ningún problema moral en el asunto, Adolphus. Debes limitarte a vender cañones y armas a la gente cuya causa es justa y decente, y rehusarlos a extranjeros y criminales.

UNDERSHAFT *(decidido).*-No; nada de eso. Tiene que profesar la fe sincera del armero, o no entra usted aquí.

CUSINS. - ¿Cuál, si puede saberse, es la fe sincera del armero?

UNDERSHAFT. - Dar armas a todos los hombres que ofrezcan un precio razonable por ellas, sin respeto a las personas o los principios: al aristócrata y al republicano, al nihilista y al zar, al capitalista y al socialista, al protestante y al católico, al ladrón y al policía, al negro, al blanco, al amarillo, a todas las clases y condiciones sociales, a todas las nacionalidades, todos los credos, todos los desatinos, todas las causas y todos los crímenes. El primer Undershaft inscribió en su fábrica esta leyenda: Si DIOS DIO LA MANO, NO NIEGUE AL HOMBRE LA ESPADA. El segundo escribió más arriba: TODOS TIENEN DERECHO A LUCHAR; NADIE EL DERECHO DE JUZGAR. El tercero anotó: AL HOMBRE, EL ARMA; AL CIELO, LA VICTORIA. El cuarto no tenía inclinaciones literarias, de modo que nada anotó; pero le vendía cañones a Napoleón bajo las narices de Jorge III. El quinto inscribió: NO PREVALECERÁ LA PAZ, SALVO ESPADA EN MANO. El sexto, mi maestro, fue el más acertado de todos; anotó: NADA SE HACE JAMÁS EN ESTE MUNDO HASTA QUE LOS HOMBRES NO SE APRESTAN A MATARSE PARA QUE SE HAGA. Después de esto, al séptimo no le quedaba nada que decir, de modo que anotó simplemente: SIN AVERGONZARSE.

CUSINS. - Mi buen Maquiavelo, también yo inscribiré mis palabras en la pared; sólo que, como las escribiré en griego, no podrá usted leerlas. Pero en cuanto a la fe del

armero, si estiro mi cuello fuera del dogal de mi moralidad, no será para meterlo en el dogal de la suya. Venderé cañones a quien quiera y se los negaré a quien quiera.

UNDERSHAFT. - Desde el momento en que se convierta usted en Andrew Undershaft jamás hará nada de lo que quiera. No venga usted aquí codiciando poder, amigo.

CUSINS. -Si el poder fuera mi ambición, no vendría aquí a buscarlo. Usted no tiene poder.

UNDERSHAFT. -Ningún poder propio, ciertamente.

CUSINS.-Yo tengo más poder. Usted no maneja todo esto; esto lo maneja a usted. ¿Y qué es lo que maneja todo esto?

UNDERSHAFT *(enigmático).* -Una voluntad de la que soy parte.

BÁRBARA *(sobresaltada).* -¡Papá! ¿Sabes lo que estás diciendo? ... ¿O es una trampa que tiendes a mi alma?

CUSINS.-No prestes atención a esta metafísica, Bárbara. Todo esto está en manos de la más tunantesca sociedad, de los buscadores de fortunas, los buscadores de placeres, los buscadores de ascensos militares... y él es su esclavo.

UNDERSHAFT. - No del todo. Recuerde la fe del armero. Venderé al hombre bueno tan alegremente como al malvado. Si ustedes, buenas gentes, prefieren predicar en vez de comprar mis armas y luchar contra los malvados, no me culpen a mí. Yo puedo fabricar cañones; no puedo fabricar la valentía y la convicción. ¡Bah! Me cansa usted, Eurípides, con toda su filosofía de moralidad. Pregúnteselo a Bárbara; ella lo comprende. (Repentinamente le toma las manos y la mira con fuerza en los ojos.) Díle, querida, lo que significa el poder.

BÁRBARA *(hipnotizada).* - Antes de enrolarme en el Ejército de Salvación yo era dueña de mi voluntad, y en consecuencia nunca sabía qué hacer de mí. Ya en el Ejér cito, nunca tuve tiempo suficiente para todas las cosas que tenía que hacer.

UNDERSHAFT *(en aprobación).* - Precisamente. ¿Y por qué todo eso? ¿Cómo te lo explicas?

BÁRBARA. -Ayer hubiera dicho: porque estaba en poder de Dios. *(Recobra su aplomo y retira sus manos de las de su padre con fuerza igual a la suya.)* Pero viniste tú y me demostraste que estaba yo en poder de Bodger y Undershaft. Hoy siento... ¡Oh! ¿Cómo expresarlo en palabras? Sarah, ¿recuerdas el terremoto de Cannes, cuando éramos niñas? ... ¿Recuerdas qué poco significó la sorpresa de la primera

conmoción comparada con el terror y el pavor de esperar la segunda? Así es como me siento ahora aquí. Estaba de pie sobre la roca que creía eterna, y sin una palabra de advertencia se tambaleó y desmoronó bajo mis pies. Me sentía segura, vigilada por una sabiduría infinita, como un ejército que marchara conmigo a la salvación, y en un momento, a un trazo de tu pluma en la libreta de cheques, me quedé sola y los cielos quedaron desierto. Esa fue la primera conmoción del terremoto; estoy esperando la segunda.

UNDERSHAFT. -¡Vamos, vamos, hija mía! No magnifiques tu diminuta tragedia. ¿Qué hacemos aquí cuando tras de invertir años de trabajo y cientos de proyectos y miles de esterlinas al contado en un nuevo cañón o una flota aérea, resulta inútil por una insignificancia? Pues la abandonamos. Abandonamos la tarea sin perder una hora ni una esterlina más. Y bien, tú te has creado algo que llamas moralidad, religión o lo que sea. No se ajusta a las exigencias de la realidad. Pues abandónala. Abandónala y consíguete otra más adecuada. Ese es el mal que aqueja al mundo actualmente: se abandonan las locomotoras y las dínamos anticuadas, pero no quiere darse por tierra con los viejos prejuicios, las viejas moralidades, las viejas religiones y todas las viejas constituciones políticas. ¿Cuál es el resultado? En la maquinaria resulta favorablemente; pero en moral, en religión y en política significa trabajar con una pérdida que cada año nos acerca más a la bancarrota. ¡No persistas en esa locura! Si ayer se desmoronó tu antigua religión, consíguete una nueva y mejor para mañana.

BÁRBARA. - ¡Oh, con qué agrado abrazaría la que fuera mejor para mi alma! Pero tú me ofreces una peor. *(Volviéndose hacia él con repentina vehemencia.)* Justifícate, muéstrame una luz en las tinieblas de este lugar espantoso, con sus tiendas magníficamente limpias, sus obreros respetables y sus hogares modelos.

UNDERSHAFT. - La limpieza y la respetabilidad no necesitan justificación, Bárbara: se justifican por sí mismas. Yo no veo tinieblas ni horridez aquí. En tu asilo salvacionista he visto pobreza, miseria, frío y hambre. Les dabas pan y melaza y sueños celestiales. Yo les doy desde treinta chelines por semana hasta doce mil libras al año. Ellos labran sus propios sueños mientras yo cuido las obras sanitarias.

BÁRBARA. - ¿Y sus almas?

UNDERSHAFT. -Yo salvé sus almas, así como salvé la tuya.

BÁRBARA *(sublevada).* - ¡Que tú has salvado mi alma! ¿Qué quieres decir?

UNDERSHAFT. - Te alimenté, te vestí, te di un hogar. Cuidé de que tuvieras dinero

suficiente... más que suficiente... para vivir con comodidad, ¡para que pudieras ser gastadora, descuidada, generosa! Eso salvó tu alma de los siete pecados mortales.

BÁRBARA *(aturdida).* - ¡Los siete pecados mortales!

UNDERSHAFT. -Sí, los siete mortales. *(Contando con los dedos.)* Alimento, ropa, calor, alquiler, impuestos, respetabilidad, hijos. Nada puede quitar estas pesadas cargas de la espalda del hombre si no es el dinero, y el espíritu no podrá remontarse hasta que se libere de ellas. Yo no dejé que pesaran sobre tu espíritu. Yo permití que Bárbara se convirtiera en la Comandante Bárbara, y yo la salvé del crimen de la pobreza.

CUSINS. - ¿Llama usted crimen a la pobreza?

UNDERSHAFT. - ¡Es el peor de los crímenes! Por comparación, todos los demás son virtudes a su lado; toda otra deshonra es una manifestación de caballerosidad. La pobreza esteriliza ciudades enteras, esparce horribles pestilencias, mata las almas de quienes se ponen al alcance de su visión, de sus sones, de sus efluvios. Lo que tú llamas crimen no es nada: un asesinato aquí y un robo allá, un golpe aquí y un insulto allá, ¿qué importan? Son los accidentes y las enfermedades de la vida; no existen en todo Londres más de cincuenta criminales profesionales, pero hay millones de pobres, gente abyecta, sucia, mal alimentada, andrajosamente vestida. Ellos nos envenenan moral y físicamente, destruyen la felicidad de la sociedad, nos obligan a claudicar de nuestra libertad y a crear crueldades antinaturales por temor a que se alcen contra nosotros y nos arrastren a su abismo. Sólo los tontos temen el crimen; todos tememos la pobreza. *(Volviéndose hacia Bárbara.)* Tú hablas de tu rufián a medio salvar de West Ham, me acusas de haber arrastrado su alma a la perdición. Bien, tráemelo aquí y por ti arrastraré su alma a la salvación. No con palabras ni con sueños, sino con treinta y ocho chelines por semana, una casa sólida en una calle hermosa y un empleo permanente. A las tres semanas lucirá una elegante chaqueta, a los tres meses un sombrero de copa y un asiento en la capilla, antes de fin de año se dará la mano con una duquesa en una reunión de la Liga Primrose y se habrá afiliado al partido Conservador.

BÁRBARA. - ¿Y habrá salido ganando?

UNDERSHAFT. -Bien sabes que si. No seas hipócrita, Bárbara. Estará mejor alimentado, mejor albergado, mejor vestido, mejor respetado, y sus hijos habrán ganado kilos en peso y altura. Eso es preferible a un jergón en un refugio donde tiene

que partir leña, comer pan y melaza y está obligado a arrodillarse para dar gracias al cielo de tanto en tanto; ejercicio de rodillas, creo que le dicen. Es mala obra convertir hombres hambrientos con una Biblia en la mano y una tajada de pan en la otra. Yo me ocuparía de convertir a West Ham al mahometismo en esas condiciones. Pero haz la prueba con mis hombres: sus almas son las que están hambrientas, porque sus cuerpos han sido bien alimentados.

BÁRBARA. - ¿Y debo abandonar el barrio Este al hambre?

UNDERSHAFT *(su tono enérgico es reemplazado por otro de amargo y cavilante recuerdo).* -Yo fui del barrio Este de la ciudad. Moralicé y padecí hambre hasta que un día juré que llegaría a ser un hombre libre y bien alimentado... a toda costa... que nada podría detenerme, salvo una bala; que nada me refrenaría: ni la razón, la moral o las vidas de los otros hombres. Dije a todos: "Perecerás antes de que yo perezca." Y con estas palabras me hice libre y fuerte. Fui un hombre peligroso hasta que obtuve lo que quería; ahora soy útil, generoso, bueno. Me imagino que esta es la historia de todos los millonarios que se han hecho con su propio esfuerzo. Cuando esa sea la historia de todo inglés, podremos contar con una Inglaterra en que valga la pena vivir.

LADY BRITOMART. - Déjate de discursos, Andrew. Este no es el sitio más adecuado.

UNDERSHAFT *(molesto).* - Querida mía, no tengo otro modo de expresar mis ideas.

LADY BRITOMART. -Tus ideas son desatinos. Triunfaste porque eres egoísta y no tienes escrúpulos.

UNDERSHAFT. -Nada de eso. Tenia escrúpulos profundamente acendrados en cuanto al hambre y la pobreza. Tus moralistas, en cambio, son bastante inescrupulosos en ambas cosas, y creen que es una virtud. Yo preferiría ser ladrón a ser pordiosero. Preferiría ser asesino a ser esclavo. No quiero ser ninguna de ambas cosas; pero si me obligan a adoptar una alternativa, entonces, ¡por los cielos!, elegiría la más valiente y la más decente. Detesto la pobreza y la esclavitud más que cualquier otro crimen. Y déjame decirte otra cosa: la pobreza y la esclavitud han sabido soportar durante siglos tus piadosos sermones y editoriales; pero no pueden resistir a mis ametralladoras. No prediques, no razones contra ellas. Mátalas.

BÁRBARA. - ¡Matar!... ¿Acaso lo remediaría todo?

UNDERSHAFT. -Es la prueba final de la convicción, la única palanca bastante fuerte para dar un vuelco al sistema social, la única forma de decir "será". Suelta en la calle a

seiscientos setenta necios, y tres policías podrán dispersarlos. Pero reúnelos en una cierta casa en Westminster y hazlos pasar por ciertos ceremoniales y llamarse con ciertos nombres, hasta que conciban la suficiente valentía para matar, y tus seiscientos setenta tontos se convertirán en gobierno. Tus piadosas multitudes depositan sus votos y se imaginan que gobiernan a sus amos; pero el único voto que manda es el que envuelve a una bala.

CUSINS. -Esta es quizá la razón de que yo, como la mayoría de la gente inteligente, nunca vote.

UNDERSHAFT. -¡Votar! ¡Bah! Al votar no haces otra cosa que cambiar los nombres en el gabinete. Pero cuando tienes un arma en la mano puedes derrocar gobiernos, inaugurar nuevas épocas, abolir antiguos sistemas e implantar nuevos principios. ¿Es esto históricamente cierto, señor sabio, o no lo es?

CUSINS. - Sí, es históricamente cierto. Detesto admitirlo porque repudio sus sentimientos. Detesto su carácter. Le desafío de cualquier modo habido y por haber. Sin embargo, es cierto. Aunque no debería serlo.

UNDERSHAFT. - ¡Debería ser, debería ser! ... ¿Piensa pasarse la vida con ese "debería ser", como el resto de sus moralistas? ¡Transforme ese "debería ser" en "será"! Véngase a fabricar explosivos conmigo. Aquello que puede hacer trizas de los hombres también puede hacer trizas de las sociedades existentes. La historia del mundo es la historia de aquellos que han tenido el coraje de abrazar esta verdad. ¿Tienes tú el coraje de abrazarla, Bárbara?

LADY BRITOMART. -Bárbara, te prohibo terminantemente que escuches esas abominables perversidades de tu padre. Y usted, Adolphus, ya es hora de que piense antes de decir que esas cosas malvadas son la verdad. ¿Qué importa que sean la verdad cuando están mal?

UNDERSHAFT. - ¿Qué importa que estén mal cuando son la verdad?

LADY BRITOMART *(incorporándose).* - Hijos, a casa inmediatamente. Andrew, lamento inmensamente que te permitiera visitarnos. Eres más perverso ahora que nunca. Vamos inmediatamente.

BÁRBARA *(meneando la cabeza).* -De nada sirve huir de la gente perversa, mamá.

LADY BRITOMART. -Sirve perfectamente. Demuestra tu desaprobación.

BÁRBARA.-No los salva.

LADY BRITOMART. -Ya puedo ver que vas a desobedecerme. Sarah, ¿vienes a casa

o no vienes?

SARAH. -Claro que es una maldad de papá dedicarse a fabricar cañones; pero no creo que me aparte de él por eso.

LOMAX *(arrojando aceite en las aguas turbulentas).* - La verdad es, ¿sabe usted?, que hay una dosis excesiva de necia charlatanería en esa idea de la perversidad. Y eso no sirve. Hay que saber hacer frente a los hechos. No es que quiera decir una sola palabra en favor de lo que está mal; pero entonces, ¿ve usted?, toda clase de hombres hace siempre toda suerte de cosas, y a todos tenemos que incluirlos de algún modo. ¿No lo sabía? Lo que quiero decir es que no podemos apartarnos de todos, y eso es lo que resulta, al fin y al cabo. *(La absorta atención con que es recibida su elocuencia le exaspera.)* Quizá no haya sido bastante explícito.

LADY BRITOMART. -Es usted la lucidez personificada, Charles. Porque Andrew ha tenido éxito y tiene mucho dinero para darle a Sarah, le halagará y alentará en su perversidad.

LOMAX *(sereno).* - Pues donde han quedado los despojos, allí se juntan los buitres, ¿no lo sabía? *(A Undershaft.)* ¿Y qué me dice usted?

UNDERSHAFT. - A propósito, ¿puedo llamarle Charles?

LOMAX. -Encantado. Cholly es el rótulo común.

UNDERSHAFT *(a Lady Britomart).* - Biddy .. .

LALY BRITOMART *(violenta).* - No te atrevas a llamarme Biddy. Charles Lomax, es usted un tonto. Adolphus Cusins, es usted un jesuita. Stephen, eres un pedante. Bárbara, eres una alucinada. Andrew, eres un vulgar traficante. Ahora conocen todos mi opinión y mi conciencia está libre, en todo caso. *(Vuelve a sentarse con tal vehemencia que casi destroza la silla.)*

UNDERSHAFT. -Querida mía, eres la encarnación de la moralidad. *(Ella refunfuña.)* Tu conciencia está libre y tu deber cumplido, una vez que nos has calificado a todos. ¡Vamos, Eurípides! Se está haciendo tarde y todos queremos volver a casa. Decídete.

CUSINS. -Entiéndame esto, viejo pícaro...

LADY BRITOMART. - ¡Adolphus!

UNDERSHAFT. - Déjalo en paz, Biddy. Continúa, Eurípides.

CUSINS. -Me ha puesto usted en un horrible dilema. Yo amo a Bárbara.

UNDERSHAFT. - Como todos los hombres jóvenes, exagera usted enormemente la diferencia entre una mujer joven y otra.

BÁRBARA.-Es muy cierto, Dolly.

CUSINS. - Tampoco quiero terminar siendo un bribón.

UNDERSHAFT *(con mordaz desdén).* -Usted codicia la rectitud personal, la autoaprobación, lo que usted llama conciencia, Bárbara llama salvación y yo llamo condescender con aquellos que no son tan afortunados como nosotros.

CUSINS. -No es así. Al poeta que hay en mí le repugna ser un buen hombre. Pero hay ciertas cosas en mí que no puedo hacer a un lado: la piedad...

UNDERSHAFT. - ¡La piedad! ... El barrendero de la miseria.

CUSINS. - Pues, el amor.

UNDERSHAFT. -Ya lo sé. Usted ama al necesitado y al proscrito; ama a las razas oprimidas: al negro, al intocable hindú, al polaco, al irlandés. ¿Pero ama al japonés? ¿Ama al alemán? ¿Ama al inglés?

CUSINS. -No. Todo auténtico inglés detesta al inglés.

Somos la nación más perversa de la tierra y nuestro éxito es un horror moral.

UNDERSHAFT. - ¿Eso es entonces lo que resulta de tu evangelio de amor?

CUSINS. - ¿No puedo amar siquiera a mi suegro?

UNDERSHAFT. -¿A quién le importa tu amor, hombre? ¿Con qué derecho te tomas la libertad de ofrecérmelo? Yo tendré tu debida atención y respeto, o te mataré. ¡Pero tu amor! ... ¡Maldita impertinencia!

CUSINS *(sonriente).* -Puedo no ser capaz de regir mis afectos, Mac.

UNDERSHAFT. - Eso es esgrima, Eurípides. Estás flaqueando, estás perdiendo tu garra. ¡Vamos, usa tu último cartucho! La piedad y el amor se han destrozado en tus manos. Aún te queda el perdón.

CUSINS. - No; el perdón es refugio del pordiosero. Ahí estoy con usted: debemos saldar nuestras deudas.

UNDERSHAFT. - Muy bien dicho. ¡Ven, tú me servirás! ¿Recuerdas las palabras de Platón?

CUSINS *(sobresaltado).* - ¡Platón! ¡Y se atreve a citarme a mí las palabras de Platón!

UNDERSHAFT. - Dice Platón, amigo mío, que la sociedad no podrá salvarse hasta que los profesores de griego se dediquen a fabricar pólvora, o los fabricantes de pólvora se conviertan en profesores de griego.

CUSINS. -¡Astuto instigador! ... ¡Me tienta!

UNDERSHAFT. - ¡Vamos, hombre! Decídete.

CUSINS. - Bárbara no querrá casarse conmigo si equivoco mi elección.

BÁRBARA. - Quizá...

CUSINS *(desesperadamente azorado).* - ¿Oye usted?...

BÁRBARA. -Papá, ¿tú no quieres a nadie?

UNDERSHAFT. - Quiero a mi mejor amigo.

LADY BRITOMART. -¿Y quién es ése? ¡Dílo!

UNDERSHAFT. - Mi más valiente amigo. Ese es el hombre que me estimula.

CUSINS. - A decir verdad, la criatura es una especie de poeta, a su modo. ¡Y si fuera un gran hombre, después de todo! ...

UNDERSHAFT. -Supongamos que te dejas de hablar y te decides, joven amigo.

CUSINS. -Pero me induce usted a contrariar mi carácter. Yo odio la guerra.

UNDERSHAFT. - El odio es la venganza del cobarde que se ha dejado acobardar. ¿Te atreves a declarar la guerra a la guerra? Aquí tienes los medios; mi amigo, el señor Lomax, se ha sentado encima.

LOMAX *(incorporándose de un salto).* - ¡Quién lo diría! Esta cosa no está cargada, ¿verdad? Adorada, levántate.

SARAH *(plácidamente sentada sobre la granada).* - Si va a aniquilarnos, cuanto más perfectamente lo haga, mejor. No armes alborotos, Cholly.

LOMAX *(a Undershaft, con profundo reproche).* -Es su hija, ¿sabe?

UNDERSHAFT. -Ya lo veo. *(A Cusins.)* Y bien, amigo mío, ¿estarás aquí mañana a las seis de la mañana?

CUSINS *(con firmeza).* - De ningún modo. Prefiero ver estallar todo el establecimiento con su propia dinamita antes que levantarme a las cinco. Mi horario es sano, racional: de once a cinco.

UNDERSHAFT. -Ven cuando quieras. Antes de una semana llegarás a las seis y te quedarás hasta que te eche por temor a tu salud. *(Llama.)* ¡Bilton! *(Se vuelve hacia Lady Britomart, quien se incorpora.)* Querida mía, dejemos a estos jóvenes a solas por un momento. *(Bilton sale.)* Te llevaré a recorrer el cobertizo de algodón pólvora.

BILTON *(impidiéndole el paso).* - No puede entrar con ese explosivo, señor.

LADY BRITOMART. - ¿Qué quiere decir? ¿Alude usted a mí?

BILTON *(inconmovible).*-No, señora. El señor Undershaft tiene en su bolsillo los fósforos del otro caballero.

LADY BRITOMART *(abruptamente).* - ¡Oh! Le pido mil perdones. *(Entra en el*

Librodot

cobertizo.)

UNDERSHAFT. -Mucha razón, Bilton, mucha razón; aquí los tiene. *(Entrega a Bilton la caja de fósforos.)* Ven, Stephen. Venga, Charles; traiga a Sarah. *(Pasa al cobertizo.)*

Bilton abre la cajetilla y deliberadamente deja caer los fósforos en el balde de arena.

LOMAX. - ¡Quién lo diría! *(Bilton, impasible, le tiende la cajetilla vacía.)* ¡Qué desatino infernal! ¡Pura ignorancia científica! *(Entra.)*

SARAH. - ¿Estoy bien, Bilton?

BILTON. - Tendrá que calzar pantuflas, señorita; nada más. Adentro le darán un par. *(Ella entra.)*

STEPHEN *(muy serio, a Cusins).* - Dolly, viejito, piénsalo. Piénsalo antes de decidir. ¿Crees que eres un hombre suficientemente práctico? Es una empresa inmensa, una enorme responsabilidad. Todo este cúmulo de actividades te parecerá griego.

CUSINS. - ¡Oh! Me parece mucho más fácil que el griego.

STEPHEN. -Pues sólo quería decirles esto antes de dejarlos solos: no permitan que nada de lo que he dicho acerca del bien y del mal los predisponga contra esta gran oportunidad de sus vidas. Yo tengo la satisfacción de haber comprobado que la empresa es del más alto carácter moral y un gran mérito para nuestro país. *(Emocionado.)* Estoy muy orgulloso de mi padre. Yo... *(Incapaz de proseguir, estrecha la mano de Cusins y se dirige rápidamente hacia el cobertizo, seguido de Bilton.) Bárbara y Cusins, a solas, se miran en silencio.*

CUSINS. -Bárbara, voy a aceptar este ofrecimiento.

BÁRBARA. -Lo supuse.

CUSINS. - Tú comprendes, ¿verdad?, que estaba obligado a decidir sin consultarte. Si hubiera echado la carga de la elección sobre ti, tarde o temprano me hubieras despreciado por eso.

BÁRBARA. - Sí; yo no quería que vendieras tu alma por esta herencia, así como no quería que la vendieras por mí.

CUSINS. -No es la venta de mi alma lo que me preocupa: la he vendido con demasiada frecuencia para preocuparme ahora. La vendí por un profesorado. La vendí por un ingreso. La vendí para evitar la cárcel que me esperaba por negarme a abonar impuestos que pagarían las sogas del verdugo y las guerras injustas y otras cosas que detesto. ¿Qué es la conducta humana sino la diaria y horaria venta de nuestras almas

por conseguir fruslerías? Ahora no la vendo por el dinero, o por una posición, o por la comodidad, sino por la realidad y el poder.

BÁRBARA. - Sabes que no tendrás poder, puesto que él no tiene ninguno.

CUSINS. -Ya sé. No es por mí. Quiero dar el poder al mundo.

BÁRBARA. -También yo quiero dar poder al mundo; pero debe ser el poder espiritual.

CUSINS. -Creo que todo poder es espiritual; estos cañones no disparan por sí solos. He tratado de crear el poder espiritual enseñando griego. Pero el mundo nunca se dejará conmover por una lengua muerta y una civilización muerta. El pueblo debe tener un poder, aunque no conozca

el griego. Y el poder que aquí se fabrica puede ser esgrimido por todos los hombres.

BÁRBARA. - El poder de quemar las casas de las mujeres y matar sus hijos y despedazar a sus maridos.

CUSINS. -No puedes contar con el poder para el bien sin tener el poder para el mal. El seno materno alimenta por igual a los criminales y a los héroes. Este poder que sólo destroza los cuerpos de los hombres jamás ha sido tan horriblemente abusado como el poder intelectual, el poder imaginativo, el poder poético y religioso que puede esclavizar el alma humana. Como profesor de griego, di al hombre intelectual las armas contra el hombre común. Ahora quiero dar al hombre común las armas contra el hombre intelectual. Yo amo a las gentes comunes. Y quiero armarlas contra el abogado, el médico, el párroco, el literato, el profesor, el artista y el político que, una vez provistos de autoridad, son los más peligrosos, desastrosos y tiranos de todos los tontos, bribones e impostores. Quiero un poder democrático bastante fuerte para obligar a la oligarquía intelectual a usar su talento para el bien general o de otro modo perecer.

BÁRBARA. -¿No existe poder superior 'a ése? *(Señalando la granada.)*

CUSINS. -Sí; pero ese poder puede destruir a los poderes superiores, así como el tigre puede destruir a un hombre; de ahí que el hombre deba dominar ese poder primeramente. Esto lo admití cuando los turcos y los griegos mantuvieron su última guerra. El mejor de mis alumnos fue a luchar por Grecia. Como regalo de despedida no le entregué un ejemplar de "La República" de Platón, sino un revólver y cien cartuchos Undershaft. La sangre de cada turco contra quien disparó -si disparó contra alguno- está en mi cabeza y en la de Undershaft. Aquella

Librodot

actitud me destinó para siempre a este sitio. El desafío de tu padre ha podido más que mi cerebro. ¿Me atrevo a declarar la guerra a la guerra? Si, me atrevo. Debo hacerlo. Lo haré. Y ahora, ¿ha terminado todo entre nosotros?

BÁRBARA *(conmovida por su evidente temor a la respuesta).* - ¡Tontito, chiquito, Dolly! ¿Cómo pudiste pensarlo?

CUSINS *(transportado de alegría).*- ¡Entonces tú... tú... tú... ! ¡Oh, por mi tambor! *(Florea imaginarios palillos.)*

BÁRBARA *(enojada por su falta de seriedad).* - Ten cuidado, Dolly, ten cuidado. ¡Oh, si sólo pudiera alejarme de ti y de mi padre y de todo esto! ¡Si pudiera tener las alas de una paloma y ascender a los cielos!

CUSINS. - ¡Abandonándome! ...

BÁRBARA. - Si, a ti y a todas las criaturas humanas perversas y malignas. Pero no puedo. Por un momento fui feliz en el Ejército de Salvación. Huí del mundo a un paraíso de entusiasmo, de plegaria y salvación de almas; pero en cuanto nos faltó el dinero todo se redujo otra vez a Bodger; fue él quien salvó a nuestra gente: él y el Príncipe de las Tinieblas, mi padre. Undershaft y Bodger, sus manos se extienden en todas direcciones; cuando alimentamos a una criatura desfalleciente, es con su pan que lo hacemos, porque no hay otro pan; cuando cuidamos del enfermo, lo hacemos en los hospitales que ellos han donado; si nos alejáramos de las iglesias que ellos construyen, deberíamos arrodillarnos en las piedras de las calles que ellos pavimentan. Mientras eso ocurra, no es posible alejarse de ellos. Volver la espalda a Bodger y Undershaft significa volver la espalda a la vida.

CUSINS.-Yo supuse que estabas decidida a volver tu espalda al lado perverso de la vida.

BÁRBARA.-No existe tal lado perverso: la vida es una sola. Y yo nunca quise eludir la parte de maldad que debía soportar, sea en pecado o en sufrimiento. Quisiera quitarte esas ideas tuyas de clase media, Dolly.

CUSINS *(jadeante).* -¡Clase media! ... ¡Esto es un desaire social a mi... de la hija de un expósito! ...

BÁRBARA. - Por eso no pertenezco a clase alguna, Dolly, yo he surgido del corazón de la gente. Si yo perteneciera a la clase media, volvería la espalda al negocio de mi padre y nosotros dos viviríamos en un salón artísticamente decorado, tú en un rincón leyendo las crónicas, y yo en el otro, sentada al piano, interpretando a Schumann, los

dos como personas superiores y ninguno de los dos útil para nada. Antes que eso barrería los cobertizos de algodón pólvora, o seria una de las camareras de las tabernas de Bodger. ¿Sabes qué habría sucedido si te negabas a aceptar el ofrecimiento de mi padre?

CUSINS. -Quisiera saberlo.

BÁRBARA. - Que yo te habría abandonado para casarme con el hombre que lo aceptara. Después de todo, mi querida mamá tiene más sentido común que cualquiera de ustedes. Yo sentí lo que ella cuando vi este lugar: sentí que debía poseerlo, que nunca, nunca, nunca lo podría sacrificar; sólo que ella creyó que eran las casas y las cocinas y la mantelería y la porcelana, cuando en realidad eran las almas humanas las que debían ser salvadas; no las almas débiles en los cuerpos hambrientos, llorando de gratitud por una rodaja de pan con miel, sino las criaturas bien alimentadas, pendencieras, ceremoniosas, arrogantes, todas con sus pequeños derechos y dignidades, creyendo que mi padre debe estarles enormemente agradecido por amasar tanto dinero para él... y así debiera ser. Allí es donde más se necesita la salvación. Mi padre nunca volverá a echarme en cara que mis conversos fueron sobornados con pan. *(Transfigurada.)* Me he librado del soborno del pan. Me he librado del soborno de los cielos. Dejemos que la obra de Dios se cumpla por sí misma; Él nos creó para realizar una obra que no pueden cumplir sino los hombres y mujeres vivos. Cuando yo muera, que sea Él mi deudor, y no yo el suyo, y que yo le perdone, como corresponde a una mujer de mi rango.

CUSINS. -¿Entonces el camino de la vida se tiende a través de las fábricas de la muerte?

BÁRBARA. -Sí. Elevando el infierno hasta el cielo y el hombre hasta Dios, por la irrupción de una luz eterna en el Valle de las Sombras. *(Asiéndole con ambas manos.)* ¿O creíste que mi valor no volvería a mí? ¿Creíste que yo desertaba? ¿Que yo, que parada en las calles he acercado a los hombres a mi corazón y he hablado con ellos de lo más grandioso y sagrado, podría alguna vez conversar neciamente de la nada con las gentes elegantes de los salones de moda? ¡Jamás, jamás, jamás, jamás! La Comandame Bárbara morirá con su bandera. ¡Ah. .. y tengo además a mi querido Dolly! Él ha hallado mi sitio y mi labor en el mundo. ¡Gloria! ¡Aleluya! *(Lo besa.)*

CUSINS. - Queridísima, ten en cuenta mi delicada salud. Yo no puedo soportar tanta felicidad como tú.

BÁRBARA. -Sí; no es trabajo fácil estar enamorado de mí, ¿verdad? Pero hace bien. *(Corre hacia el cobertizo y llama infantilmente.)* ¡Mamá! ¡Mamá! *(Bilton sale del cobertizo seguido de Undershaft.)* Quiero a mamá...

UNDERSHAFT. - Se está quitando las pantuflas, querida. *(Se acerca a Cusins.)* Y bien, ¿qué ha resuelto?

CUSINS. -Está en los cielos.

LADY BRITOMART *(saliendo del cobertizo y deteniéndose en los escalones obstruye el paso de Sarah, que la sigue, acompañada de Lomax. Bárbara se pega como un niño a las faldas de su madre.).* -Bárbara, ¿cuándo aprenderás a ser independiente y a actuar y pensar por ti misma? Se bien lo que significa ese grito de "¡mamá, mamá!" ¡Siempre recurriendo a mí! ...

SARAH *(punzando las costillas de Lady Britomart con las yemas de los dedos e imitando una bocina de bicicleta).* - ¡Pip!... ¡Pip!...

LADY BRITOMART *(sumamente indignada).* - ¿Cómo te atreves a decirme ¡pip! ... ¡pip!, Sarah? Ustedes no son más que dos niños desobedientes. ¿Y tú que quieres, Bárbara?

BÁRBARA. - Yo quiero una casa de la aldea donde pueda vivir con Dolly. *(Tironeando de sus faldas.)* Ven y díme cuál puedo elegir.

UNDERSHAFT *(a Cusins).* - Mañana a las seis, mi joven amigo.

FIN